This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.

+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.

+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.

+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

17495.490.2

HARVARD COLLEGE LIBRARY

CUBAN COLLECTION

BOUGHT FROM THE FUND

FOR A

PROFESSORSHIP OF
LATIN AMERICAN HISTORY
AND ECONOMICS

FROM THE LIBRARY OF

JOSÉ AUGUSTO ESCOTO

OF MATANZAS, CUBA

EMILIO CASTELAR.

VIDA

DE

LORD BYRON.

HABANA.

Imprenta.—LA PROPAGANDA LITERARIA.—Librería.

Calle de O'Reilly, número 54.

—1873.—

LORD BYRON.

Biblioteca de La Propaganda Literaria.

VIDA

DE

LORD BYRON

POR

EMILIO CASTELAR

SEGUNDA EDICION.

HABANA.

Imprenta.—LA PROPAGANDA LITERARIA.—Librería.
calle de O'Reilly, número 54.
—1873.—

HARVARD COLLEGE LIBRARY

7495.94

MAY 8 1917

LATIN-AMERICAN
PROFESSORSHIP FUND.

1-495.490.2

Es propiedad de *La Propaganda Literaria*, casa editorial.
—HABANA—

PROPAGANDA LITERARIA

A mi Hermano.

Hace quince años, mi querido Eduardo, que iluminándome con la luz de tu inteligencia, edificándome con el ejemplo de tus domésticas virtudes, y estimulándome con tu infatigable perseverancia, me trazabas el camino de la felicidad, que solo se logra por el trabajo y se resuelve en el reposo de una conciencia tranquila.

Mas bien que hermano, has sido para mi un buen padre: mejor aun que padre, un discreto maestro fomentando mi aficion al arte de la tipografia. A tu direccion y consejo, debo mi subsistencia, la consideracion que á las gentes honradas merezco, y como recompensa de mis afanes, los goces inefables de la familia. No puedo redimir la deuda de gratitud que contigo he contraido, pero procuro hacerme digno de tu estimacion, consagrando todos mis desvelos al progreso de las letras en la Isla de Cuba, por el arte sublime, destinado en la edad moderna á servir de locomotora al pensamiento.

En este sentido, y como muestra de cariño, te dedico la edicion de este libro, uno de los mas brillantes que ha producido la pluma admirable de tu amigo Castelar.

Recíbela, si nó como fruto de mi pobre ingenio, como prueba de los nobles esfuerzos de La Propaganda Literaria, *que quiere hoy consagrarte la memoria de tu amante hermano*

[*Habana*, 23, *Diciembre*, 1872.]

Alejandro Chao.

NADA AL LECTOR, TODO AL AMIGO.

" Elige una obra grande y
" honrosa y trabaja por llevarla
" á cabo."—*Tales de Mileto.*

Ajeno estaba de que hubiera, en Cuba, de darse á la estampa un libro de Castelar.

Tan raras son las coincidencias de la vida, que más asemejan la obra de la combinacion calculada, que el producto de accidentes imprevistos.

Castelar, la imaginacion meridional más lozana que ha producido el corriente siglo, bajo la influencia tétrica de la bruma que pesa sobre la ciudad sajona, consagra un pensamiento á Lord Byron, genuino descendiente de la raza; y el hijo puro de la nueva y árida Castilla, á mil ochocientas leguas de su pais natal, envuelto en los ardientes rayos del sol que baña la exhuberante naturaleza de los trópicos, remite en las presentes pobres líneas, á través de los mares dilatados, un recuerdo de admiracion y cariño al autor sublime de estas brillantes páginas, que en mármol y oro debieran eternizarse.

Y no porque crea que hay forma al alcance de la mano

para escribir prólogos al frente de las obras del más atrevido y gigante colorista de nuestros tiempos, sin que parezcan el anuncio de un almacen de víveres pintado en el telon del teatro de la ópera. Ni cabe en la sensatez del juicio unir un nombre oscuro con pretension literaria al universalmente célebre del notable repúblico, orador elocuentísimo y lírico sin ejemplo en los dias que corren, cuando es más irritante la modestia fingida que la soberbia ostentada, porque la oscuridad tiene su honra, en el silencio prudente, y en la precisa y justísima estimacion de lo que es y por sí propia vale.

Pero en todas partes, y á todas horas, y en todos tiempos y lugares, el amigo puede saludar al amigo y enviarle en su saludo una gota de su dulce alegría y un extracto de su cruel amargura, porque en esto estriban las corrientes morales de los afectos y de las ideas, tan precisas y fatales, como las corrientes de los rios y de los vientos, y de todo lo que en esta múltiple naturaleza viviente se agita, donde lo pequeño y lo grande se unen, y complementan esa conjuncion maravillosa que se llama armonía.

Quien ha sentido dentro del pecho ese oleaje furioso de las pasiones y de los deseos; quien ha soñado fantásticas delicias, estrellándose con la fria y desnuda realidad; quien ha pedido amor á la pátria, y la pátria le ha mirado desdeñosamente, arrojándole, por último, de su seno con desprecio; quien ha suspirado por las amistades íntimas y ha visto sepultarse en el hambriento abismo de la muerte á sus amigos de la infancia; quien ha vivido anhelando los goces inefables de familia, y la familia le ha negado sus goces; quien en su terrible despecho, ha procurado aturdirse dejándose arrastrar por el torbellino de los placeres sensuales, cuyas

indeclinables consecuencias son el hastío, la vergüenza y el oprobio; quien ha sentido dolor sin consuelo; quien ha llorado sin ser comprendido, sólo extremeciéndose puede acercarse á saludar la tumba de Byron.

Pero Castelar está en muy distinto caso.

El, hombre puro, aristócrata por educacion, demócrata de orígen y de sentimientos, con aficion á gustos finos, refractario á todo hábito desordenado, hijo amante, hermano cariñoso, amigo fidelísimo, en los cristalizados despojos del poeta sajon no puede hallar el reflejo de un recuerdo mortificante ó vergonzoso.

Los restos de aquel helado cadáver son para Castelar las hojas carcomidas del triste proceso, que fallado en rebeldía, demanda la apertura solemne de los autos para llenar el derecho imprescriptible de la defensa.

Y Castelar, rebatiendo los cargos, cumple su alta mision como abogado que es de las grandes cáusas.

Sí, porque justificando á Byron defiende la dolorosa historia de los pueblos de Europa, que es el prolongado calvario de una civilizacion destinada á dar frutos póstumos considerables.

Lord Byron es el Jeremías de los tiempos corrientes: Lord Byron es el Edipo en lucha inaudita contra la fatalidad de las viejas instituciones.

Ama lo imposible, y parece inconstante porque nunca tropieza con el ideal. Herido por el desengaño, todo lo ensaya, el llanto más puro y los actos más groseros; los gustos más exquisitos y los apetitos más torpes. Sueña con la gloria, y recoge el menosprecio; siente lo grande, y se revuelca en el polvo de lo pequeño; le sublima la tristeza, y consume la

vida en báquicas carcajadas; lleva en sí el espíritu más levantando de independencia, y se somete al dominio humillante de mujeres despóticas; truena contra el orgullo y la tiranía del privilegio, y de ser dignatario muestra ufanía; se sobrepone á la esterilidad de las costumbres ceremoniosas, y se engalana de raso y frívolos encajes, reflejando en su persona la parte más flaca de esa civilizacion que ha venido agotando las escentricidades de la moda, desde los trajes caprichosos de Eliogábalo hasta la casaca borbada de Luis XIV; quiere escalar, en fin, el Olimpo, sin poder sostenerse en equilibrio porque no se lo permite su cojera.

Nó: no es este nuevo Edipo la simple personificacion de su siglo, sino la suma de una civilizacion gigante llena de ulceraciones cancerosas.

Civilizacion que, amando la ciencia, llega hasta la edad jurídica, y parece inconstante, porque acumula sistemas á sistemas. Herida por el desengaño, todo lo ensaya sin que logre la realizacion de su constante ideal, la *paz* y la *justicia*. Reclama la suavidad de costumbres, la cultura de las formas, la delicadeza de los gustos, y se deja dominar por la voraz codicia, arrastrándose desde las calamidades de la ocupacion bélica, á los desórdenes de la feudalidad, á las catástrofes del agio y de las quiebras fraudulentas; sueña con la gloria, y carga el cañon para descargar miserias; siente lo grande, y amontona reputaciones falsas, cuajando de parásitos la gobernacion de los pueblos; se sublima con lo sério, y enflaquece la virilidad con bacantes y espectáculos de juglares; truena contra el soberbio rigor de las castas, y construye la sociedad en gerarquía de uniformes, hábito viejo de caducidad histórica que se extiende hasta el hijo del pueblo

cubriendo de bandas y cruces el pecho de Cambaceres; tiene los humos más altos de independencia, y no puede inspirar respecto á la ley sin la aparicion del gendarme; se agita, bulle y revuelve por consegir la prosperidad, y se levanta á sus piés, como la sombra de Hamlet, el espectro aterrador del pauperismo. ¡Ah! los atrevidos hijos del Cáucaso sentaron su planta sobre la zona más estéril y glacial de la tierra, y heridos por las espinas, como el poeta sajon, sobrellevan cada dia con mayor enojo y fatiga su cruel cojera.

El génio superior de Lord Byron todo lo domina ménos la vulgaridad de las inteligencias que le rodean.

El supremo poder de la civilizacion, que arrancando de los Ciclópes y Lestrigones recibió su bautismo en el Areopago Griego, todo lo ha resuelto menos el problema geológico que tiene bajo sus plantas.

Así los Gracos son imposibles en Roma. Donde el hambre terrible hace del voto una mercancía, nunca puede faltar un Pisistrato. El lujo alternando con la miseria, siempre recordará al Capitolio sobre el tugurio. La miseria, sin embargo, no es repulsiva por la pobreza, sino por la grosería. La enseñanza no puede llegar á todos cuando no alcanzan las subsistencias. Sólo la educacion eleva ó degrada á los hombres. Donde hay ignorancia y brutalidad, hay envilecimiento. Porque el pueblo es abyecto existe Tiberio. La nobleza del porvenir ha de ser la aristocracia de la educacion. Estas diferencias sociales no se determinan por las ceremonias de antesala. Los hábitos ceremoniosos solamente afirman las castas.

Ni el mismo eminente repúblico, autor de este libro,

puede sobreponerse á lo que ahoga el pensamiento en Europa por la cargazon atmosférica de tanto recuerdo encarnado en la memoria, tanto interés creado á la sombra del privilegio, tanta preocupacion arraigada en la conciencia, y siente, segun su expresion propia, un *tantico* de aficion á la tiranía de las costumbres, único dique temporal que la sociedad caduca puede oponer al desbordamiento.

El malestar es inaudito. El poeta sajon sólo encuentra en su pátria un cielo oscuro y helado; unos árboles en esqueleto, secos, despojados de flor y de hoja; un campo duro, áspero y cubierto de escarcha, y vuela en pos de otros lugares más gratos, como remedo vivo de poblacion emigrante, buscando consuelo á su pensamiento en la tristeza de las ruinas, en la sublimidad de las grandes memorias, en la frondosidad de los valles, en la frescura de la fuente, y en la pureza del cielo. Necesitaba el alimento del alma, y encontrando la inspiracion en sus correrías sobre las cenizas calientes aún del pueblo helénico dió con sus cantos del Childe-Harold, que de un salto lo encumbraron á la cima del Parnaso inglés, una obra inmortal al mundo.

Tambien el indómito hijo del Cáucaso, huyendo de las nieves que le niegan el alimento del cuerpo, atraviesa el Oregon, trepa á las montañas pedregosas, y hallando un terreno fértil que le convida con sus frutos codiciados, por obra mágica que al mundo asombra, escribe una página inmortal en la estupenda via del Pacífico.

El génio, para trazar el camino que sigue la inteligencia, levanta de trecho en trecho un monumento de sabiduría. Los pueblos, para señalar el derrotero en que se adelanta la historia, construyen aquí y allá un monumento de arquitec-

tura. La naturaleza, anticipándose á los pasos de la humanidad, vomita montañas monumentales en cada zona.

Y es que la naturaleza comulga con el hombre.

Ella es el majestuoso teatro donde se desenvuelve la gran tragedia de los pensamientos, de los trabajos, de los dolores de ese agigantado protagonista, precediendo á las catástrofes sociales los cataclismos geológicos. Ella, al correrse el telon de los tiempos, ornamenta sus espacios de rocas y valles, rios y torrentes, mares y llanuras, como conviene á la grandeza de las situaciones. Ella inmortaliza de antemano los gloriosos períodos de sucesion en el proceso de los siglos, alzando un obelisco á la eterna memoria de los orígenes de la civilizacion en el Himalaya, á los desarrollos de la ciencia y el arte en el San Gotardo, á las esperanzas de lo porvenir en el Chimborazo.

El acto segundo de la tremenda trama es fecundo en accidentes. Constituye el asunto la emancipacion de la ciencia y el arte, contando entre sus mártires á Galileo, Telesío y Campanela; entre sus metafísicos á Descartes y Locke, iniciadores de la idea en que se cimenta la declaracion de los derechos del hombre; entre sus publicistas á Montesquieu y Filangieri; entre sus filósofos á Kant, Hegel y Krause; entre sus soldados á los héroes ignorados que acudieron voluntariamente á la conscripcion; y á la cabeza de los críticos figura Voltaire, iniciador de la prensa periódica en la *Enciclopedia*. Pero despues de los cruentos sacrificios, de los mortales desvelos, de la dolorosa tortura y de la sangrienta lucha, al plantear definitavente el problema, por que tanto se agitaron y combatieron, se encuentran con la miseria embrutecida, en demanda de aquel pedazo de pan

que la estéril zona, poco ménos que agotada en sus fuerzas productivas, les niega.

Sin embargo, ni la elevacion del concepto, ni la sublimidad del asunto, ni la calidad de los personajes, puede dar un desenlace desgraciado. Pero la magnitud de las situaciones pide más dilatada escena y otra magnificencia en la decoracion. Porque el nuevo Prometeo, personificado en Maury, ya no cabe en las estrecheces del antiguo mundo, destinado como está á sorprender las misteriosas revoluciones de los vientos, á revelar el secreto remolino de las corrientes, á echar la sonda á los abismos agitados y establecer la arteria épica del pensamiento en el fondo de los mares.

Ah! Si Lord Byron hubiera contemplado este esplendente espectáculo, hubiese comprendido cuán estéril es el combate con el llanto, y cuán fecunda la estupenda lucha trabada con esta naturaleza nueva y salvaje, que se extiende desde el estrecho de Bering al Cabo de Hornos, y que, apartada por inmensas olas de la esquilmada Europa, tiende su reconocida mano á la vieja madre, en alas de los maravillosos recursos del vapor y la electricidad, puestos y sometidos al servicio del hombre. Colocado entónces en el centro, y con los recuerdos vivos de su pátria, hubiera podido el poeta dilatar su mirada ansiosa á derecha y á izquierda, de Baffin á la Patagonia, sin descubrir en tan vastos espacios templos monólitos, esfinges, estátuas, pirámides y obeliscos, que si dan testimonio del arte de tiempos remotos, atestiguan tambien un derecho constituido, un interés legitimado, una dificultad histórica, un obstáculo de preocupacion resistente, que se opone al triunfo de nuevas instituciones. En este colosal teatro no hay otros monumentos que los de la veje-

tacion asombrosa, donde la zona tórrida, superabundante en materias primas, alimenta el espíritu industrioso de la zona fria; donde los manantiales puros, los rios caudalosos, los torrentes inmensos, fecundan los ricos valles; donde las frutas son espontáneas, el algodon se derrama, la dorada espiga del trigo multiplica la simiente, la caña de azúcar se renueva por sí misma; y donde, en fin, circundan tamaña riqueza bosques seculares de preciosas maderas y cordilleras de rocas en las que alternan el oro y el hierro, el carbon y la plata. Aquí la naturaleza convida á esa gloriosa lucha contra ella para horadar montañas, salvar distancias, ganar la ribera y dilatar el pecho lleno de esperanza, aspirando el aire puro y vivificante que riza la inmensa llanura del Oceano.

Hé aquí el teatro que espera á la civilizacion.

Si Lord Byron hubiera visto todo esto, no se hubiese revolcado en el escepticismo.

Castelar, por el contrario, hombre de fé y de conocimiento, espera; y consagra todas sus fuerzas, todas sus facultades, todo el poderosísimo y arrebatador encanto de su elocuencia, á la cáusa del progreso, donde quiera que vé ó presiente alguna de sus manifestaciones, que al fin, esa es la cáusa de la humanidad. En ella obran, como contenidos parciales, todas las ideas, todos los sentimientos, todos los dolores, todos los tropiezos, todos los pasos de la civilizacion; y en este sentido, Lord Byron es la síntesis de los elementos amontonados por el esfuerzo de los pueblos europeos, en la hora crítica y suprema de la zozobra, de la confusion, del choque, que se manifiesta en un grito penetrante de duda desgarradora, pero duda sublime, como eclipse momentáneo, para que, por la ley del contraste, aparezca más refulgente

la inundacion de luz de este sacudimiento intelectual prodigioso que no dá tregua al pensamiento ni paz á la mano.

Tal es la epopeya de la inteligencia en olímpica batalla con el dolor.

¡Asunto sublime, al que la ciencia no puede negar sus números, su barómetro y su cuadrante, ni sus cuerdas la lira, la poesía su ritmo y la arquitectura su dovela!

Continúe Castelar cumpliendo su alta mision en la tierra, empeñado en la defensa de tan importante cáusa, miéntras el más oscuro de sus mejores amigos, le remite un recuerdo de cariño y admiracion en estos muy descompuestos renglones, deseando vivísimamente, que el libro, que los mismos encabezan, derrame en el ánimo de sus numerosos lectores las impresiones dulcísimas que siente en el actual delicioso momento, entre todos sus apasionados, el más decidido

(Habana, 20, Diciembre, 1872.)

JOSÉ ROMAN LEAL.

VIDA DE LORD BYRON.

PRIMERA PARTE.

Paseábame ayer, cuando se ponía el sol, por los inmensos espacios de Hyde-Park, y paseábame recordando mis recientes visitas al Lido de Venecia, á la bahía de Nápoles, ó volviendo mis ojos, humedecidos por las lágrimas, á los lejanos horizontes de Cádiz, donde las aguas y los cielos se confunden amorosos en una fiesta de colores, y á los bosques de Elche, donde las palmas, agitadas por las brisas marinas, componen melancólica melodía unísona, digna del desierto. Cuán diversos estos paisajes del paisaje inglés, tantas veces descrito por grandes poetas y nunca comprendido sino por la experiencia de la propia vista. El suelo es verde, espon-

joso, húmedo; el cielo sombrío, pardo, lleno de vapores, ya blanquecinos, ya tirando á violeta, á través de cuyas masas destila una luz indefinible, pálida, como si proviniera de colosal luna; los árboles, elevándose á inmensa altura, tienen claro verdor y caprichosos recortes, cuya gracia y cuyo misterio se aumenta entre los pliegues de las nieblas que prestan su misterioso velo, allá léjos, á las ojivas de la Abadía de Weminster y á las góticas torres del Parlamento, las cuales parecen, merced á su fantástica envoltura de vapores, no tanto sólidos edificios, como extraños dibujos, aguas fuertes, sombrías estampas trazadas por algun génio en el acuoso aire y próximas á disiparse como nubes. Cuán diferentes son los objetos en el Norte y en el Mediodia! A nuestra luz, una línea se inflama y parece un cuadro; á esta luz, un edificio se desvanece y parece una sombra. Por eso los griegos, los grandes intérpretes del Mediodia, han hecho sus monumentos pequeños y bajos, dejando á la luz el cuidado de extenderlos y elevarlos en sus alas de oro, miéntras los ingleses, los grandes intérpretes del Norte, han hecho sus monumentos colosales, altos, para que penetraran con sus agudas agujas y sus sólidos muros en la espesa atmósfera y disiparan un poco las sombras. Esta no es la atmósfera de las artes plásticas. Una figura de mármol, que el sol de Italia dora hasta darle el calor y el tono de la carne, se convertiría pronto aquí en pedazo informe de carbon de piedra. Por eso, cuando en breve espacio de tiempo, habeis pasado, desde la contemplacion de las estátuas blanquecinas de Chiaja, ocultas entre los bosques de olivos y laureles, iluminadas por aquél sol deslumbrante que se duplica en las ce-

lestes aguas del Tirreno, á la contemplacion de estas negras estátuas de los paseos de Lóndres, apénas podeis deteneros á mirarlas, porque hieren vuestra retina y desconciertan todos vuestros dogmas sobre el gusto y el arte. Las estátuas del Mediodia conservan lo que es en ellas eternamente hermoso, la forma; y los héroes del Norte, en sus estátuas, pierden lo que es en ellos eternamente grande, el alma. Estos paises no son los paises de las artes plásticas; pero son los paises de la poesía espiritualista. Aquí se pueden resucitar los héroes de otras edades como los resucitaba Walter-Scott; aquí se puede penetrar hasta el fondo de los abismos ocultos en nuestro sér, hasta el fondo del corazon y de la conciencia, como penetraba ese buzo inmortal de los oceanos del alma, como penetraba Shakespeare. Inmediatamente que tocais estas playas, os sentís movido, segun vuestro temperamento, si sois fuerte y nervudo, al trabajo; si sois emprendedor, al comercio; si sois filósofo, á pensar; y á soñar si sois poeta. En estos paises, ó en paises muy semejantes á estos, se han escrito las creaciones de Swifth, de Hoffman y de Richter. Estos son los paises en que el cuerpo se pierde como un ángel en cielos infinitos é ideales. Este es el país de Byron.

¿Por qué no pensar en él, cuando acabamos de ver su hogar? ¿Por qué no recordar su vida, cuando volvemos de visitar su tumba? ¡Debemos todos los hijos de este siglo incierto y enfermo tantas emociones á Byron! súbita revelacion de nuestras dudas, ya un quejido rador para expresar nuestros dolores; como si fuera la fuente por donde fluyen los caudales de nue

las corrientes de nuestra vida. El génio de Byron, que aparece á principios del siglo, es como un génio funerario, pero esculpido sobre nuestra cuna. Consideremos su interesante vida, y luego examinaremos sus obras y apreciaremos su génio; sublime conjuncion de las formas escultóricas antiguas, con la idealidad moderna principalmente encarnada en los paises del Norte.

Su raza es de orígen escandinavo. Su génio venía virtualmente entre las espumas y los huracanes de los mares del Norte, volando sobre las barcas de cuero de los normandos. Sus padres, las tribus hijas del Polo, azotadas por el huracan, despues de haber pasado por Francia, se trasladaron como en alas de su inquieta ambicion, á las tierras de aquende el estrecho. Entre los compañeros de Guillermo el Conquistador se encuentra el jefe de su familia, uno de los señores territoriales de Nottingham. La tierra más rica y más bella poseida por su familia, fué la tierra de Rochdale, en cuya posesion entró por los tiempos de Eduardo I. Su raza ha errado por los desiertos de hielo y las selvas del Norte, henchidas de misteriosa poesía; ha combatido en la inmensidad de oscuros mares las mugientes olas y los desatados vientos; ha corrido, inspirada por la fé sencilla de la Edad Media, sobre el troton guerrero, la fuerte lanza al brazo, su escudo señorial en el pecho, á buscar el sepulcro de su Dios entre las encendidas arenas del Oriente; ha sustentado el duelo caballeresco secular entre su pátria y Francia en los campos de Crecy; ha reposado en castillos soberbios, defendidos contra sus rivales por las almenas, contra sus siervos por la horca, y contra sus reyes por los privilegios;

ha matado frailes en tiempo de Enrique VIII en la Gran Bretaña, para servir al cisma, como árabes en tiempo de Ricardo en el desierto, para servir á la Iglesia; y luego ha entrado formidable en el Parlamento, donde sin quererlo y sin saberlo, defendiendo sus excepciones señoriales y su blason aristocrático, ha contribuido, como toda la nobleza británica, á echar las bases de los derechos modernos, siempre acompañada de aquel génio altivo y aquella independencia individual, su patrimonio hereditario desde los hielos del Polo. Pero cuando las propiedades de esta romántica familia llegan á manos de Byron, oh! llegan arruinadas, deshechas. Esta ruina comienza ya en los tiempos de Jacobo I, en que uno de sus predecesores se dá á la vida fastuosa de la Córte, y para sostener esta dispendiosísima vida, á los préstamos que cancerarán con la usura sus tierras. Otro servirá fielmente en sus desgracias á Cárlos I. Las guerras civiles acabarán de arruinarlos á todos. Las viejas águilas, sin plumas casi para calentar sus nidos, se van al secular torreon medio desplomado, por cuyas endiduras entran los lagartos y las nieblas. Allí se arrastran en la miseria, aunque embriagadas por el orgullo. En 1750 rompe esta familia un poco el sudario del olvido. El abuelo del poeta ha sufrido un dramático naufragio que llama profundamente la atencion de Inglaterra. En 1765 uno de sus tios, el que lleva el título hereditario de Par, recogido despues por el poeta, mata en riña, más que en duelo, á uno de sus parientes, y cuelga del cielo de su cama, como un trofeo, la espada homicida que debiera herir su conciencia y su vista como un remordimiento.

La Cámara de los Lores, llamada á entender en su crímen, le absuelve; pero la opinion le condena. Entra en su castillo, se aisla, aulla como un lobo encerrado, se esquiva á las gentes como un ave nocturna, de dia caza jabalíes, de noche educa grillos, adiestrándolos en evoluciones á fuerza de castigos é industriosa paciencia; y siempre muestra ódio á la humanidad, humor reconcentrado y violento, extravagancias que confinan con la locura. El padre de Byron se casa dos veces, la primera por amor, la segunda por interés. Robó á Lord Carmartheu su mujer. De aquí un proceso, del proceso un divorcio, y del divorcio el casamiento con la esposa de su víctima. En esta mujer tuvo á Augusta, hermana mayor, tiernamente amada por el poeta. Viudo de su primera mujer, se casa en segundas nupcias con Catalina Gordon. De estas nupcias nació el gran poeta, engendrado en el dolor, parido en un hogar de contínuo zozobrante, al empuje de graves disgustos matrimoniales. El padre de Byron se casó por vivir alegremente con la fortuna de su mujer, que le adoraba hasta el frenesí. En dos años desapareció esta fortuna. Para ocultar su miseria, partiéronse á Francia. Lady Byron, no pudiendo sufrir más tiempo el desamor de su esposo, que se aumentaba con las horribles penalidades de la escasez, vínose á Lóndres, herida en sus más caras afecciones, desesperada del porvenir, enamoradísima de su marido; pero encontrando en este amor una fuente ponzoñosa de dolores. En tan horrible situacion, parió al poeta que Goethe debia en su poema pintar como hijo de Fausto y Elena, caido del cielo al cieno, pero conservando sus alas místicas, su lira de oro en las [redacted]

resplandor de su divina belleza en el olímpico rostro. Byron notaba que en su familia los matrimonios producían frutos únicos. "Las alimañas feroces, las tigres, las leonas, añadía el poeta, paren poco." Largo tiempo rehusó nacer, como si temiera el mar de la vida, que debia agitar con sus pasiones, oscurecer con sus dudas y rizar tambien dulcemente con el céfiro de sus cantos. Fué necesario arrancarlo como por violencia á las entrañas de la madre, en las cuales parecía haberse fabricado ya una tumba. Cuando tocó la tierra, aquél sér nacido para volar por lo infinito, su pié se encogió como si la tierra le quemara. Fué desde su niñez cojo. Este hogar tempestuoso, este nacer rebelde, este padre disipador, este tio asesino, esta madre amargada que habia perdido las dulzuras de su sexo en las espinas de su dolor, esta sangre hirviente, agitada, como las olas del mar por donde anduvieran errantes los normandos, esta cuna mecida por la desesperacion y regada eternamente de lágrimas, esta decadencia de una familia ilustre que parecia próxima á extinguirse en su último representante, esta cojera accidental, por la que sintió penetrar hasta su corazon mil veces el helado filo del ridículo, todas estas desolaciones le inspiraron aquella elegía eterna encerrada en sus versos, como una continuacion no interrumpida del primer amargo sollozo de su existencia.

Hay un sér que puede dulcificar todos estos dolores, que puede destruir todas estas tristes asperezas, la madre. Dios nos la ha dado para poner una gota de miel con sus puros besos en el acíbar de la vida. Dios la ha enviado junto á la cuna, para que al abrir los ojos, oculten las alas de su

amor toda la oscuridad del horizonte en que vamos á batallar para conquistarnos la muerte. Dios ha querido que sus manos plieguen nuestras manos, para las primeras oraciones, y que su sonrisa sea la aurora de lo infinito para la esperanza. Ella es la virtud, la caridad, la parte tierna del corazon, la nota melancólica del alma, el fondo inmortal de inocencia, que siempre queda hasta bajo los pliegues y repliegues del más cruel carácter. Cuando sintais un buen impulso en el corazon, el deseo de enjugar una lágrima, de socorrer una desgracia, de partir vuestro pan con el hambriento, de lanzaros á la muerte por salvar la vida del prójimo, volveos, y encontrareis á vuestro lado, como el ángel de la guardia que os inspira el pensamiento del bien, la sombra querida de vuestra madre. La razon, los libros, las escuelas, el padre, nos dan las ideas: los sentimientos siempre los dan las madres; el carácter, siempre las madres lo forman. Catalina Gordon pudo dulcificar con su educacion la hiel de la vida de Byron. El Titan necesitaba ser cincelado, para corregir sus monstruosidades, por los brazos de una madre. Pero Catalina, extraña, desigual, orgullosa, no sintiendo otra pasion que el amor de su marido, y la tristeza de no ser correspondida, arrojó moralmente con desden su hijo al fondo de los abismos del mundo, como si le molestara aquél recuerdo vivo de su amor y de su desgracia. El padre, amistosamente divorciado, no iba al hogar sino para estafar á su esposa; y no miraba al niño sino para decirle con amargura que se parecía á él mucho, y darle algun golpe ó algun regaño por toda señal de su cariño. Byron ha querido ocultar estas tristes verdades; pero se desprenden de toda la

historia de su vida. En 1791 murió su padre, que, en medio de su disipacion y de sus locas pasiones, guardaba cierto fondo de bondad, realzado por una singular y varonil hermosura. Sus dos mujeres le amaron con delirio. La primera, despues de haberse por él separado de un opulento marido, murió por seguirle, estando enferma, en sus correrías de caza. La segunda, la madre de Byron, guardó su pasion por él con una fidelidad inquebrantable y le lloró muerto con un dolor indecible. En esta educacion extraña, Byron tenia una fuente de inspiraciones, la lectura de la Biblia, que daba vigor al carácter poético de su alma con los versículos de los profetas. En algunas de sus obras se vé ese génio áspero, severo, monótono como el simoun, uniforme como el desierto, pero solemne como la inmensidad y sublime como la idea de Dios : ese génio semítico encerrado por Isaías en sus admirables obras y reproducido por Miguel Angel en las adustas facciones de su Moisés, cuya barba, enroscada como la tromba de una catarata, agita el tempestuoso viento del Sinaí. A estas inspiraciones viriles se cruza la vida de campesino, de montañés ; pues desde Lóndres, donde naciera Byron, llevólo su madre al campo, á Aberdeen. Allí, ántes del alba, cuando al grito agudo del gallo seguía el cántico melancólico de la alondra, andaba sólo con el pretexto de la caza, á ejercitar sus fuerzas y á llevar su génio vagabundo por las orillas de los precipicios, por las cimas de las montañas, por las cavernas donde todavía se oye la voz de los dioses de sus padres, para inspirarse en los espectáculos de la naturaleza, y unir su vajido de poeta á la voz del universo.

A estas aficiones campestres debió su habilidad en todos los ejercicios del cuerpo : la caza, la carrera, la gimnásia, la barra, la pelota, las armas, el nadar, el cabalgar. Cuando le comparaban con Rousseau en su vida privada, defendíase poniendo en parangon la debilidad del filósofo ginebrino con su robustez ; lo desmañado y flojo de aquel cuerpo, con su habilidad en todos los ejercicios corporales ; los hábitos aristocráticos de elegancia de Rousseau, con lo desceñido y descuidado de su vestir.

Bien pronto en cuerpo tan vigoroso, carácter tan enérgico é imaginacion tan exaltada, debía nacer el amor. En los primeros años de la vida, se ama sin conciencia y sin que se despierten los instintos de la naturaleza. No advertís que habeis amado sino tarde, cuando experimentais las pasiones profundas. Entónces recordais que preferíais jugar entre todas con una niña, que á su lado os sentíais bien, muy bien; que la buscábais con los ojos por todas partes; que siempre venía tarde y siempre se iba pronto, que soñábais con ella en vuestro inocente lecho, y que al despertaros, preguntábais por ella, siendo el primer deseo encontrarla y el primer dolor despedirla. Byron ha expresado admirablemente este fenómeno psicológico, diciendo que habia amado ántes de conocer el nombre del amor. No fué otra pasion ese culto de Dante por Beatrice, la niña que había visto en su infancia sonriéndole, que al entrar en la juventud vió coronada con las flores de la muerte, y que vió despues cruzar sobre el infierno de su vida coronada por las estrellas del cielo. María Duff fué la Beatrice de Byron, su primer amor á los doce años. Reíase su madre, burlábanse los padres de la

niña y los amigos de ambas casas; pero Byron la amaba triste y gravemente, sin tener conciencia de sí mismo, y sin que ningun pensamiento impuro penetrara en el paraiso de su alma. Cuando ella le dió su retrato, una cópia de su blancura, que envidiaría la nieve, de sus rosadas mejillas, de sus rubios cabellos, caidos en bucles sobre la espalda, de sus azulados ojos, Byron le dijo en uno de sus primeros versos, que prefería aquella hermosura dibujada en el lienzo, muerta, á todas las hermosuras vivas, á excepcion de la que habia puesto aquel retrato sobre su pecho. Esta inquietud de su alma, esta precocidad de todos los sentimientos, esta eflorescencia anticipada de la vida; la lectura de los profetas, que despertaban no aprendidos cantos en su fantasía; las páginas de la historia que le arrastraban á conversar con los héroes de otros tiempos, y á verlos pasar evocados por sus ideas; el amor prematuro que le sonreía ya en la niñez, como uno de esos árboles floridos ántes de la primavera; sus paseos solitarios á las cimas de las montañas para ver primero que los demás mortales el sol y para seguir con la vista errante el vuelo de las nubes y de las águilas, y recoger en su oido el rumor de las selvas y de las cascadas; todo esto eran señales de esa enfermedad febril que se llama génio; de esa sed infinita por un ideal nunca alcanzado; de ese dolor que sienten los artistas, dolor de todos los momentos, dolor sin trégua, perseguidor implacable hasta en el reposo del sueño, engendrado por la desproporcion inmensa que hay entre la idea soñada y la idea realizada, entre la hermosura concebida por la mente en su pureza y la hermosura amortiguada en las palabras y en las formas; mal

devorador de que todos sufren, y de que todos mueren; su gloria, pero tambien su torcedor y su tormento.

Byron, este grande enfermo, independiente por carácter, original por su génio, educado en el libre seno de la madre naturaleza, iba á encontrarse en bien temprana edad, metido en la jáula de una de esas sociedades que templan las enérgicas nativas fuerzas de su libertad con el rigor de las costumbres. En donde quiera que la libertad es grande, la costumbre es imperiosa. Donde falta el freno de la ley escrita, pone el tácito asentimiento de todos, el freno de sus leyes convencionales. En ninguna parte de Europa el individuo es más libre, su hogar más seguro, su conciencia más respetada, su palabra y su idea más independientes que en esta Gran Bretaña, eterno objeto de nuestra admiracion; pero en ninguna parte las costumbres son más tiránicas. El *sans façon* francés, el descuido nuestro, la facilidad con que suprimimos todo ceremonial, la ligereza con que salvamos todas las distancias, la familiaridad de nuestra conversacion y de nuestras maneras no se conocen aquí, en Inglaterra. Y no creais que me pongo de nuestra parte. Yo daría un tantico de nuestras costumbres niveladoras é igualitarias, á cambio de otro tanto de la libertad inglesa, que jamás he visto practicada ni en Francia ni en España. Yo amo igualmente la libertad y la igualdad; no las concibo divididas; las creo, no condiciones, esencias de la justicia. Pero separadlas y dadme á elegir una de las dos: yo opto por la libertad. En Francia hay más igualdad que en Inglaterra. En Inglaterra hay más libertad que en Francia. Yo opto por Inglaterra. Aquí, sin ser ciudadano inglés, á mi

casa, bajo el amparo de las leyes inglesas, que se cumplen tan rigurosamente como las leyes de la naturaleza. En Francia me hallo á merced del comisario del barrio é ignoro si el conserge que me abre la puerta de la casa es de la policía secreta. No conozco un mónstruo más terrible que un gobierno arbitrario. Un tigre puede rasgarme las carnes : el despotismo desgarra la conciencia. Pero es necesario comprender que la libertad no es un don gratuito y un objeto de juego y de lujo : se obtiene con una grande madurez de juicio, y se consolida con una grande severidad de costumbres. Los pequeños sacrificios que pueda exigir en la sociedad, se compensan sobradamente con esa dignidad tan necesaria para los pueblos y tan satisfactoria como la voz de la conciencia tranquila y virtuosa para los individuos. Así, las libertades inglesas hallan su contrapeso natural en la rigidez de las costumbres, que se impone sin necesidad de leyes, ni autoridades, por la fuerza social. Es dificilísimo explicar esta idea á los hombres habituados á vivir en el despotismo. En mis ya largos viajes por Europa, he encontrado muchos rusos, y entre estos rusos uno sólo reaccionario. Este trataba de probarme una tésis bien singular, á saber : San Petersburgo es más libre que Nueva-York. Debe advertirse que el ruso era un príncipe, pero un príncipe músico. La razon que me daba para sostener su tésis me provocaba á risa ; en Nueva-York no se puede tocar el violin en domingo. Efectivamente, imposible que los meridionales comprendan jamás cómo se celebra el domingo en los pueblos anglo-sajones : diríanse muertas las ciudades, embargada, al ménos, el habla de sus habitantes por veinte y

cuatro horas. Imposible que comprendan todo el largo ceremonial de las costumbres inglesas : los toques á la puerta, las reverencias de rúbrica, los complicados tratamientos, segun las diversas categorías ; en fin, todas estas infinitas trabas con que el instinto disciplina el individualismo anglosajon, para apartarlo de la anarquía, para impedirle el desórden.

Hé aquí á Byron, independiente por naturaleza, orgulloso en su génio, educado en las montañas, y de pronto metido en una sociedad complicada y ceremoniosa. Hé aquí á Byron, que se cree superior á cuantos le rodean, forzado á bajar la frente, á doblar la espina dorsal para someterse á las preocupaciones generales. Su verdadero hogar había sido la caverna osiánica, desde donde veía levantarse los astros ó formarse las nubes con los vapores del valle, al son del viento que agitaba la cabellera salvaje de los pinos y recogía los mugidos de las cataratas mezclados con el aullar de los lobos y el grito agudo de las águilas. Su única profesion habia sido saltar, correr, como para desmentir su cojera ; ejercer sus fuerzas á la manera que los jefes de los antiguos Klanes de Escocia ; confiar, como los bardos, sus cánticos á los giros del viento, á las alas del aire ; errar por los desfiladeros para bañar su alma en los plateados rayos de la luna ; subir á la cuna de las montañas, como para alcanzar con la mano lo infinito, ese infinito que tenia tan cerca de sí en su alma, abrumándolo con su peso, como abruman todas las grandezas humanas. Este sér extraño, salvaje por el carácter, montañés por las costumbres, poeta por el génio sublime, y por lo mismo incomprensible, iba á caer

en la sociedad más mecánica del universo y á sentirse destrozado por los dientes de sus ruedas. El destino, que le sonriera, dándole, por muerte de su tio, la dignidad de par hereditaria, le castigaba á ser aún más obediente á las costumbres inglesas. Recibióla con grande contento y no le previno su instinto que esa dignidad sería su cadena. Así de las humildísimas escuelas de Aberdeen, donde aprendiera las primeras letras y el latin, pasó al colegio de Harrow. La vida en comun no se apropiaba á su génio, que á la manera de los altos picos, se dibujaba en la soledad. La disciplina del colegio todavía cuadraba ménos á su nativa libertad de carácter. Sus conveniencias eran inconveniencias, sus gustos particulares generales disgustos. A mayor abundamiento, el maldito pié le hacía sufrir. Pero más aún que la enfermedad, las varias curas; más que las curas, el ridículo. Hasta su madre se burlaba de la cojera del gran señor, que no podría escalar la tribuna, ese pedestal de la aristocracia inglesa, sino tambaleándose como un borracho. Todas estas contrariedades derramaban á torrentes en su alma esa hiel que luego destilaron sus versos: hiel mezclada en grande cantidad á toda la levadura de la vida de su siglo. Así, cuando podía desasirse de las obligaciones disciplinarias, y leer á su gusto, devoraba libros de viajes para detenerse en las páginas de los naufragios, como buen nieto de normandos, como hijo digno de ingleses. Allí, acalorando su fantasía, mezclaba el bramido de sus tempestades interiores, el hervor de sus pasiones, el relampagueo de sus ideas, el rayo que taladraba sus sienes, con las olas hirvientes, con los huracanes desatados, con la batalla de los vientos y las

aguas, con lecho que de las frágiles tablas contra los escollos, con los clamores desesperados de los náufragos. Concíbese fácilmente que su primera traduccion fuera el prólogo del Prometeo, nacido, como él, con la llama celeste en la frente, como él, encadenado á la tierra, en lucha con el orgullo de los dioses y la ingratitud de los hombres. A un mismo tiempo la sávia que corría por todo su sér, se acumulaba en el corazon y en la cabeza. Así, amaba á sus amigos del colegio y odiaba á sus enemigos con furiosa pasion. Y como á pesar de su nacimiento aristocrático y de su orgullo de lord, tuvo siempre tendencias reformadoras y progresivas, odió la tiranía de los fuertes, y entusiasmado por la emancipacion de los débiles, se interponía para impedir que los recien llegados fuesen perseguidos y maltratados por sus compañeros, como allí era de antigua usanza. Una vez, cierto colegial de mucha edad y mucha fuerza habia decretado, en compañía de otros, atormentar á un enfermizo, pobre niño, con un número determinado de golpes. Cuando estaban mediando su cruel tarea, llegó Byron corriendo, se echó á sus piés, y dijo : " Dejadle á él, y yo sufriré la segunda mitad de los golpes. "

Mas á estos arrebatos del corazon, unía extravagancias infinitas. Ignoraba que al génio solamente le es dado desplegar todas sus alas allá en las altas cimas de las ideas. Ignoraba que los hombres de poderosa imaginacion suelen ser como las aves de poderoso vuelo, inhábiles para andar por la tierra. Su cojera le inspiraba actos [illegible] cercanos á la demencia. Apé[illegible] ménos triste. Artista, y a[illegible]

reposo de las estátuas antiguas, eternamente serenas en la bienaventurada perfeccion de sus formas. Pero ¿qué serenidad estatuaria es dado tener á un cojo? La modestia de su traje podia ocultar la imperfeccion de su cuerpo. Mas chocaba con el gusto inglés, vistiéndose lujosamente á la oriental, con seda crugidora y matizada, gasas de oro y plata, turbantes sembrados de pedrería, la roja faja al cinto cargada de cuchillos y pistolas con maravillosas cinceladuras, imitando así de antemano esa legion de héroes y leyendas orientales que llevaba en su cabeza y que debia más tarde pintar en sus versos. Especialmente vestía así en sus primeras vacaciones, allá por los años 1802, en Bath, donde comenzaron esas orgías en que debiera malgastar tanta vida y, por consecuencia, tanto génio; porque en Byron, vivir era pensar, era idear, era producir, era cantar.

Faltándole el amor maternal, sus amigos de la infancia pudieran moderar sus ímpetus con sábios consejos, y sobre todo, con sábios ejemplos. Pero tuvo la desgracia de que todos aquellos amigos, moderados en conducta, prudentes en carácter, conocedores del mundo, flexibles para tejer su vida sin cortar el hilo de sus pasiones en el cilindro de la sociedad inglesa; todos esos jóvenes de talento analítico y de experiencia, murieron pronto y le dejaron abandonado al torbellino de su génio, á las ráfagas de sus fantásticas ideas, que formaban una espiral gigantesca á su alrededor, impidiéndole oir la voz de la sociedad. Byron los habia llorado tiernamente. Como él decia, si el llanto pudiera alguna vez desarmar á la muerte, forzarla á devolver la vida robada, resucitarían sus amigos á sus desgarradores sollozos.

Pero si la muerte le habia robado sus amigos, si habia querido que el génio de una madre no fuese tan dulce para él como para el resto de los mortales, todavía era capaz de salvarle una pasion, la pasion de los milagros, el amor. Mas todo habia de ser trágico en la vida de este hombre. El amor primero de su infancia murió, desvaneciéndose á la manera que se desvanecen esas figuras fantásticas dibujadas por la fiebre en las retinas encendidas como hornos. Y, por su mal, se enamoró de Miss Chaworth, jóven hermosa, perteneciente á la familia enemiga de su familia. Su tio, el jefe de la raza de Byron, habia matado al tio de su amada, al jefe de la raza de Chaworth. Abríase, pues, entre los dos un abismo como el que separaba á Julietta y Romeo. Un cadáver se interponía entre los dos corazones. Byron no quería quedarse por las noches en el castillo habitado por su amada, temeroso de que los retratos de sus antepasados se animáran, y fueran á la armería á ceñirse sus antiguos arreos de pelear, para herir al descendiente último, al representante único de la estirpe odiosa cuyas sacrílegas manos los habia salpicado de sangre en el seno mismo de la muerte. Pero cuando su amada salía, cuando le era dado verla á la sombra de los grandes árboles, sobre la fresca yerba del prado, más ligera que la niebla, enviándole de su frente un resplandor tan dulce como el resplandor de la luna llena, y trayéndole en sus ojos el azul cielo oculto siempre tras las nubes, todo su sér se calmaba como el oceano al beso de la brisa, y su poesía soñadora é inquieta callaba vencida por la realidad. El poeta de génio necesita indudablemente estas armonías de la vida para elevarse á los

grandes principios generales de su siglo, y cantar como Homero los objetos, ó como Shakespeare las pasiones, ó como Calderon las ideas, ó como Goethe las ciencias, ántes que sus propios sentimientos. Quién sabe si, preso en aquél amor, detenido en el encanto de una pasion serena, sin las tempestades que lo asaltaron, sin las dudas que lo persiguieron, hubiera sido Byron el poeta objetivo capaz de darnos el poema cíclico de nuestra edad, en vez de ser el poeta sujetivo que nos ha dado pedazos de su corazon palpitantes y sangrientos. La bella heredera de la familia Chaworth tenía diez y seis años á la sazon, dos más que su rendido amador. El niño comenzaba á pensar como hombre; se proponía casarse, reconciliar en su lecho nupcial hasta los manes de dos familias enemigas; juntar gloriosos títulos; acumular feraces propiedades; engendrar en el amor, con la mezcla de aquellas dos puras sangres inglesas que dimanaban de las venas de una misma raza, héroes, marinos, oradores, dignos de sostener su nombre en esos dos agitados elementos de la grandeza británica: en las asambleas y en los mares.

Con qué sencillez, propia de las *Confesiones* de Rousseau, ese eterno modelo del arte de las confidencias, describe Lord Byron sus entrevistas en las colinas coronadas por una diadema de árboles; sus paseos por los lagos, y sobre todo, aquél en que la barca donde los dos iban, se apartó de todas sus compañeras para pasar, primero, por la boca de una caverna tan baja que les obligó á tenderse en el fondo de aquél lecho flotante, sobre las aguas cristalinas, como sus dos almas, lecho de castos, de platónicos amores, apénas

expresados por la luz de una mirada, por la tristeza de un suspiro. Pero aquella jóven le hacía padecer cruelmente. El noble lord no bailaba. Y su amada bailaba con sus amigos, que tenían el privilegio de ceñir aquella cintura, á la cual nunca se hubiera podido acercar Byron sin que todos sus nérvios tembláran como sacudidos por el rayo. Miéntras la dichosa pareja valsaba, el poeta se daba golpes en el corazon, temiendo que en todos los salones resonasen sus fuertes latidos. Y á pesar de no haberse nunca formalmente declarado, era comprendido. Sabe sondear muy bien la mujer el abismo de una mirada. Y era comprendido hasta el punto de recibir un retrato, que en aquél tiempo era una respuesta de amor. Pero un dia creyó volverse loco. Atisbaba á un grupo de jóvenes, entre las cuales se encontraba Miss Caworth. Naturalmente, la conversacion era de amores. Sus amigas le hablaban del Lord, de sus prendas, de su hermosura, y de las miradas y los suspiros que habian sorprendido. Miss Caworth, sin desconcertarse, con la serenidad de la indiferencia, dijo esta cruel frase:—"Me ofendeis, creyéndome capaz de interesarme por ese muchacho, por ese cojuelo."—En dos palabras habia definido las dos mayores distancias que, segun Byron mismo, separaban al poeta de su ventura: la niñez y su defecto; aquél horrible defecto, la primera de sus desgracias, el mayor de sus dolores. Pero oir aquello de boca de su amada, oirlo cuando ménos lo esperaba, oirlo en el momento en que los proyectos más halagüeños se desplegaban como un panorama infinito en su fantasía, en el momento en que iba á rendirse á sus piés, á mostrarle el fondo de su corazon velado por pro-

fundísimo respeto; oir esta cruel sentencia de muerte para su alma enamorada, anhelante, para sus ansiosísimas esperanzas, ¡ah! era tanto como caer del cielo en el instante mismo de tocar su dintel y entrever la luz, al fondo del infierno. Byron se encontró en este momento transformado, sólo con su dolor, desnudo de su esperanza, tendido sobre el hielo, en una noche de espesas tinieblas, y sin más confidente de sus penas y de sus angustias que el aire tenebroso, cuyas vibraciones repetían sus desgarradores lamentos, en vano ahogados dentro del roto pecho de su varonil voluntad. La desesperacion fué tan grande como su amor. Salióse del castillo, corrió por la campiña sin saber á dónde: todo sueño huyó de sus párpados, toda tranquilidad de su alma. El mundo le parecía vacío, y vacío el cielo; hubiera bendecido la muerte, á estar seguro de que la muerte satisfacía su primer deseo: la nada. En 1805, aquella mujer tan querida se casó con Mr. Tolin Munster. El reconcentrado dolor del poeta se conoce perfectamente en los breves y sencillos versos consagrados á este doloroso suceso. En vez de pintar su pasion, la intensidad de su amor rayando en locura, la belleza de su amada, bastante poderosa á excitar todos sus deseos en toda su viveza, la felicidad del rival afortunado que la posee sin comprenderla, acaso sin amarla, y que se desposa pisando el corazon del poeta, hiriendo todas sus fibras, envenenándolo con la ponzoña de unos celos abrasadores como el plomo derretido y duraderos como la eternidad; en vez de entregarse á todas las furias de una pasion malograda, de un deseo sin cumplimiento posible, de un amor sin esperanza, se contenta con decir melancólicamen-

te, que no verá más la colina, teatro de sus entrevistas, los árboles, testigos de sus juramentos.

En esto, la niñez de Byron se acababa, y comenzaba su juventud. Habia entrado de una edad en otra por el desengaño, como entrára de la nada á la vida por el dolor. Al encontrarse en esta línea que separaba dos grandes segmentos del círculo de su existencia, delirante dolor le poseía. Su fortuna era inútil, su ilustre nombre odioso, los cortesanos que acompañan toda grandeza incómodos, la sociedad embarazosa y triste como las paredes de un calabozo, la gloria imposible, la amistad muerta; su amor en poder de un rival afortunado; tornar á sus montañas, vagar en la sombría soledad, saltar sobre el azul torrente, era todo su deseo; ó si nó, tomar alas como la paloma, volar y volar sin descanso, subir y subir sin fin, hasta perder de vista el mundo, y buscar en el cielo, allá muy léjos, la paz. Forzado á separarse de su colegio de Harrow, todo lo echaba de ménos y se despedía de todo con dolor; de la pradera donde habia batallado con sus compañeros, de la oscura aula en que habia oido los regaños del pedagogo, del teatro en que representaba creyéndose capaz de eclipsar á Garrik, y del cementerio donde iba á llorar sus amigos muertos, á escribir palabras entrecortadas como sollozos en el mármol ó en los troncos de los árboles, para mirar el rayo último del sol poniente ó soñar con los misterios de la vida y de la eternidad entre las sombras de la noche.

Temprano comienza ya esta desesperacion de Byron, que debia pegarse á todo un siglo, como su enfermedad moral. Unos la atribuyen al clima de su pátria, otros á su tempera-

mento y á sus nervios, otros al siglo en que habia nacido y cuyas puertas de bronce, enrojecidas en el fuego de las revoluciones, cierra con su nacimiento este Titan, que ya se levanta como un rebelde, ya llora como un niño, tendiendo á esos mismos cielos las manos, en demanda de una creencia, de una fé. Naturalmente, el poeta no puede representar á su siglo como el filósofo, como el orador. El filósofo escribe despues de haber depurado sus dudas, un sistema que la razon dicta y que la lógica encadena : sirve, pues, á una idea. El orador eleva su vida á las alturas de su conciencia y se consagra á una cáusa, á una reforma. Para esto necesita concertar sus fuerzas, disciplinar su carácter, reunir sus ideas en torno de un pensamiento capital, y tener la lógica, la consecuencia inflexible, no sólo en los discursos, sino en la vida. El filósofo no es un artista ; la inspiracion no es un númen. El orador es más artista que el filósofo, pero su arte está subordinado al pensamiento, y debe seguir el raciocinio. Orar no es cantar, es raciocinar, es convencer, es persuadir. La armonía, la belleza, deben ser auxiliares del raciocinio, destinadas á conseguir más pronto su triunfo. Pero el poeta es un sér misterioso, indefinible, que se escapa al análisis como el dogma, y que se pierde de vista como el ave de la montaña, la alondra, cuando deja su nido de barro y se vá por las alturas etéreas en busca de la luz que aún no despunta, miéntras todos los demás séres duermen profundamente en las sombras sin presentir el nuevo dia. Los poetas son liras que suenan á todos los vientos ; lagos que cambian los matices al paso de cada nube ; son algo de incomprensible, como las profecías, como los presentimientos, como

los sueños. Las ideas más contrarias batallarán en su cabeza y saldrán á borbotones de su pluma. Su génio marchará con la fatalidad del torrente; ya humilde, ya ruidoso; ora despeñándose por las oscuras breñas en espumosa cascada, ora durmiéndose tranquilo y celeste en murmurador arroyo, para repetir las estrellas de la noche, ora entrando, poderoso rio, en el oceano insondable de la eternidad. Así es que en un poeta podeis casi hacer el exámen de conciencia de una época: podeis ver sus incertidumbres, sus dolores, sus aspiraciones, sus crísis de reaccion, sus ímpetus de progreso, sus batallas internas, sus ideas. Víctor Hugo ha sido legítimamente bonapartista, romántico, doctrinario, creyente, racionalista, libre-pensador y demócrata. Pero cuando querais buscar la leyenda de este siglo, lo que todos hemos pensado, lo que todos hemos sentido; nuestros desfallecimientos morales, nuestras cóleras en las cadenas; las esperanzas que hemos concebido por los orgullosos triunfos sobre la materia; cómo imaginamos la sociedad y cómo nos proponemos reformarla; nuestra concepcion de las diversas épocas de la historia, nuestro poema del progreso, á tanta costa escrito con la sangre de toda la humanidad; nuestras dudas, nuestros temores y nuestra fé servida con la exaltacion del martirio, leed, leed á Víctor Hugo. Lo mismo es Byron. El sublime desórden de este génio se parece al desórden sublime de la naturaleza. Al lado de una cima nevada, donde la luz centellea con reflejos increibles en horizontes infinitos, un abismo insondable; al lado de una plaza árida, un bosque perfumado por todas las flores de la tierra y henchido con los cánticos de todas las aves del cie-

lo; pero su obra es todo el Universo, su conciencia es la duda y la fé, la afirmacion y la creencia; todo su siglo. Dejémosle ahora al entrar en la juventud. Ya le veremos en su vida; ya le admiraremos en sus obras.

SEGUNDA PARTE.

Vamos á reseñar el segundo período, y el más crítico, de la vida de Byron. Fatigaría al lector si hubiera de mencionar, aunque ligeramente, los diversos escritos publicados sobre la historia de este hombre. Forman una Biblioteca. Escritores de todas clases, poetas de todos géneros, psicólogos, analistas, médicos, pintores, políticos, frenólogos, todos cuantos en los secretos de la naturaleza humana, en los sucesos de los primeros dias de nuestro siglo, y por los actores de estos sucesos, se interesáran, han escrito algo sobre el alma del extraño sér que pasó como un torbellino de ideas y que despidió un coro infinito de cánticos inmortales. Entre estos escritos hay uno que siempre hizo fé sobre la vida y el carácter de Byron; el libro de Moore, su confidente, su amigo. Pero Moore escribió cuando aún estaba viva la

saña de Inglaterra contra el poeta que debia darle tanta gloria; y necesitado el biógrafo de aquella sociedad, faltóle independencia para sí y sobráronle miramientos para sus contemporáneos. Y sin embargo, el libro de Moore, reservado, cobarde, es comienzo de una rehabilitacion de Byron.

Aguardábase en estos últimos dias, con grande impaciencia, un libro capital sobre la vida del poeta, un libro-monumento, un libro que debia llenar el siglo de nuevos relámpagos de su grande alma, casi una resurreccion. Imaginaos que Laura escribiera sobre Petrarca. No hay en el mundo literario quien no recuerde la beneficiosa influencia ejercida por una italiana hermosísima en la inspiracion del poeta inglés. Esta beldad, por sólo ofrecer algunos instantes serenos en la vida al génio herido por la duda, se ha levantado en el pensamiento del siglo al coro de las mujeres inmortales. Yo últimamente buscaba con afan su poética sombra por las verdes aguas del Gran canal de Venecia, entre el bosque de sus columnas, entre las grecas de las cresterías de mármol, poniéndola al lado de aquellas inmortales figuras desprendidas de la paleta del Veronés ó del Ticiano; y en el cementerio de Pisa, bajo los cipreses, sobre la tierra traida de Jerusalen, que dá rosas tan bellas como las rosas de Jericó, celebradas por los profetas, entre las grandes ojivas por donde se ven las estátuas de mármol que lloran eternamente sobre las tumbas griegas, los ángeles del Giotto y del Orcagna, que agitan con sus alas todos los misterios de la eternidad, creía oir los suspiros de esa mujer misteriosa, traidos por las brisas del mar toscano, cargadas con las cadencias del [illegible]sos inmortales de Byron.

Sabido es que la Vallclusa de estos amores no fué una fuente sombreada por los olivos, sino el cementerio solitario donde centellean los terrores del juicio final y se extienden todos los misterios y toda la solemnidad del eterno silencio, interrumpido sólo por el lamento de las campanas que cae de la cercana torre inclinada, ó por el eco de las oraciones y de los cánticos religiosos que se escapan de la Basílica, ó por el rumor de la vegetacion y de los insectos que transforman en nuevas hebras de vida las cenizas de los muertos.

Allí recordaba uno de los libros que más influjo han ejercido sobre mi pensamiento y más sueños de poesía me han inspirado en la niñez, el gran libro de Quinet, el *Ahasverus*. No podia olvidar el cántico en que las mujeres más amantes de la historia rasgan, al rayo de la luna, su blanco sudario, y vienen, almas sin cuerpo, pensamiento sin forma, especie de mariposas espirituales, las alas de luz matizadas por ideas, á rozar la frente del poeta con sus místicas inspiraciones. Allí, en aquel coro, estaba Safo, la que fué á extinguir su sed de amor en las aguas de Léucades con la muerte; allí Eloisa, en cuyo seno comenzó á renacer la naturaleza humana, bajo los cilicios y las cenizas de la Edad Media; allí la mujer inmaculada como el primero inocente amor, la niña misteriosa que lleva ya algo de las vírgenes de Rafael en su frente, la estrella que ha rielado en las olas de hiel de una vida tempestuosa, bella como ninguna y vertida por los resplandores del eterno sol: la Beatrice del Dante.

Entre estas mujeres inmortales contaba Quinet á la condesa de Guiccoli como una de las más bellas formas que ha podido revestir la inspiracion sobre la tierra. Y en efecto,

aquella mujer, que habia encontrado al poeta en la mitad de su camino, cuando la desesperacion le hervía más rugiente en el pecho, cuando la fé se le apaga casi con la vida, y le habia sonreido como sonrie la luna entre las nubes de la tempestad, y le habia calmado con sus lágrimas como la lluvia de férvido oceano, y le había inspirado versos serenos, cuya dulzura entrara en la miel más sabrosa que guarde el Universo espiritual de las artes, y le habia movido á acciones inmortales, como la lucha por la emancipacion de los griegos, cuyo recuerdo entrará entre los heroismos y los sacrificios mayores de la historia; aquella mujer es una de esas sublimes musas que pasan cantando como una bandada de blancas aves místicas sobre los horrores y las tristezas del mundo. Yo creí siempre que la condesa de Guiccoli, despues de haber sonreido á Byron en Venecia, despues de haberle llevado á Ravenna, despues de haber paseado con él melancólicamente á las orillas del Arno, bajo los pinos verdi-negros de Pisa, habia muerto al dia siguiente de la muerte de Byron, sobre la tierra de Grecia. ¿Qué podia hacer ya en el mundo? ¿A qué vivir, cuando jamás volvería á ver en la tierra el ruiseñor misterioso que cantára á su lado, y trasmitiera estos cantos, no al aire vago, cuyos giros los repiten y los disipan en la brevedad de un instante, sino á la gloria, dispensadora de la inmortalidad? No podia yo pensar que la muerte hubiera arrastrado á Byron y perdonado á la condesa. Creí que sus almas se hallaban confundidas hasta el punto de vivir ambas de una misma vida y en un mismo cielo, como esos astros de una constelacion que jamás se ven separados, y que desde el principio de los tiem-

pos se contemplan mútuamente en la inmensidad del espacio con amorosa mirada.

Eloisa no hubiera pasado á la posteridad á haber tenido otro pensamiento que el pensamiento de Abelardo. Para vivir en todos los tiempos ha necesitado morir en el charco de sus lágrimas, sobre las piedras frias del cláustro, viuda inmortal del género. Su corazon vive tanto como la ciencia de su amante, porque el corazon de Eloisa encerró lo infinito por el amor, como encerró lo infinito el pensamiento de Abelardo por la inspiracion y el raciocinio. La violencia y el ódio los separaron; pero ahora sus huesos duermen juntos, confundidos dentro de su sepulcro, en el calor eterno de la llama que los animó durante la vida.

¿ Pero qué ha hecho la condesa de Guiccoli ? Ha vivido. Y no sólo ha vivido, sino que se ha casado con un marqués rico y senador de Francia, con el marqués de Boissy. Y no sólo se ha casado, sino que, viuda recientemente, ha escrito un libro sobre Byron en dos gruesos volúmenes, inspirados por óptima intencion, pero enojosos como toda difusa apología. He recorrido las mil doscientas páginas de sus dos vólumenes, sin encontrar ni una nueva noticia, ni un rayo de inspiracion. El cielo no ha querido concedérsela á esta marquesa rica, senadora francesa, que cubre de flores de luciente seda el esqueleto de su amante. La condesa faltó á su primer marido por Byron. Esta falta sólo podia tener una excusa : la eternidad de su amor. ¿ Cómo ha llevado la condesa Guiccoli su luto eterno ? Llamándose la marquesa de Boissy, y muerto su marido, escribiendo un libro voluminoso, inacabable, sobre Byron, libro que es un apolo-

gético monótono y enfadoso, cuando debiera ser la poesía lírica escapándose de un alma enamorada. Yo estoy seguro que otro libro escribiera si en su viudez moral se encierra, si arrastra el luto hasta que Dios la hubiera llamado, si vá á buscar, para tejer una corona al poeta, las bien-olientes violetas del cementerio de Pisa, en vez de buscar las flores de trapo de los salones de Paris, que sólo huelen á perfumería.

Sigamos contemplando la vida de Byron y compadeciéndole hasta por las desgracias que le han sobrevenido más allá de la muerte. Le dejamos en la primera parte, cuando pasaba del colegio de Harrow á la Universidad de Cambridge. Corren los años de 1805, 1806, 1807, 1808. El niño es jóven. Si en la primera edad hubiese sido ménos desgraciado, fuera en la segunda ménos vicioso. La niñez, como la semilla, se pega á la tierra, donde van á brotar las poderosas ramas de la vida; se confunde con el mundo exterior; se penetra del espíritu de la familia; es continuacion de los nueve meses de gestacion, de los dos años de lactancia; y como la leche maternal es su alimento, como la sangre maternal es su jugo, la educacion maternal es su horizonte, es su cielo, es la sangre y el alimento de su alma. Ya en la segunda edad, estas armonías cesan, esta sujecion se rompe; la vida sale, casi siempre desbordada, del hogar paterno, espaciándose fuera de su cáuce como un torrente henchido por el deshielo en la tibia primavera. Los jóvenes suelen ser de oposicion á cuanto les rodea, inquietos, rebeldes, llenos de vida. Las pasiones brotan como las flores, rompiendo la película que las envuelve. La juventud es una grande enfermedad. Sobra el tiempo y se desperdicia.

Se mira al horizonte, se le vé dilatado, infinito; y no se ven las sombras que lo manchan, ni las tempestades que relampaguean por todos sus bordes. A la vida de la familia, se sustituye la amistad; á la tranquilidad, el amor; á la inocencia, las pasiones. Cuando crecemos, cuando adelantamos en la vida, viene la serpiente á echarnos del Paraiso. Se necesita tener una memoria privilegiada para recordar estos dias supremos entre la inocencia y la pasion, este hervor primero de la sangre, esta primera voluptuosidad de la vida, que ha de tener al cabo un dejo tan amargo, si no viene á endulzarla con su miel la virtud. En los primeros años necesitamos una madre. Pero en los segundos, en la época de la juventud, necesitamos una mujer á quien amar castamente para no perdernos. Si esta mujer aparece en el dintel de la vida, todo se vuelve felicidad; y la pasion se manifiesta, como una sávia purísima, en pensamientos vagos, en aspiraciones ideales, en una especie de religion poética, que tiene sus dolores como todas las grandezas del alma, que abrasa, como el fuego, toda la vida, pero que, como el fuego, la pacifica y esparce su calor benéfico por lo infinito. Lady Byron fué madre amante, pero no fué madre tierna, y no proveyó á las primeras necesidades morales de su extraordinario hijo. María, su segundo amor, acaso el más hondo de aquella alma privilegiada, el destinado á sostenerle en sus alas, María lo despreció por un hombre vulgar que no cojeaba. Las tempestades del hogar, las luchas entre los dos séres que lo engendráran, la sangre normanda bullidora é inquieta, las terribles historias de su familia, los desolados castillos donde se criara, las montañas de Escocia heridas

por el rayo y llenas de desacordadas voces de los torrentes y los aludes y las águilas; todo esto debia dar al arrogante Encelado, nacido para las luchas titánicas, una energía demasiado extraordinaria, para que no rompiese los límites señalados á la vida, estrellándose contra el mal.

La universidad de Cambridge era ya un aliciente. La disciplina sufria relajaciones muy grandes. La libertad de la vida degeneraba en licencia de costumbres. Byron tenia caprichos extraordinarios, nacidos del calor de su mente; delirios de esa fiebre moral llamada génio. Vestíase á veces fantástica y bizarramente. A pesar de que, temiendo mucho á la gordura, apénas comía otra cosa que vejetales y carnes, daba cenas babilónicas, en que la imágen de Sardanápalo, despues tan magistralmente evocada por su pluma, se dibujaba en la retina ardiente por los vapores del vino. Llevaba junto á sí formidable oso encadenado, pidiendo que le concedieran la corona de doctor. Tenia una amiga que disfrazaba de jockey, obligándola á seguirle por los paseos públicos. Gozábase en pintar su vida como un torbellino de vicios y su conciencia como un cadáver devorado por la corrupcion. Formaba una especie de asociacion monástica con sus amigos, y bebian en un cráneo montado y cincelado en plata; lo cual ocasionó la infundada creencia vulgar de que bebian en el cráneo de una fantástica querida que imaginaban violentamente muerta. Tiraba á la pistola, cabalgaba como el primero, recorría tres millas del Támesis nadando. Cierto dia se vió su perro favorito atacado de rábia. Cuidólo con espantoso peligro de ser mordido, como si fuera su hermano . . . murió, consagróle un epitafio como

si hubiera muerto parte de su corazon. A los diez y ocho años se hallaba arruinado, y las futuras rentas de sus dominios en manos de usureros. A los diez y ocho años habia tenido tres duelos; uno porque le llamaron ateo. A los diez y ocho años habia tenido un hijo natural, recogiendo al par esta primera prenda de su corazon y el último suspiro de su querida. A los diez y ocho años habia ya compuesto un volúmen de versos. Y como tomára posesion de sus tierras patrimoniales, habia citado á sus amigos á orgías donde se presentaba un buey como en los banquetes homéricos, se vertía el vino como en los banquetes asiáticos, se luchaba á los puños y á la espada como en los banquetes romanos, y se concluía por escenas de desórden y de prostitucion. Entre los comensales de estas orgías se encontraban hombres que luego habian de hacer una revolucion política, como la que hizo Rusell con la reforma electoral; y una de esas revoluciones sociales que se elevan á la altura de las mayores obras humanas, como la que hizo Peel abriendo los graneros del mundo por la ley de cereales al pueblo inglés, obligado hasta entónces á comer el mendrugo caido de las mesas de la aristocracia. A pesar de que haya intentado la gazmoñería protestante retratar á Byron como un mónstruo, capaz de todos los vicios y de todos los crímenes, sólo esta época de su vida fué verdaderamente viciosa, y áun examinándola con detenimiento, se descubre ántes el vértigo que el propósito deliberado de obrar mal, y ántes el aturdimiento que la perversidad.

El culto del arte hubiera podido reemplazar con ventaja la educacion descuidada y el amor desgraciado. Una idea

absorbe en tales términos la vida, que no deja espacio al corazon para pervertirse, ni tiempo material á la voluntad para ocuparse en el mal. El placer infinito del trabajo, de la elaboracion lenta de una obra, de las contínuas contemplaciones de esos tipos que vagan en la mente, quita en verdad todo gusto por las bajas voluptuosidades de la materia. No hay ningun goce físico que se parezca al goce espiritual de las grandes creaciones artísticas ó de los grandes pensamientos científicos. Las artes dieron á Miguel Angel, las matemáticas á Newton, la filosofía á Kant, una castidad tan pura que llegó á ser como una mística, sí, como una cenobítica virginidad. Sus amores fueron lo ideal, sus amadas las ideas, sus hijos la estátua de la Noche, la crítica de la Razon, el cálculo de lo Infinito. Byron pertenecía más á la humanidad que estos génios, especie de solitarios del pensamiento, especie de estátuas iluminadas por una idea inmortal; Byron habia nacido para amar y ser amado. Pero indudablemente, la inspiracion, la presencia del ideal, los amores puros por las puras formas de la belleza poética, todas las grandezas que llenaban su alma, eran propias para no dejarle caer en esos amores anónimos, brutales, que pintan dos cuerpos manchados en los goces impuros de un momento, el cual pasa como el vértigo de la embriaguez, para dejar un recuerdo de vergüenza en la mente y un desencanto eterno de toda la vida en el pecho.

Pero hasta en el culto por el arte fué desgraciado. Buscó prematuramente la gloria, y encontró la más acerba censura. Se necesita haber nacido con la vocacion de escritor para comprender la impaciencia con que en la primera edad se

desea ver impresas las propias obras. Y despues de impresas, la inquietud con que se recoge todo juicio, con que se pesan todos los votos. El amor propio abulta el mérito propio de una manera monstruosa. Pero esta inquietud por el juicio ajeno es una prueba de desconfianza, una prueba de que la conciencia se sobrepone en el hombre á toda pasion, áun al amor de sí mismo. Infinitas veces el aplauso concedido fácilmente á las medianías se niega al mérito extraordinario. Toda grande naturaleza tiene algo de incomprensible. Toda grande cualidad tiene algo de sublime. Y lo sublime nos fatiga con un peso incalculable, sobre todo cuando no podemos comprender su grandeza. Cuántas gentes he visto que, despues de haber contemp'ado por largo espacio de tiempo la bóveda de la Capilla Sixtina, portento de Miguel Angel, legion de titanes, de profetas y de sibilas, que han tocado á los límites últimos concedidos á la expresion de las ideas, que han subido hasta las más altas cimas del arte, no han sacado de esta contemplacion otra cosa que un gran dolor en la nuca. Y nada más fácil que maldecir de aquello que no se comprende. Además, hay escuelas literarias, cómo hay escuelas políticas, que reniegan de todo cuanto no se ajusta á su estética ó su constitucion. El asesinato y la calumnia les parecen armas buenas contra sus enemigos. Sobre todo, aquellos que por espacio de mucho tiempo han monopolizado la fama, no pueden sufrir ninguna competencia, no pueden perdonar al jóven que viene á sucederles. Han formado un símbolo de la fé crítica, han reunido una Iglesia del gusto; excomulgan á los herejes, y ya que no pueden quemarles todo el cuerpo, les queman la sangre.

Byron se presentó con su primer volúmen de poesías delante de estos sanhedrines de la crítica, delante de la célebre *Revista de Edimburgo.* Esta acreditada publicacion echó plomo derretido sobre la cuna del poeta. Jamás fué la crítica tan dura, tan implacable. El jóven autor no llegaba ni á la medianía. Sus ideas ni subian ni bajaban de un mismo nivel, á la manera de un agua estancada. Llamábase menor de edad en son de excusa, y esta minoridad se vé desde el principio hasta el fin de la obra como inseparable compañera de su estilo. Habíale sucedido como á todo el mundo: escribir una larga série de versos detestables entre su salida del Colegio y su salida de la Universidad. Recordábanle que para ser poeta precisa al ménos un poco de sentimiento y otro poco de imaginacion. Las imitaciones de Ossian y Homero no pasaban de ensayos buenos para una clase de retórica, pero indignos de la publicidad. En medio del artículo, se deslizaba su pensamiento capital; que el noble lord no naciera para poeta y debia, por ende, abandonar á mejores ingenios tan peregrino arte.

Lord Byron sintió el golpe en la nerviosa sensibilidad propia de los poetas. El filo de aquella crítica le heló el corazon. Sus lábios brotaron hiel y sangre. En su dolor, revolvióse airado contra su pátria y contra todos los contemporáneos decorados por nombres más ó ménos famosos. Todas las cualidades satánicas de que él mismo se creía dotado con bien poco amor propio, resaltan del fondo oscuro de esta sátira: el cinismo, la ironía, el sarcasmo, la rábia, el rudo rencor y la satisfaccion de la venganza. El cojo inmortal entra, como un Vulcano, con el martillo enrojecido

en el Olimpo de Inglaterra, y no perdona ninguna de las estátuas de sus dioses. Díceles á los unos que son comerciantes avaros y no poetas inspirados; á los otros, que habiendo tomado por héroe de una obra un idiota, despues de haberla leido no se sabe quién es el idiota, si el protagonista ó el autor de la obra; á éstos, que han peleado en formidable duelo con pistolas cargadas de pólvora; á aquellos, que han vestido á Camoens de encajes de Inglaterra; á un noble lord, que sus comidas valen más que sus traducciones; á un célebre historiador, que escribe porque come, y come porque escribe; á los lores, que acuden á reuniones donde, entre coros de eunucos extipendiados, se entregan sus hijas al lascivo baile y ellos al ruinoso juego, prometiéndose todos en estas babeles de vicios, alcanzar el dinero y la mujer de su prójimo. Imagínese qué efecto produciría esta sátira, en una sociedad donde tan escrupulosamente se observa el respeto al pudor y donde tan castos son los lábios y tan puro el lenguaje. Imagínese cómo se revolverían los heridos por aquél génio candente contra las manos que abrasaba sus carnes. Una nube de injurias rodeó al poeta. No contribuyó en poco esta malhadada sátira al ódio implacable con que le persiguieron sus contemporáneos. Lord Byron comenzó por publicarla anónima, y concluyó por ponerle su nombre. Anunció que esperaba en Lóndres cuantas satisfacciones quisieran exigirle. Y como todos se limitaran á murmurar sin retarle, exclamó tristemente: —"Han pasado los tiempos de la caballería."

Entre los más duramente tratados, hallábase su pariente Carliste, que habia sido su tutor. El noble jóven jamás se

arrepintió de este proceder. Al contrario, en una de las ediciones de sus obras se defendía con su inexperiencia de haberle dedicado un libro, y aseguraba que toda la sangre de los Howards no era bastante á hacer un caballero de un villano, un sábio de un tonto. La cáusa de esta inmortal venganza merece ser conocida, porque se relaciona estrechamente con uno de los aspectos bajo los cuales miramos á Byron, con su aspecto de orador, y con uno de los hechos más trascendentales de su vida, con su entrada en la Cámara de los Lores de Inglaterra.

Lord Byron le habia pedido su proteccion y su padrinazgo para ser presentado en la Asamblea. Nada más natural que el deseo de sentarse en aquella grande oligarquía, que por su parecido, especialmente entónces, con el senado romano, y por su influencias en el mundo, habia de acalorar y encender la imaginacion del poeta. En el alma de Lord Byron habia, con esa nostalgia del cielo natural en todos los génios extraordinarios, sed intensísima de la gloria. Y la más grande, la más embriagadora de las glorias humanas indudablemente es la gloria del orador, que sin verter una gota de sangre, sin manchar sus laureles con los funestos trofeos del guerrero, conquista desde la tribuna las almas de sus oyentes y las confunde todas en su alma. No hay espectáculo semejante al del orador, el cual debe ser á un tiempo filósofo, poeta, artista, músico, táctico; sacar del fondo de su alma los tesoros del pensamiento, encerrarlos en formas perfectas, con esa fuerza creadora que, como la palabra de Dios, hace brotar mundos; y por un milagro de su inteligencia y de su voluntad, tender entre tempestades infinitas de

aplausos cadenas invisibles, á las cuales se prenden los corazones como esclavos de aquella mágia, cuyo poder sobrenatural es uno de los misterios más profundos del espíritu. El alma inquieta, activa, de Lord Byron, se imaginaba ya en las visiones de su fantasía triunfando de todos sus enemigos por la mágia de la palabra y sirviendo al género humano por la santidad de las ideas.

Sí: aquel hombre á quien presentaban sus enemigos como indiferente á todos los dolores humanos, como dudando de todas las ideas, despreciador de sus semejantes y enemigo de Dios; dado sólo al culto de su vanidad y al desenfreno de sus vicios, tenia allá en el fondo de su grande alma un altar reservado para la religion de los oprimidos, y la fé siempre viva en el progreso de la humanidad, que es al cabo el cumplimiento de las leyes divinas de la justicia sobre la faz de la tierra. No habia sólo un sentimiento de egoista amor propio en la justa impaciencia de Byron por alcanzar los derechos que en la herencia le tocaban: habia el nobilísimo amor de la humanidad, como lo demostró más tarde empleando su poderosa palabra en favor de los católicos de Irlanda, y exparciendo así las semillas de las instituciones que debian brotar en nuestro tiempo; profeta, como todas las grandes inteligencias, de un nuevo mundo social.

Pero á todos estos nobilímos deseos respondió Lord Carliste con criminal indiferencia. Mal hemos dicho, respondió con vivísimo deseo de contrariar las nobles ambiciones de su sobrino. Extravió los documentos legales para que se retardára su recepcion oficial. Acogió con desden la dedicatoria de unas poesías que, obras de un niño, debian ilustrar,

inmortalizar su nombre, cuando sus obras propias, sus obras de viejo, ya estuvieran olvidadas. Y se negó, por fin, á presentar en la Asamblea aquél grande génio que llevaba escondido en su frente un cielo de poesía. Lord Byron entró acompañado por un lejano pariente, á quien apénas conocía. La alta Cámara se consagraba á sus negocios ordinarios con esa regularidad matemática propia de la vida inglesa. Nadie en aquella aristocrática Asamblea sospechaba que el noble Lord, venido á ocupar unas de sus sillas curules, hubiera de ser en lo porvenir el intérprete del pensamiento de su siglo, el cantor de sus dolores y de sus dudas. Quizá Byron, del fondo de la degradacion en que habia caido, y á pesar del desencanto que las críticas brutales habian engendrado en su alma, prevía con la conciencia de su propio mérito, y con la prevision natural del génio, la corona de laureles oculta bajo su corona de espinas, y la transfiguracion reservada por el porvenir á su génio. Indudablemente, una atmósfera misteriosa debia rodear al jóven, y una aureola centellante resplandecer sobre sus sienes. Era ya entónces uno de esos hombres-símbolos elegidos entre muchos para personificar y representar un siglo. Como nuestro tiempo, debia arrastrar su cuerpo á manera de un reptil, por el suelo, y su alma á manera de una constelacion luminosa, por lo infinito; buscar los goces sensuales, y tener sólo un goce completo en la contemplaccion de las ideas; reirse de las creencias, y morir por la fé; aparentar brutal epicureismo, y merecer ser contado entre los héroes por su vida y entre los mártires por su muerte. Aquella su figura, la bóveda de su cabeza griega, los dilatados espacios de su frente, las ar-

queadas cejas; la profundidad de aquellos ojos, que ya tomaban el color sereno del cielo, ya la oscuridad del abismo, como un oceano de alterados pensamientos; la línea bellísima de sus lábios cincelados como para vibrar eternos cánticos; su nariz aguileña, su barba partida con una gracia incomparable; el gesto olímpico, la actitud majestuosa, la grandeza templada por su bondad, el génio centellando de cada una de sus facciones; aquél color pálido y mate, semejante al color de un mármol antiguo dorado por el sol y por los siglos; todo su sér, toda su persona debian revelar que Dios no cinceló tan perfecto vaso para que estuviera vacío, sino para llenarlo de inmortales esencias.

Su entrada en la Cámara fué fria y formularia. La sesion era vulgar, los lores pocos, el Canciller recibió el juramento, y declaró la admision como se recitan siempre todas las fórmulas. Yo no he visto el antiguo palacio del Parlamento, pero he visto el nuevo; y puedo asegurar que ha dejado en mi alma una emocion eterna, como la Catedral de Toledo, como el Coliseo de Roma, como el Cementerio de Pisa. A pesar de la escasa originalidad de la arquitetura, y del exceso de los adornos, los altos muros góticos, las formidables torres, la grandeza de las proporciones, el color sombrío aumentado por las bocanadas de humo de las fábricas y las emanaciones nebulosas del Támesis, las áureas aristas en las altas cúpulas semejantes á sombríos cipreses, iluminados por los rayos de un sol misterioso, dejan en el alma una indefinible imágen de grandeza, como expresion sublime de la soberanía de un pueblo, engrandecida por la sancion de los siglos. Las pinturas y las esculturas se distinguen sólo por

sus imperfecciones. Pero los altos arcos y las largas líneas dan ciertamente al espíritu una idea de todas las grandezas. Pero lo que más admira, no es lo que estais viendo, sino lo que estais pensando bajo aquellas bóvedas; la fuerza de las instituciones, la grandeza de las libertades, el progreso que nunca se interrumpe, el prestigio de una raza que ha sabido salvar sus derechos de la universal servidumbre en que todas cayeron en el siglo décimo sexto, cuando se fundó el desolador absolutismo. Yo en este inmenso palacio pensaba el daño inmenso que hicieron á su pátria cuantos alejaron á Byron de aquellos escaños con su ódio irreflexible. Acaso las altas ideas sociales y las progresivas reformas políticas le hubieran separado del abismo, dando alimento á su deseo infinito de amor. Acaso la pasion de la libertad hubiera llenado más positivamente su alma que la pasion de lo ideal. Acaso á las glorias de la poesía hubiera reunido las glorias de la elocuencia. La libertad no es la Bacante que imaginan los reaccionarios del mundo, sino la fiel esposa de austera virtud y de casta fecundidad. Podemos padecer, pelear, morir por ella, seguros de que los siglos por venir recogerán el fruto de todos estos sacrificios. Pero los ódios conjurados contra Byron le forzaron, no solamente á dejar la Cámara, sino la pátria. En su desesperacion, miles de maldiciones brotaron de su alma. Inglaterra lo arrojaba de sí, ignorando que habia de ser una de las primeras estrellas de su cielo.

Aquella separacion de Byron no fué un viaje, fué un destierro. El mismo nos dice que salia de Inglaterra triste como Adan del Paraiso. Cuando vuestra pátria os cree

incompatible con su reposo, con sus instituciones ó con sus creencias, no hay más remedio que abandonarla, aunque abandoneis con ella la mitad de la vida. Por todas partes hay aire, pero no es aquél aire que ha recogido los suspiros del primer amor. Todas las naciones tienen hogares que ofreceros, pero ninguno es el hogar donde habeis recibido la bendicion de vuestra madre. El cielo es grande y se extiende por todo el planeta, pero no es el cielo bajo el cual soñásteis con vuestras esperanzas muertas en flor, y fuísteis feliz con las rientes ilusiones. Toda la tierra puede ocultar vuestro cadáver; pero ¡ay! vuestros huesos estarán más solitarios en la tierra impía que no tenga tambien los huesos de vuestros padres. Morir en tierra extranjera es el mayor de los castigos. No en vano hemos nacido en un país. Tenemos de su suelo un jugo semejante al que recoge de la tierra la raíz del árbol; tenemos de su cielo un beso inmortal en la frente. Nuestro corazon está amasado de aquella arcilla. Nuestras ideas se confunden casi con las palabras que la pátria ha puesto en nuestros lábios. El destierro concluye por convertirse en una enfermedad mortal de corazon. Deseais, anhelais marchar entre gentes con las cuales teneis esa comunidad de orígen, de sangre, de lenguaje, de vida, que constituye el sér de vuestra pátria, dilatacion de vuestro propio sér. Y despues de haber visto las mayores naciones del mundo, las ciudades más célebres, los monumentos más sublimes; despues de haber tratado á los hombres más ilustres; despues de haber asistido á una gran sesion en las Cámaras de París y Lóndres, á una misa en San Pedro de Roma, á una salida del sol en la bahía de Ná-

poles, á una serenata en el gran canal de Venecia, á una excursion por la cima de los Alpes, entre los hielos eternos, al ruido de las cascadas que mugen cayendo en el valle y de los aludes que levantan remolinos de nieve á las alturas, volveis tristemente los ojos allá al lejano país donde tuvísteis la cuna, y resumís todas vuestras ambiciones en ser el último de sus ciudadanos, el más oscuro de sus hijos, por tener hoy entre vuestra familia y vuestros amigos un hogar, y mañana en la tierra de vuestros padres una olvidada sepultura.

El amor, sólo el amor podia haber creado para Byron un nuevo mundo de felicidad y de esperanza. Pero el amor más intenso de su vida, el primer amor verdaderamente grave de su corazon, no encontró la correspondencia que acaso fuera su eterna felicidad. Amar y no ser amado. ¿Concebís mayor tormento? El corazon solitario, sólo engendra serpientes, como el desierto. Nadie se cura de vuestra vida ni se interesa por vuestra suerte. Los más bellos pensamientos caen por su propio peso en el abismo del alma, pues no teneis á quién comunicarlos, y la hieren y la destrozan. Podeis salir cuando querais de vuestra casa sin que nadie os detenga y volver sin que nadie os aguarde. Como la salud es vuestra solamente, la exponeis al primer peligro, la jugais á la primera carta. Como la muerte ha de herir un corazon solitario, la aguardais indiferente. No teneis con quién compartir ni penas ni alegrías. El alma que, partida en dos, se agranda hasta lo infinito, en el egoismo se encoge y seca á la manera de esas frutas caidas verdes del árbol. Cuando las fuertes emociones de un corazon varonil, cuando las rudezas de un carácter que ha peleado mucho, no están por

la sonrísa de una mujer querida templados, toman algo de salvaje, como los campos abandonados del cultivo. Despues de una tempestad, no hay calma; despues de la noche, no hay aurora; despues de la duda, no hay fé; despues del dolor, no hay consuelo. Una vida sin amor es un cielo sin astros. Miss Caworth, abandonando á Byron, acaso le cortó las alas con las cuales se hubiera remontado al cielo, y lo dejó entregado á sus propias pasiones y á la soledad de su pensamiento, entre los torbellinos del mundo. Antes de partirse, quiso verla el poeta. En efecto, tuvo valor para arrostrar la mirada de aquella mujer feliz en otros brazos que no eran los brazos de su primer amante. Pisándose el corazon y las entrañas, penetró en aquella estancia que habia creido destinada á ser el templo de su felicidad. La rubia cabeza se inclinó para saludarle. Las miradas de los dos amantes, separados para siempre, se encontraron en aquél supremo adios. Byron le dijo que su único deseo era la felicidad de su amiga, y que se iba contento viéndola feliz; que sentia un gran dolor, pero que ante todo y sobre todo, sentia una amistad infinita por ella, hasta el punto de ser capaz de amar á su esposo porque la amaba á ella. Cuando veia al hijo de María, que apénas contaba á la sazon dos años, cuando descubría en su fisonomía rasgos de la fisonomía del padre, su corazon se partía de celos en mil pedazos; pero cuando lo observaba y veía los ojos de su madre, lo estrechaba contra su corazon y lo besaba hasta sofocarlo. Por fin, partió. Ya lo veremos en su viaje, despidiendo de su mente una estela de luz y de su corazon un reguero de sangre.

TERCERA PARTE.

Abandonar Inglaterra, aquella sociedad ceremoniosa en la cual apénas podía moverse y respirar el génio inquieto del poeta, era una vivísima necesidad de su alma. Rompió, pues, los hierros de su cárcel y se encontró en plena libertad; atravesó las nieblas británicas, y fué á bañarse en nuestros dilatados horizontes, en nuestro claro cielo, en nuestra vivísima luz. Si los hijos del Mediodia no podemos contemplar una puesta de sol, cuando las nubes se tiñen de púrpura, cuando las montañas casi se trasparentan, cuando las aguas del mar toman toda suerte de matices, sin dejarnos arrastrar por el encanto de aquella fiesta de armonías y colores, ¿ qué le sucederá al hijo del Norte, acostumbrado á ver siempre sus árboles gigantes y su sol pálido á través de las gasas de sus nieblas ?

Byron sintió por un momento extraordinaria dicha; sus siniestras ideas, su melancolía inmortal, sus dudas y su desesperacion cayeron pronto en el seno de las aguas, como si los besos amorosos de las brisas marinas le llegaran hasta el alma. En efecto, nada hay que nos aliente y nos vigorice tanto como el espectáculo del mar, la brisa recogida por la lona agitada, el espumoso oleaje roto y surcado por la vencedora quilla; un doble infinito sobre nuestra cabeza y bajo nuestras plantas; la vida por todas partes embriagándonos con su voluptuosidad; la luz cayendo á torrentes y acrecentándose en la trasparencia de las aguas; el aroma salado de la vejetacion marina difundiéndose por nuestra sangre; el vigor de la voluntad demostrado por la lucha; y la dignidad humana realzada por aquella victoria de todos los instantes sobre los batalladores elementos.

Se vé en la correspondencia de Byron que su alma se ha rejuvenecido en el Oceano; que su vida se ha aumentado con la vida infinita del Universo. En efecto, sea cualquiera nuestra idea sobre la naturaleza, ya la consideremos como un velo que oculta á Dios, á la manera de los místicos, ya como el conjunto de la vida universal, á la manera de los panteistas; cuando nos entregamos á gozarla, á respirar el aire vivificante que circula por su seno, á contemplar sus estrellas, que nos miran con amor, á recostarnos en el seno de sus prados, cubiertos por las florecillas de abril, sobre las cuales juguetean las mariposas, á oir el coro de sus miríadas de aves y la orquesta infinita de sus misteriosos rumores, á sumergir la vista en el lejano y hondo paisaje, súbitamente nos convertimos todos en poetas, y sin poderlos

expresar como los génios superiores, sentimos los escalofrios de la inspiracion pasar por nuestros nervios agitados como un arpa, al mismo tiempo que las corrientes de la vida universal centuplican las fuerzas de nuestra ténue vida.

Pocos poetas han sentido la naturaleza como Byron. Gusta, es verdad, de turbar su serenidad con el grito de los dolores individuales, pero tambien gusta de mostrar cómo su sávia penetra hasta la imaginacion, y la hace brotar flores á la manera que la sávia primaveral hincha las yemas del seco almendro. Así nos ha descrito sóbria y elocuentemente su llegada á las tierras occidentales, despues de haber pasado los tormentosos mares de Vizcaya, las riberas encantadas de la vieja Lusitania, la desembocadura del Tajo, las montañas con sus aureolas de luz y sus turbantes de blanquecinos vapores, los frutos de oro escondidos bajo las anchas hojas de esmeralda empapadas en deliciosos aromas, Lisboa mirándose en el espejo de las aguas, las no soñadas bellezas de Cintra, por cuyos tortuosos caminos ya se vé un monasterio lleno de sombríos penitentes, ya las cruces que recuerdan horribles asesinatos; pero sobre todo, el oleaje granítico de montañas dentadas, con los picos suspendidos en lo infinito y casi agitados por el viento, con los cambios bruscos de luz y de sombras, con las blancas coronas de madre-selvas, con los profundos valles donde la vejetacion del Norte llora la ausencia del sol, con las laderas cubiertas de naranjales, con el ruido de sus mil torrentes desgajándose en varias cascadas, y la vista lejana del infinito Oceano reflejando la luz en su celeste seno.

Byron atraviesa el Guadiana. Al pisar nuestra pátria, la

sombra de España caballeresca se levanta á sus ojos. La nacion-héroe se le aparece, herida, á cáusa de su belleza, por todos los conquistadores y atándolos á todos á la cola de su caballo de guerra. En las inmensas llanuras españolas, entre el polvo levantado por las ráfagas de los vientos, cree la imaginacion ver siempre la eterna lucha, el duelo á muerte entre los moros y los cristianos, que han mezclado igualmente su sangre en los surcos, arrugas de nuestra madre tierna. Y despues, cuando viene la noche, y el cielo brilla con su serenidad, y las estrellas relucen, cree la mente oir por do quier, al son de la guitarra, los romances del antiguo heroismo ó las endechas del eterno amor. Yo acabo de recorrer las regiones más hermosas de Europa. Y ni en las orillas del Rhin, pobladas por los dolientes sueños de la poesía germánica, ni en el golfo de Nápoles, donde las sirenas levantan sus frentes de mármol coronadas por epígramas griegos, he sentido una poesía tan profundamente triste como la que se respira en las noches de Andalucía, cuando sobre la tierra encendida, á la incierta luz de los astros, bajo la parra ó la palmera, la gitana de tez bronceada y ojos negros, dejando caer sobre las espaldas sus trenzas de ébano que le obligan con su peso á levantar la cabeza, y tendiendo al cielo sus brazos como para huir de la tierra, danza y danza, como si un delirio la poseyese, al son de la guitarra que se queja doliente, y de la cancion de amor triste como una elegía, sostenida y ligada en largas cadencias, como una série de no interrumpidos sollozos.

Byron llegó á España en la época de la guerra de la independencia. Su agreste suelo, sus rudos rastrojos se hallaban

quemados. En cada una de sus colinas se levantaba un fuerte. Los cañones abrian por dó quier sus bocas mortíferas. Todos los españoles llevaban su escarapela de color de sangre en el sombrero y su arma bajo la capa. Zaragoza se retorcía sobre el potro del tormento, asombrando al mundo con su menosprecio de la muerte. No parecía sino que una ciudad entera se suicidaba como Caton. Una mujer secaba sus lágrimas, y entre montones de ruinas humeantes y montones de cadáveres podridos, aplicaba con sus breves manos la mecha al cañon que defendía la ciudad-mártir, convertida en vasto cementerio. Este sublime delirio de España en la defensa de su independencia, se halla magistralmente descrito por el poeta, que se eleva desde su ligereza tornadiza y desde su irónico escepticismo individual, á las alturas de la poesía épica, cual si hubiera recogido en su génio absorbente el espíritu del viejo Romancero.

Pero siento en el alma que viera nuestras costumbres tan de ligero. Sevilla debía inspirarle algo más que el cuento insípido sobre sus dos amas de huéspedes, con las cuales viviera cuatro dias. Viniendo, sobre todo, de Inglaterra, aún hay que admirar la torre desde donde los maestros arábigos estudiaban la astronomía; el hospital levantado por el arrepentimiento y que guarda junto á los cuadros de las aguas y de la multiplicacion de los panes, esos cuadros de la vida, otros espantosos, pero verdaderos cuadros de la muerte; la catedral gótica, austera como la Edad Media, y ya iluminada por los albores del Renacimiento, como si las sombras de una época estuvieran en sus bases y el amanecer de otra época alboreára por sus ojivas; el palacio mudejar, cincela-

do como una joya y empapado en todos los colores del Oriente; los patios, que macetas de varias flores adornan, que sonoras fuentes refrescan rociando con sus cristalinas gotas los pavimentos de mármol, y que pueblan esas beldades, cuyo color moreno y cuyos ojos, profundos abismos de amor infinito, recuerdan á cada paso las Vírgenes de Murillo.

Cádiz le ha inspirado algunas bellísimas estrofas. Mas ¿por qué Byron, que ha visto con una tan clara perfeccion el valor de los españoles, no ha visto tambien la virtud de las españolas? Las virtudes de los hombres son fáciles de ver, porque brillan en el campo ó en la plaza pública. Con sólo mirar los muros de Cádiz, podia ver allí embotadas las bombas de Napoleon. Pero las virtudes de las mujeres se ocultan en el seno del hogar, en el santuario de la familia; hay que buscarlas como las perlas, en el fondo de las aguas y en la clausura de apretadas conchas. Un viajero pasa algunos dias por extranjera ciudad, tiene fáciles placeres, encuentra el vicio en la superficie, y generaliza sus emociones. Así me explico la injusticia de Byron y las duras frases con que marca ligeramente á las mujeres de Cádiz. Y sin embargo, si entra en aquellos hogares, y vé los tesores de ternura, de pasion unidos á la fidelidad más austera, ¡cuán otra hubiera sido su idea! En ninguna parte las familias se hallan tan unidas en el mismo espíritu y son tan amantes. En ninguna parte se consagra con tanto afan toda una vida á un sólo amor. Yo he visto languidecer en su retiro muchas de esas beldades nacidas para encantar la sociedad, despues de haber aguardado largos años al prometido ausente, que ha ido á morir en inhospitalarias playas. Yo las he visto, viudas de un

primer amor infeliz, permanecer fieles á ese amor único, á ese amor virginal hasta la muerte, y morir con la esperanza de hallar á su amado en otras regiones más serenas. Yo las he visto sostener diez, quince años de relaciones, desde la primera edad, con el elegido de su corazon, sin que en esos quince años, ni un beso haya desflorado la virginidad de los lábios, ni un pensamiento lascivo la virginidad del alma. Yo he visto á madres jóvenes y hermosas morir para el mundo el dia que murieron sus maridos, y convirtiendo su casa en cláustro, no tener otras relaciones con la sociedad que las necesarias para educar á sus hijos. La pasion toma entre nosotros la intensidad infinita de aquel ardiente clima, pero como todo lo que es infinito, pasa de las limitadas regiones de la materia demasiado fragil y demasiado estrecha, para contenerla en las regiones ilimitadas del pensamiento, donde reviste una pureza casi divina, y adquiere una vida casi celeste. Byron no debia haberse contentado con ver el fuego robado al cielo por los negros ojos de nuestras andaluzas, la pasion que relampaguea bajo sus sedosas cejas y entre sus largos párpados, las trenzas que parecen animadas como serpientes cuando se enroscan por su blanco cuello; entre todas estas llamas debía haber descubierto la pureza y la hermosura del alma.

Bien pronto dejó nuestro país. Como poeta, buscaba la tierra de las formas artísticas, la tierra de la expresion perfecta. No hay en el mundo país alguno que haya tan profundamente acertado con la manifestacion bella de la idea como Grecia. Apénas ha pasado un pensamiento por su mente, cuando ya se ha revestido de un dibujo inmortal que

es como el perfecto delineamiento de la hermosura. Cuatro rayas bastan á sus dibujantes para trazar en el mármol esos bajo-relieves, cuya sencillez se confunde casi con la sencillez nativa de las ideas, y cuya hermosura es la perfeccion tranquila de una serenidad eterna. Son las ideas griegas como las melodías más naturales de la creacion, como el susurro del arroyo, como el canto del ruiseñor. Son sus estátuas el bello ideal de las artes plásticas. No parece que el mármol haya obedecido al martillo que lo ha desgajado de la montaña ó al cincel que lo ha revestido de formas, sino á la idea y á la palabra. Cualquiera diría que la estátua se ha levantado de la piedra á la evocacion del artista, con la misma prontitud con que debió levantarse del barro Adan al llamamiento de Dios. Cualquiera diría que un alma inmortal se ha encerrado bajo la bóveda de aquellas divinas cabezas y reflejádose en los espacios de aquellas anchas frentes. Dueños los griegos de una lengua inmortal por su flexibilidad y por su riqueza, sus almas despiden las ideas en esas palabras sonoras, como un instrumento músico las melodiosas notas. Jamás pueden olvidarse, cuando en el original se han leido, los versos en que Tetis consuela á su hijo, la descripcion del valle de Colonna en el *Edipo* de Sófocles, el ronquido de las Furias en la *Orestiada* de Esquilo, y los períodos inmortales del *Timeo* de Platon. Parece que luego la humanidad no ha sabido hacer otra cosa que copiar y recopiar estos eternos modelos, como un aprendiz de dibujo copia el ejemplar que tiene en frente, borroneándolo y á tientas, poniendo á veces superioridad en la expresion ó en algunos de sus rasgos, pero sin llegar nunca á su perfecta

forma. Todos los artistas, clásicos ó románticos, poetas, pintores, escultores ó arquitectos, los que cultiven las artes de la palabra en la tribuna ó en la cátedra, han de ir á Grecia á buscar los secretos de la forma. Byron no podía faltar. La pátria del arte se le aparece como uno de esos cráneos que han llevado el peso de un alma en vida, de un alma capaz de elevarse hasta lo infinito, y que en muerte apénas pueden ofrecer habitacion á un insecto. La mano aleve de los hombres acaba de arrancar hasta las ruinas del Partenon para llevarlas al Museo de Lóndres. Los sacrílegos han profanado un cadáver para despojarlo de sus riquezas. Yo he visto en el Museo británico los rotos mármoles del Partenon, animados por el cincel de Ictino, de Calícrates y de Fidias; yo los he visto con mis ojos, y los hubiera besado con mis labios, como el peregrino la tierra de Jerusalen. Yo he visto las teorías, las procesiones, el desfile de los Dioses y de los héroes, las vírgenes griegas ofreciendo los presentes de la Atica, los semi-dioses vencedores de los centáuros, las víctimas destinadas al sacrificio, los jóvenes guerreros desnudos sobre el caballo en pelo, todos perfectos en su hermosura inmortal y serena; pero todos tristes, léjos de las colinas donde crece el olivo de Minerva, y de los torrentes donde crece la adelfa de Apolo, circuidos del aire cargado con las nieblas del Támesis y el humo de la hulla, en vez de hallarse circuidos del aire á cuyos besos nacieron, del aire perfumado del Himeto, lleno con las armonías del Egeo; extranjeros eternamente, ¡ellos, los génios del Mediodia, los génios del arte y de la luz! á las sombras y á las tristezas de los climas del Norte, más desgraciados entre las brumas de Albion que Euridice entre las tinieblas del Infierno.

Jamás el génio del hombre ha escrito páginas tan bellas como las que Byron consagra á su peregrinacion por Grecia. Son una elegía donde no sabemos qué admirar más, si la perfecta forma, si la elevada idea, si la amarga tristeza. La hermosura plástica de los griegos se une á la profunda melancolía de los cristianos. Cuando los veo, me parece que estoy viendo la Noche de Miguel Angel extendida sobre el sepulcro de Florencia, aquella fuerte deidad griega, casta como la Vénus de Milo, pero triste como una Dolorosa de Rivera. La nave del poeta va pasando entre los promontorios griegos, y su voz va recogiendo la voz de las ruinas, los lamentos de aquellos sitios despoblados de sus dioses. Jamás, desde que Plutarco escribió los lamentos oidos por Thamo, cerca del cabo Miseno, cuando la religion de la naturaleza se moría, jamás los hombres han escrito páginas tan tristes. Chorrean lágrimas, pero lágrimas encendidas, capaces de resucitar los dioses en las frias cenizas de los arruinados altares. Desde su nave ha visto la sombra del peñasco extendida sobre el mar de Leucades, donde Safo apagó en la onda amarga la sed infinita de su corazon. Desde su nave ha visto la estrecha bahía en que el génio práctico de Occidente, personificado en Augusto, venció al génio exaltado del Oriente, personificado en aquel fuerte pretoriano que se llamaba Marco Antonio, el cual habia cambiado el amor á Roma por el amor á Cleopatra, la maga, la hechicera, la poetisa, la encantadora, capaz de resucitar con sus ardientes besos y sus lascivas danzas las teogonías orientales bajo los templos mismos de Grecia, y enroscarse como una serpiente del Asia á la Ciudad Eterna, y ahogarla

para vengar la esclavitud de sus padres y la muerte de sus dioses.

La flexibilidad maravillosa es el carácter distintivo del poeta. En él se unen el clasicismo antiguo, el romanticismo moderno, el orientalismo; y á la somnolencia idealista más vaga, el realismo más crudo, más brutal. Es la personificacion de su cáustico tiempo. Es el instrumento que todos los vientos hieren, y que á todos los vientos suena, ya al aura celeste matinal, llena de aromas y de cánticos, ó ya al mugido del huracan ardiente, cargado de polvo y de cenizas. El mar no repite los cambios de la luz tan fielmente como su conciencia los cambios de las ideas; no retrata las nubes del cielo como su alma los pensamientos del siglo. En este sentido, siendo, como es, un poeta subjetivo, nunca olvidado de su personalidad, arrastrando la cadena de sus dolores individuales por la tierra, queda y quedará siempre como uno de los más fieles poetas de este siglo incierto, que, desde sus comienzos, ha vacilado entre la razon y la fé, entre el derecho y la tradicion, entre la libertad y el cesarismo. La reaccion y la accion jamás lucharon con tanta fuerza, ni jamás consiguieron un equilibrio mayor, provinente de su mútua paralizacion. Por eso Byron es el poeta-siglo. Todas las ideas batallan fuertemente en su conciencia, Y de todos los caractéres se reviste su alma. Despues de haber pasado, como un poeta antiguo, por las riberas de la Atica, evocando en versos de una forma perfectamente sencilla, el espíritu guardado en sus ruinas, entra en Albania y se siente atraido fuertemente por un espectáculo bien contrario á la severidad helénica; por el orientalismo, por la hipérbole,

por las costumbres sensuales y las fiestas voluptuosas del Asia. Hieren sus ojos los montañeses de la Albania con las largas botas de cuero bordadas de sedas, los anchos saragüelles blancos, la faja de colores cargada de aceros damasquinos relucientes de pedrería, la chaqueta y el chaleco de grana bordados de oro, sobre un hombro la gruesa borla azul que cae del gorro griego, y sobre el otro la larga escopeta embutida de marfil; bronceado el color por el sol, negros y relucientes los ojos, perfectas las facciones, altos de estatura, flexibles de talle, ágiles como los gamos de sus montañas; evocaciones, en fin, de las primeras razas humanas, que llevan en su frente como una señal augusta de su pristina grandeza. El gobernador de aquellas regiones le recibe como saben recibir los gobernadores turcos á los aristócratas ingleses. La hospitalidad de Alí es un contínuo encanto para Byron. En pabellon de mármol, en cuyo centro surge murmuradora fuente, sobre cogines mullidos de vistosa seda, teniendo á un lado el pebetero de ámbar y á otro el café, en frente la larga pipa, al pié de celosías por cuyos áureos enrejados se descubre la viciosa vejetacion del Oriente, la palma entrelazada con el ciprés, Byron y Alí departen, rodeados de albaneses pintorescamente vestidos, de macedonios con su manto rojo, de flexibles y finos griegos que ostentan sus facciones escultóricas, de negros mutilados, traidos á gran precio de la Nubia; y miéntras á la puerta caracolean, en caballos ligeros como el viento, ginetes de todas las razas asiáticas, precedidos por ruidosas músicas y alegres atambores, desde la alta torre el muezin solitario envía el anuncio de la plegaria, para recordar que Dios y la

idea religiosa envuelven, como una atmósfera moral, todas las grandezas del Oriente.

Pero la verdadera tierra del poeta era la tierra de Aténas. Allí, fugitivo de las nieblas del Norte, se reconocía en su pátria. Los siglos y las cóleras de los hombres han pasado sobre los templos, las estátuas y las columnas; pero todavía el cielo es azul, las colinas escultóricas, los bosques de olivos, de laureles y de lentiscos poéticos y umbríos como en el tiempo en que los habitaban los dioses; todavía el Himeto destila de sus tomillos la dulce miel con que se regalaban los lábios de los poetas, vibrantes de armoniosos cánticos; todavía las mismas abejas que alababa Platon susurran agitando con sus esmaltadas alas el aire sonoro, y fabrican en los troncos de los árboles los olorosos panales que ántes brillaban como oro líquido sobre las aras coronadas de flores; todavía los rayos de Apolo doran con su luz inmortal los mármoles de que salian estátuas eternamente bellas, y la voz de los faunos del campo se une con la voz de la sirena que palpita en las ondas; porque si han pasado los héroes y los génios, si ha muerto el arte, la libertad y la gloria, aún queda viva y fecunda la naturaleza. Este sentimiento religioso por el Universo es otro de los caractéres más bellos de la poesía de Byron. Se vé que no es un sentimiento convencional, de reflexion, impuesto por una ley estética, á la manera del sentimiento de Goëthe, sino que nace espontáneamente, como un arroyo, de su alma, henchida de la vida universal.

En este retiro no le faltaron aventuras. Primero encontró en su travesía á la bella Florencia, escapada dos veces á las

persecuciones de Napoleon. Despues en Aténas se apasionó de tres hermosísimas jóvenes griegas, las cuales rehusaron toda ofrenda de este corazon demasiado expansivo y universal. Contrajo tambien amistad con uno de los séres más extraños y ménos estudiados del siglo; con Lady Esther Stanhope. Eran el alma del poeta y el alma de la maga propias para comprenderse. Si la edad de la dama inglesa y su proverbial fealdad oponian obstáculos á una relacion de amor, la exaltacion de su carácter y la poesía de la vida anudaban entre ellos estrechas relaciones de amistad. Esta mujer habia huido tambien de las nieblas inglesas, en pos de la luz de Oriente. Y al salir de Inglaterra, habia maldecido aquella sociedad convencional, cambiándola por la compañía de las nubes, de las águilas, de las tempestades, de los vientos, de todos los séres que vienen ó van de lo infinito en el círculo misterioso de la vida. Al entrar en las regiones asiáticas, se habia despojado de sus creencias protestantes, como la serpiente de la piel. Su Biblia era el Universo; su templo las selvas primitivas que exhalan todavía el aliento del Diluvio; su altar el Líbano, donde los profetas hebreos tallaron las gigantes arpas; su habitacion las cavernas; sus compañeros los cedros seculares, cuyas profundas raices absorben la humedad de la tierra, y cuyas altas copas el rayo del cielo; su Dios el indeterminado infinito; su profesion la profecía, como si aún corrieran los tiempos de las Sibilas; sus medios de adivinanza, el magnetismo; sus medios de expresion, un estilo nervioso y lleno de imágenes, como el estilo oriental; su único móvil, cierta poesía inquieta, incapaz de expresion, que no pudiendo encarnarse en grandes obras, se

encarnaba en acciones maravillosas y en una vida errante; pero el fondo de su carácter era una verdadera aunque sublime demencia. Si no estoy equivocado, Lamartine encontró á tan extraña mujer tambien allá en los tiempos para él felices de su viaje á Oriente. Era el momento supremo de su vida y la suprema crísis de su génio. El realista dejaba en Europa sus convicciones aristocráticas, el católico su fé. Una aspiracion vaga á la felicidad del género humano le henchía el corazon, y otra no ménos vaga á un panteismo sentimental, la inteligencia. Así como hay aves, hay génios del crepúsculo. Son como ángeles perdidos entre el cielo y la tierra, con la frente en la luz, con las plantas en las sombras, y que vuelan caprichosamente entre resplandores y entre tinieblas. Así vagaba Lamartine, entónces hermoso, jóven, poeta célebre, con sus *Meditaciones* en la mano, como el testamento de su primera edad, y el corazon y la idea puestos ya en los círculos de otras más dilatadas regiones. Lady Stanhope le anunció que algun dia estarían en sus manos los destinos de la pátria. Esta mujer hubiera pasado á ser un milagro de prevision y de presentimiento, si su muerte no hubiera descubierto su locura. M. Lescure, que ha escrito una bella é instructiva biografía de Byron, promete estudiar la vida de esta hermana espiritual del poeta, que como Byron, dejó á Inglaterra como Byron, maldijo su sociedad; como Byron, se dió á una doctrina, mezcla informe de fé y de duda; como Byron, unió á un carácter expansivo una melancolía profunda; como Byron, buscó en el sol de las regiones orientales calor para su corazon aterido, y como Byron, murió en el regazo de la naturaleza.

Pero no solamente anudó estas relaciones, sino que tuvo tambien el poeta aventuras capaces de exaltar su corazon y su fantasía, esos dobles abismos llenos hasta el borde de su inmenso génio. Imposible leer el pequeño poema *Giavur* sin que el sublime terror trágico, expresado por atrevidas imagines, sacuda todos vuestros nervios con sus descargas eléctricas. Era Leiba una de las más hermosas mujeres de los serrallos de Hassan. La flor del granado había teñido sus mejillas; la negra y trasparente lava del Etna, encendida aún, había hecho el cristal de sus ojos. Envuelta en su manto de blanca gasa, brillaba como la estrella entre las nubes. Pero tenía un manto más hermoso, aunque negro, el manto de sus cabellos, que le llegaban hasta aquellos piés, blancos como la nieve virginal, cuando acaba de caer desde la nube sobre los picos de las montañas. Un veneciano la vió y la amó. Su amor fué correspondido, y una felicidad momentánea unió sus cuerpos, como una infinita pasion había unido sus almas. Hassan lo supo. En las deliciosas riberas griegas, en breve ensenada, desde cuyos bordes se levantan montañas esmaltadas por los arreboles de la luz meridional, acaeció espantoso suceso. Una barca llevaba un saco. Dentro del saco iba un cuerpo. El saco y el cuerpo fueron á la mar profunda. Pero cuando Hassan volvía de cumplir su castigo, un hombre, más rabioso que los tigres de las montañas, le detiene, combate con él y con su gente, hasta arrancarle casi la mano con que sostiene la cimitarra, y luego lo deja revolcándose en su agonía hasta que muere sobre el polvo del camino. Y él implacable vá á un convento cristiano, pide un hábito á cambio de riquezas, y sin hacer ningun

voto ni practicar ninguna ceremonia, mirando sólo al mar lejano y profiriendo entrecortadas palabras, en que se mezclan el amor y la muerte para sus dias, como si fuera un génio del infierno, cumpliendo una penitencia. Al fin espira, y sólo pide olvido para su nombre, una cruz de palo para su sepultura. Me engaño, pide tambien que, si es verdad que los cadáveres arrojados al mar lo dejan para pedir á la tierra una tumba ménos tormentosa, pase la desgraciada Leiba sus dedos húmedos sobre la frente de su amante, los pose sobre el corazon encendido, y se acueste á su lado, y duerma allí, junto á él, sin abandonarlo jamás.....

.....

. Es necesario leerlo para admirarlo. Parece traducido del árabe por la riqueza de la fantasía y por el atrevimiento de las imágenes. Solamente la elegía final acusa la literatura psicológica del Norte y el carácter normando del poeta. Esta bella leyenda le fué inspirada por varias aventuras. Aquel Alí que tan bondadosamente le recibiera en su palacio, habia cosido en doce sacos doce mujeres turcas acusadas de infidelidad y las habia arrojado al mar. Ninguna de ellas lanzó una queja. Todas recibieron la muerte con la resignacion en el alma y el silencio más profundo; hermosos juguetes del destino, quebrados, como si fueran de vidrio, contra los escollos. Estos casos eran frecuentes. Un noble napolitano, de paso por Janina, se enamoró de una jóven turca de diez y seis años. Su amor fué sospechado por la policía. Y los dos amantes fueron sorprendidos en su lecho. La policía apedreó á la turca hasta matarla con el inocente fruto de su amor que llevaba en las entrañas, y des-

terró al italiano á una ciudad apartada, donde murió, no de la peste que habia en el aire, sino del dolor que llevaba en el alma.

En una escena semejante habia sido Byron actor, y acaso débese á eso el calor extraordinario con que está escrito el *Giaour*, porque Byron esperaba magistralmente sus personales emociones. Cuentan Moore y Medwin que, estando en Aténas, habia sentido el gran poeta una pasion profundísima por hermosa jóven turca. El retiro en que estas mujeres de Turquía viven; el triste abandono en que sus compatriotas las tienen; la necesidad de compartir con muchas otras el amor; la ardiente naturaleza, exaltada por las visiones de la soledad y los sueños de esas fantasías vivísimas que sólo ven el mundo al través de gasas y de rejas, les dan maravillosa aptitud para sacrificarse á uno de esos amores prohibidos por su ley, más intensos cuanto más peligrosos, y cuyos atractivos se aumentan con las amenazas constantes de muerte que vienen á convertir en alimento de su infinita pasion, la cual en sus trasportes y en sus delirios, llega hasta buscar la muerte y saborearla, con el goce de manifestar todos los tesoros de un cariño capaz de convertir en una voluptuosidad suprema la suprema agonía, y en suspiro de amor eterno el último suspiro de la vida. Byron, por sus prendas personales, debía inspirar exaltadas pasiones. Algun recuerdo hay de estos amores en aquella figura de Haydée, nunca bastante admirada, y en aquellas noches de loco amor á la luz de las estrellas y al triste cántico de las olas. Byron y su amada se veían frecuentemente. Pero en esto, interrumpió sus relaciones la cuaresma turca, cuyos

mandatos son, respecto al amor, severísimos. El poeta no se creía obligado á semejante ayuno. Y seguía yendo á ver á su amada. A pesar de todas las precauciones tomadas, su amor fué descubierto. Una tarde se paseaba á caballo por el Pireo, seguido de su fuerte escolta de albaneses. En mitad de la plaza descubrió un grupo de agentes del gobierno que arrastraban á duras penas un grande saco. Un gemido entrecortado, un sollozo amarguísimo, resonó en los aires. La sangre se agolpó á las sienes del jóven y un siniestro presentimiento al corazon. Creyó ver, ya con la adivinacion pronta de su génio, retorciéndose en el seno de las aguas, entre las agonías de la muerte, á la hermosa jóven que habia estrechado tantas veces contra su corazon enamorado. En efecto, llegó. Su aire distinguido, su ademan imperioso, la riqueza del traje, la muchedumbre de su escolta, el influjo del nombre inglés sobre el ánimo de los turcos, detuvieron aquella ejecucion, aquel crímen espantoso en el momento mismo en que iba á ser perpetrado por la justicia mahometana, implacable como la fatalidad. El saco se abrió, y vióse salir de su seno, pálida como la muerte, á la jóven que Byron habia amado más que la vida. Allí, en presencia de todos, la arrancó á los verdugos, puso su propio pecho como escudo, sus brazos como defensa, y declaró que morirían unidos. El oficial del gobierno ateniense, ó se apiadó, ó temió. Suspensa la ejecucion, fué este acto de clemencia confirmado por el gobernador de Aténas. Pero con una sola condicion: que los dos amantes habian de separarse. Desterrada á Tébas, allí murió la infeliz beldad, si no en el fondo del mar, en el fondo del olvido, palideciendo y deshoján-

dose en la ausencia como una flor privada de su sávia. De tal suerte cuentan esencialmente esta anécdota Medwin y Moore. Este último se refiere al relato del Marqués de Sligo. Pero segun Hobhouse, Byron salvó á la jóven turca de la muerte, mas no por ser su amada, sino por ser la amada de uno de sus compañeros de viaje ó de sus criados. De todos modos, protagonista, actor, testigo, estas escenas orientales llegaron hasta el fondo de su alma, inspirándole el sublime horror de que está impregnado uno de su más bellos poemas.

La estancia de Byron en Constantinopla no le inspira las bellas estrofas que su estancia en Grecia. Tocado de un entusiasmo inglés, bastante raro en su temperamento antibritánico, pone el San Pablo de Jacobo I muy por encima de la Santa Sofía de Constantinopla. Sin embargo, su presencia en los Dardanelos se halla señalada por una aventura que merece contarse. El poeta era un gran nadador. Habia heredado la aficion á este ejercicio de sus predecesores, de sus abuelos, diestros marinos. Su habilidad era tal, que en Venecia le llamaban el pez de Inglaterra. Además, como su génio era adorador de la naturaleza, como su espíritu era profundamente panteista, cuando se desnudaba para lanzarse al agua, creía volver al estado inocente del primitivo Eden, libre de toda defensa contra los elementos propicios y benéficos, sumergiéndose en el fondo de la vida universal y absorbiéndola por todos sus poros, con lo cual se dilataba su corazon hasta lo infinito, como el mismo Oceano. Sabida es la tierna escena con que Ovidio ha ilustrado estos célebres lugares. A un lado están las riberas de Europa; al otro las

riberas del Asia. Los dos mundos se miran desde el principio de los tiempos allí cara á cara, se acercan cual si quisieran abrazarse, y casi nunca se comprenden. Es el uno el mundo de lo infinito, de la religion, del despotismo, de la casta, de la fatalidad; es el otro el mundo de lo finito, de la filosofía, de la democracia, de la libertad. Y en aquellas dos riberas habia, sin embargo, dos corazones amantes en otros tiempos. Eran Hero y Leandro. El padre de Hero, para preservarla de esta pasion, la había encerrado en fuerte torre levantada sobre una de las orillas, miéntras Leandro se consumía de amor en la orilla opuesta. Mas no hay imposible que el amor no venza. Esa pasion que salva los tiempos, bien podía salvar el abismo extendido entre Europa y Asia. Cuando la noche venía sobre el Bósforo, cuando la navegacion cesaba, cuando los dos continentes se dormían. Hero colocaba una luz en lo alto de su torre, y Leandro se iba á nado, teniendo por guía aquella estrella iluminada por el amor. Mil veces lo trajeron las sombras y lo ahuyentó la luz. Mil veces llegó aterido, fatigado, próximo á morir. Pero una mirada de Hero, un suspiro de sus lábios lo reanimaban. Mas hubo una noche fatal. El mar traidor callaba y dormía; la luz de Hero centellaba en las sombras. Leandro corría á nado en pos de una palabra de amor. De pronto, el huracan se desata, las olas hierven, el relámpago despide sus siniestros reflejos sobre aquel delirio de la naturaleza extremecida, sobre aquel furor de las aguas rabiosas. Hero conoce que Leandro está en peligro, y se lanza desde la torre al seno de la tormenta. Al dia siguiente flotaban juntos dos cadáveres que habían tenido por lecho nunpcial

los brazos de la muerte. Byron quiso probar si la expedicion de Leandro era posible. Una milla hay apénas de costa á costa. Pero las corrientes son muy fuertes. La primera vez no pudo vencer la resistencia de las aguas. Pero la segunda triunfó. Era poeta en la fantasía, era poeta en el génio, era poeta en la vida; último y sublime representante de las edades artísticas reemplazadas por nuestro tiempo de industrias y de prosa.

De todas estas larguísimas expediciones trajo Byron dos cantos de *Childe-Harold* y el *Giaour*. La misma incertidumbre que tenia respecto á sus ideas tenia tambien respecto á sus obras. Mal juez de sí mismo, estimaba en más el difuso comentario de Horacio que las melancólicas páginas de la odisea, en la cual se vé el espíritu humano dolorido por sus dudas, encorvado bajo el peso de la rica herencia de sus ideas, atravesando el campo-santo de los pueblos muertos, y sintiendo en aquellos montones de petrificados huesos el calor de la vida. Su deseo no reposaba un momento. Desbordando los límites demasiado estrechos concedidos por nuestro organismo á su desarrollo, corría siempre inquieto en busca de nuevas emociones, sin examinar su naturaleza ni su orígen, con tal que sacudieran profundamente el sentimiento. Byron pudo decir, transformando el entimema de Descartes: siento, luego existo. No estudiaba las ideas, el Universo, la sociedad, en el fondo de su gabinete, con el frio análisis de Goëthe, ayudado por la experiencia de otros génios y por el trabajo de otras edades, nó; medía la sociedad por sus propias pasiones, el Universo por sus propios viajes, las ideas por sus propias creencias; expresaba lo que

sentía; y llegaba al arte, no por las inspiraciones de la fantasía, sino por la accion de la vida. Ver, experimentar, padecer ó gozar, luchar, vivir más que pensar: hé ahí el carácter de Byron. Su Evangelio es la accion. En su sentir, la poesía no es el sueño escondido en las profundidades del alma, sino el bajo-relieve grabado en las entrañas de la naturaleza. La tierra, la sociedad, el cielo se reflejarán en las corrientes de esta vida tempestuosa, tomando sus propios tintes. Individualista como su raza, lleno del *spleen* que se evapora de las nieblas, aristócrata por educacion y por sentimiento, la necesidad de sentir le llevará al seno de la humanidad, al culto de las ideas más generales y más justas, como la necesidad de expresar sus sentimientos, para volver á saborearlos nuevamente, le llevará á la más sublime poesía. Hay ciertos hombres observadores, que semejantes al ave de Juno, tienen una retina de extraordinaria *clarvidencia* en cada uno de sus poros. Byron podia decir que en cada uno de sus poros palpitaba un corazon. Sus cánticos vienen á ser la vibracion de sus nérvios. Sus ideas vienen á ser otras tantas sensitivas. El cuerpo humano es como un gran árbol, que despues de pasar por las raices, el tronco, las ramas, termina allá, en los confines del cielo, con esa flor esférica, la más bella de las flores, que se llama por su forma cabeza, por su contenido cerebro. Pues bien: la vida de Byron termina por el corazon. Yo creo que lo llevaba en la cabeza, y que allí era el péndulo, y la aguja, y la máquina que movía, que señalaba, que sonaba todas las ideas.

Las más altas montañas tienen huellas del primer fuego en que ardía la tierra. Ved si nó el granito, y á pesar de su

frialdad al tacto, os parece á la vista que aún arde por las refracciones del cuarzo, por las negras partículas semejantes á polvillo de carbon. Pues si el planeta lleva las huellas del fuego primitivo, el siglo lleva por do quier huellas de los dolores de Byron. Ha esprimido su corazon como una esponja sobre nuestra frente, y nos ha bautizado á todos con su sangre. No hay ningun hijo de este siglo, ninguno que si examina detenidamente su sér, no encuentre allá en el fondo oscuro de la conciencia algunas gotas de la hiel de la duda y allá en el fondo destrozado del corazon algun extremecimiento de desesperacion. No hay ninguno, pues, que no lleve algun canto de Byron en la conciencia, como no habia ningun hijo del siglo décimo-tercio, absolutamente ninguno, que no llevára algun fragmento del *Infierno* del Dante en la vida, algunos de aquellos tizones pegado á las carnes. Nuestro dolor nace de la desproporcion del ideal que llevamos en el alma con las fuerzas y el tiempo que tenemos para realizarlo. Se necesitaría una vida inmortal, como la vida de la humanidad. Se necesitaría un universo como esa escala de la vía láctea, donde hay mundos de mundos, sistemas planetarios infinitos, hirviendo en una infusion de materia cósmica. Y tenemos por vida un minuto. Y vamos como insectillos rudimentarios ocultos en pobre átomo de polvo. Hé aquí el secreto de nuestro dolor. Y hé aquí la grandeza de Byron: haber sabido quejarse.

Pero concluyamos en breves palabras este período de su vida, que abraza hasta el regreso á Lóndres. Deseoso de conocer más espacios y más tiempo, por consecuencia, más vida, pidió permiso para entrar en Egipto, á fin de perderse

en esa inmensa necrópolis, donde se oye eternamente la voz austera de la muerte, mezclada con la riente esperanza de la inmortalidad. Pero este proyecto, que hubiera indudablemente agrandado los horizontes de la imaginacion de Byron, no pudo realizarse por falta de dinero. El génio tiene atados á sus piés ó sus alas, esos fragmentos de metal que le recuerdan siempre su cuna de barro y su sepultura de polvo. En vano Byron escribía á su administrador y á su madre pidiéndoles dinero. Ni uno ni otro podían satisfacer esta necesidad. El poeta proponia la venta de Rochdale para dispendiar sus productos en esa navegacion espiritual por el oceano de las ruinas históricas. La única tierra de que no quería desprenderse era Neweste, porque allí había padecido mucho. Extraño, bien extraño huésped el dolor. Lo huimos y lo amamos. Tenemos un culto por todos los calvarios donde hemos sufrido. Y al fin de la vida amamos hasta nuestra corona de espinas y las llagas que la idea ha abierto en nuestras sienes, como las llagas que el sentimiento ha abierto en nuestro corazon.

Tal como iban los negocios particulares de Byron, no sólo era imposible ir á Egipto, sino difícil permanecer en Grecia. Una série de empréstitos contraidos para alimentar las primeras locuras de su juventud, habia caido como una capa de polvo sobre las ruinas de sus propiedades. A estos empréstitos habian sucedido largas séries de pleitos que ahondaban todavía más el abismo de su perdicion. Un escribano habia puesto en venta el castillo que Byron deseaba guardar como la cuna de sus pensamientos, como el nido de sus primeros amores, como el panteon de sus ilusiones.

Por fin, abandonó á Grecia para volver á Inglaterra. Todo lo que traía de su expedicion eran algunos pedazos de mármol, varios cráneos griegos encontrados en los antiguos sepulcros, tres criados, dos tortugas y una redoma llena con zumo de la planta que mató á Sócrates. Pero en realidad lo que venía de extraordinario al mundo occidental en aquel viaje, era el poeta, engrandecido por el espectáculo de tantas ruinas, por el baño en la vida de la naturaleza, por la experiencia de sentimientos inmortales, por la aspiracion infinita al mundo de las ideas eternas, por ese dolor que es como una sed inextinguible, como un hambre insaciable, dolor del ideal, dolor de los dolores humanos, dolor que ningun sonido puede expresar, que en ninguna frase puede compendiarse, que es algo extraño, como los misterios de la muerte, como el magnetismo de la inspiracion, como la electricidad del sentimiento; pero dolor sin el cual no puede haber, no habrá nunca un verdadero génio. La vida es una lucha. La gloria es el resultado de ese contínuo combate del trabajo. El génio es como el fuego de un martirio lento. Se abrasan las carnes, hierve la sangre en el horno de las ideas. El corazon se retuerce en el dolor causado por la inmensa desproporcion que hay entre la idea y sus pálidas manifestaciones. Toda obra de ayer parece descolorida, triste, y dá pena. Toda obra de mañana halaga miéntras se dibuja por los espacios del alma; pero disgusta en cuanto cae sobre su lecho mortuorio de palabras. Mas el dolor que siente por todos los dolores, la aspiracion que tiene á todos los bienes, la necesidad de consolar, de socorrer, de alentar, obligan al génio á producir. Y en esta necesidad de su naturaleza,

llega algunas veces á producir sus obras maestras y á tocar con su frente en la inmortalidad. Entónces ya es un génio humano, ya pasa á representar uno de los símbolos del siglo en que ha nacido.

Y cuánto debemos agradecer su trabajo á los hombres extraordinarios que nos han hecho reposar en sus obras de arte. Ellos nos han dibujado un mundo encantado, envolviéndolo en el colorido de esa luz increada que se llama pensamiento. Así como al dejar el ruido, el polvo de las ciudades, y encontrarnos en el seno de los bosques, al pié de las montañas, á las orillas de los rios, decimos: "Soy hombre;" al encontrarnos en comunicacion estrecha con lo infinito, por medio de una obra de arte, decimos: "Soy humanidad." La belleza es la luna que baña de melancólicos resplandores las noches del alma. Las poesías son las alas que nos llevan por encima del ruido vertiginoso del mundo de la industria en que habitamos al cielo sin límites de lo ideal. ¡Benditos sean todos los poetas! ¡Bendita sea la hermosura, la inspiracion, las artes, los ángeles que nos señalan como término de nuestra carrera lo infinito en Dios.

CUARTA PARTE.

Desde su regreso á Grecia hasta su casamiento, es la edad de oro de Lord Byron. Los cantos primeros del *Childe-Harold* tan llenos de poesía, lo encumbran súbitamente á la cima del Parnaso inglés. En pocos dias llega á ser el hombre más célebre de su país y uno de los hombres más célebres de su siglo. Los que ántes le habian tan duramente criticado, lo ensalzan. La sociedad que ántes le menospreciára, lo pone á su cabeza. Las damas se disputan una sonrisa de sus lábios, los editores un verso de su pluma. Los más aristocráticos salones se abren á su paso para que reciba la corte de admiradores y respire á plenos pulmones el incienso de la alabanza. Envíanle nombramientos de honor los clubs más distinguidos. El príncipe regente lo invita á sus fiestas, y en presencia de toda la aristocracia

inglesa, le aprieta las manos que sostienen aquella lira inmortal. La Cámara de los Pares, que lo recibiera como un un jóven oscuro, lo cuenta como una verdadera gloria. Y hasta los escritores protestantes ortodoxos, segun observacion de Macaulay, no se ensañan fuertemente con este jóven sublime, que mina los principios cristianos por su base, á cáusa del esplendor de su aureola. Byron, cuyo principal atributo es la sensibilidad, bebe á grandes tragos en esta copa de oro. ¡El, disgustado siempre del mundo y de sus pasiones, cree posible vivir en aquella nube, como los dioses inmortales, oyendo un perpétuo himno en loor de su génio! La alabanza, el aplauso, la gloria, suenan gratísimamente al oido. Por algunos momentos cree el cándido corazon que todas aquellas muestras de entusiasmo han de ser eternas, que todas aquellas flores nunca han de marchitarse. Olvida que hay en el fondo de la sociedad, como en el fondo de la naturaleza, el aguijon del mal para impulsar la vida, espoleándola, hiriéndola. Olvida que entra más cantidad de mal, de desgracia, en aquellas almas en que entra más cantidad de génio. La naturaleza, despues de haber dotado á sus hijos predilectos con algunas de esas grandes cualidades propias para alcanzar la gloria, les exige que la merezcan por su trabajo y por sus luchas. Así es que en el fondo de todo génio hay siempre un abismo. No se lleva una corona de estrellas en la frente, sin llevar otra corona de espinas en el corazon. No se penetra en ese templo de la fama para escribir un nombre inmortal, sino á costa de escribirlo con sangre de las propias venas. A veces nace un génio, trabaja, lucha, cae, recae, muere olvidado en el cami-

no de la gloria, y la posteridad, solamente la posteridad le conoce y le venga de las injusticias de su tiempo. Pero ¿qué más? Hay hasta en esos juicios póstumos que se creen definitivos é implacables, grandes alternativas y grandes eclipses. Shakespeare, el poeta más querido de nuestro siglo, ha pasado durante otros siglos por un bárbaro. No hay poeta académico, de esos que peinan la frase, cabelluda, pero sin seso, hasta convertir la prosodia y la sintáxis en el arte de un peluquero; no hay ninguno que no haya condenado el gusto del gran poeta y que no lo haya creido propio sólo para divertir á las gentes vulgares con sus monstruosidades y sus horrores. Y sin embargo, Shakespeare es hoy la mayor gloria de Inglaterra.

La vida es complicadísima, y por lo mismo, se halla erizada de dificultades insuperables. Y así como hay los grandes contrastes en la naturaleza, los hay en la sociedad. Junto á cada profeta que anuncia el porvenir, se levanta el magistrado que tiene el ministerio de conservar lo presente y que persigue al profeta. Junto á cada pensador nuevo, hay una asociacion que se declara infalible. Junto á cada reformador, hay la eterna copa de cicuta. Parece que no pueden caer las semillas del bien sobre la tierra, si no se rompe el vaso que las contiene. Cada preocupacion vieja se siente herida por la idea nueva, y la muerde. Cada privilegio persigue y calumnia á cada derecho que le contradice. La sociedad es movimiento. Pero los que vienen á moverla, caen siempre aplastados bajo su inmensa rueda. La sociedad es renovacion. Pero los que vienen á renovarla, mueren perseguidos por los viejos errores. No podeis aspirar á la ben-

dicion de los venideros sino teniendo la maldicion de los contemporáneos. Los animales feroces no se van sino despues de una peligrosísima caza. ¡Cuántos génios caen, cuántos se malogran, cuántos mueren y desaparecen como sombras en estas largas correrías necesarias para limpiar la tierra de mónstruos! La mayor parte de las gentes cree que, al arrancarles una preocupacion ó un error, á cuya sombra sus padres han vivido siglos y siglos, le arrancais su alma y su Dios.

Y vosotras, almas-poetas; vosotras, que venís de regiones más limpias; vosotras, coronadas de flores, batiendo blancas alas, vestidas del éter; con un cántico inmortal en los lábios y una lira en las manos, como los primeros ángeles que asistieron inclinados sobre el caos al nacimiento del Universo; vosotras, que llevais el ideal como una estrella sobre la frente, y que vivís embebidas y estáticas en la contemplacion de un mundo de ideas, que á nosotros, débiles mortales, sin vista tan penetrante como la vuestra, nos parece un mundo de sombras; vosotras no podeis venir aquí sino como á un abismo; no podeis penetrar en esta esfera de las realidades, sino tronchando vuestras alas y cubriendo de espinas vuestros piés; no podeis bajar desde el fuego donde habeis sido amasadas, á la frialdad de nuestras sombras, sin que el rocío de vuestras lágrimas, en el cual se descomponía la luz increada, se hiele en la caida y se convierta en granizo que apedree el vaso trasparente de vuestros corazones.

Indudablemente, el dolor de los dolores consiste en la desproporcion que hay entre la idea de justicia, de belleza, de bien, y las realidades del mundo. El único medio de

aliviar este dolor es trabajar por la modificacion de la realidad, cincelar el mundo, como el escultor cincela una estátua, hasta aproximarlo á la idea; y vivir y morir en la seguridad de que esta obra no se interrumpirá, sino que será continuada por otras manos. Todo poeta siente, lo que en lenguaje vulgar se llama el mal del país, el dolor del destierro, la nolstalgia del cielo. Todo gran poeta es como un ángel desterrado. Byron sentía, como nadie, este mal inmenso, infinito. Lo que en Virgilio, en Petrarca, en Bellini, en Rafael es una tristeza melancólica, dulce, igual, como las noches de luna, en Calderon, en Cervantes, en Shaskespeare, en Miguel Angel, en el Dante, en Byron es un dolor intensísimo, que toca ya en la desesperacion, es como el bramido del huracan sobre el oleaje del Oceano, es una inmensa tempestad. Hay muchos de estos génios que se han consolado desarrollando la virtualidad infinita de su alma en sus obras. Miguel Angel se encierra largos años y llena la bóveda de la Capilla Sixtina de profetas, de sibilas, de titanes sublimes. Cada una de aquellas figuras le ha costado extremecimientos horribles de dolor. Todas las ha parido su alma destrozándose. Sus actitudes dicen que no caben dentro de los estrechos límites concedidos á las obras humanas. Yo estoy segurísimo de que el gran dolor del artista se consolaría, se aliviaría, en medio del coro de sus hijos inmortales, de sus obras eternas. Pero Byron buscaba su consuelo en la vida real, en el mundo, en la copa misma de donde fluía su dolor. Así, ninguna de las mujeres que encontró correspondió al ideal de su mente.

Sólo se acercó un poco la condesa de Guiccoli. Ningu-

no de sus amigos le amó con aquel sentimiento de exaltacion que Byron llevaba hasta el heroismo. Ninguna de sus orgías satisfizo la fiebre de placeres ideados allá en el caos de su mente. Ninguno de sus viajes llenó la curiosidad de su alma, nacida para viajar por lo infinito. Entre las olas del mar y las estrellas del cielo; al través de las costas españolas, bruñidas por los rayos de nuestro espléndido sol; y la sombra de la Giralda y de los laureles del Alcázar de Sevilla; en la falda del Pindo y en la falda del Vesubio; entre los coros de las islas del Adriático y los coros de las islas del archipiélago; á orillas del Bósforo y sobre las ruinas de Roma; en las noches silenciosas de Aténas, cuando la luna bañaba con sus melancólicos resplandores la columna de mármol, á cuyos piés se extiende la yedra y sobre cuyo destrozado chapitel se cimbreaban las palmas, al soplo de las brisas del Egeo; en todos estos grandes teatros del arte y de la historia, en todo el mundo, encontró siempre el hastío que llevaba dentro de su alma. El mar cae como una gota de hiel y la tierra como un átomo de polvo en el abismo insondable del deseo. Hé aquí por qué la vida humana, esa vida llena de aspiraciones á lo infinito, no es como el círculo que el niño produce en sereno estanque arrojando una piedra, sino como esa faja infinita de mundos que Dios produjo en el inmenso espacio arrojando una palabra. La vida humana es infinita. Desde el momento en que nos convencemos de esta verdad, modelamos los hechos que están al corto alcance de nuestra mano con arreglo al pensamiento de la mente; y dejamos aquellas ideas imposibles de realizar, que se esparzan como llamaradas misteriosas en

la infinidad y en la eternidad de la vida futura, que se extiende hasta el seno de Dios.

Pero veamos á Byron luchar con la vida presente. El 14 de Julio de 1811 entraba en Lóndres, vigorizado por su viaje. A los pocos dias encontró en Murray un editor que ha unido su nombre al nombre del poeta. En estos momentos le sonreía todo en la vida. Mas, como si hubiera un génio del mal empeñado en contrariarle, casi todas las personas amadas de su corazon murieron en esta época. Misterios singulares, bien singulares tiene la vida. Toda cuna se levanta sobre un monton de sepulcros. Vuestra existencia se eleva sobre una série infinita de esqueletos perdidos en las profundidades de la tierra, como las raices de un árbol. Contar vuestra genealogía es contar un monton de huesos. Y, sin embargo, hay cierta época de la vida en que la inocencia es la atmósfera del alma y el mundo un paraíso. Teneis tanto tiempo delante de vosotros, que se confunde casi el horizonte sensible de la existencia individual con el infinito de la eternidad. No solamente olvidais vuestra propia muerte, sino la muerte de todas las personas que os rodean; aunque el mónstruo vive hiriendo, devorando y rumiando, eternamente suspendido sobre nuestras cabezas, como la araña sobre las moscas. Creeis que es imposible morir. Pero un dia, en la primavera de la vida, en la flor de la adolescencia, empezais por ver morir una de las personas más queridas, la jóven que habeis amado, la madre de cuyo santo seno habeis recibido el calor de la vida, el amigo con quien habeis compartido vuestras alegrías. Ese contrasentido de la muerte os hiere en mitad de la frente y en mitad del co-

razon. Lo que más admira en presencia de un cadáver es la facilidad con que mueren los séres. Lo que más extraña es la continuacion de vuestra vida, despues de la desaparicion de aquellas vidas sin las cuales creíais imposible respirar. Pero si no morís de pronto en esas horas supremas de las separaciones eternas, comenzais á morir. Con el primer ataud querido entregais á las mordeduras de la muerte un pedazo del corazon. Despues, poco á poco, veis caer séres que os son caros sobre la tierra humedecida por vuestras lágrimas, como las hojas secas sobre el barro del otoño. Y no solamente enterrais vuestras afecciones, vuestros amigos, vuestra madre, vuestra amada, sino que enterrais vuestras ilusiones, vuestras esperanzas. Y cuando llegais á la muerte, llegais como un árbol deshojado y seco, sobre el cual pone algunas veces el amor un nido como una promesa de la continuacion de la vida para otras generaciones.

El primer golpe que Byron recibió fué la muerte de su madre. Poco cuidadosa de la educacion de su hijo, demasiado violenta, al fin era madre. Hacía tiempo que la orgullosa señora presentía con resignacion su muerte, pero con dolor que iba á morir sin ver á su hijo. Desgraciados de aquellos que no han recibido la última mirada de una madre en el momento de la muerte. Ese pálido y triste rayo del sol en el ocaso, está lleno de consejos de virtud y de promesas de inmortalidad. Si en el momento de cometer una mala accion ó de abrigar una mala idea, os acordais de que teneis en el alma esa mirada bendita, que os pide una imitacion de sus virtudes y de su amor para encontraros en otra existencia más serena; si os acordais de que llevais

ese tesoro en el alma, ¡oh! no querreis, nó, mancharlo ni con una sombra. Para apreciar el valor de la virtud, es necesario ver morir, en su divina serenidad, una madre virtuosa. Para creer en la inmortalidad, es necesario estudiar la muerte. La que reservó la naturaleza á la madre de Byron fué violenta, como habia sido su carácter. Esta ba ya enferma cuando un mueblista le presentó una crecida cuenta por arreglos hechos en su menaje. Tomó una gran pesadumbre y le sobrevino una apoplegía que la mató como un rayo. No se vieron hijo y madre en esta hora suprema. Cuando llegó Byron, se asentó inmóvil á la cabecera del ataud. Un sollozo amarguísimo salió de su corazon, reprimido pronto por su indomable voluntad. El jóven poeta siguió las costumbres de los pueblos meridionales, que no tienen valor para acompañar los séres amados hasta el pié de la fosa, como hacen los franceses y los ingleses. Cuando el cadáver hubo salido de la casa, invitó á uno de sus criados á sostener con él esas apuestas y esas partidas de puñetazos frecuentes en Inglaterra. Buscaba en estos ejercicios del cuerpo una distraccion á las tristes ideas de su alma; pero pronto, rendido á la fatiga moral, é incapaz de sostener su fingida serenidad, se encerró en su cuarto y se entregó al torrente de sus lágrimas.

Los eslabones de la cadena de la vida se rompen con una admirable facilidad. Los tres amigos más queridos de su infancia murieron por aquellos dias. El que más lloró Byron fué Edleton, corista de Cambridge, niño de figura celestial y voz dulcísima, que ya anunciaba desde los primeros años no ser en el mundo sino una fugaz aparicion, como las ilusiones,

como las flores, como las mariposas. Fué tanta la angustia del poeta, que redactó un testamento como si no creyese imposible sobrevivir á los rudos golpes de la adversidad. Escrito de su mano, tenía el testamento un laconismo trágico. Repartía todos sus bienes entre los legatarios legítimos. Imponíales como una obligacion imperiosa un entierro modesto, oscuro, para su cadáver, en el jardin de Newsteard; pero sin molestar ni incomodar á su perro allí enterrado. Sus nérvios se rompían como las cuerdas de una lira demasiado tirantes. Pasaba sus dias en una languidez cercana á la muerte, y sus noches en una soñolencia cercana á la locura. No tenía refugio en su hogar desierto, en el corazon de sus amigos, ya todos muertos, en el seno de su pensamiento, más triste que todos los sepulcros. La mujer que había amado en brazos de otro. El hijo de esa mujer idolatrada, que debiera ser su hijo, atormentándolo con sus besos, con sus caricias, que le recordaban la fortuna de su rival. Todo el aire en torno suyo oscuro, toda la tierra bajo sus piés desierta, todo el pensamiento una tempestad, todo el corazon una llaga. Entónces, desesperado, preguntando, como Job, el orígen de tantos males apénas comprensibles, juró entregarse al mundo con furor y en el mundo al crímen. Y entró en la vida social nuevamente con maldicion en los lábios, pero con la bondad en el alma.

Los años de 1812, 1813 y 1814 fueron los tres años de la gloria de Byron. Indudablemente es el período más dramático, pero tambien más desconocido de su vida. Las memorias, que el poeta había escrito en estilo superior al de sus versos, si hemos de juzgar por algunos fragmentos, esas

memorias, que debian ser uno de los más seguros testimonios históricos de la época, han desaparecido por la gazmoñería de la aristocracia inglesa, pintada allí, como suelen los grandes pintores, al desnudo. Un dia Byron estuvo á punto de tener un duelo con Moore, poeta irlandés. El duelo concluyó en un banquete. De este banquete salieron Byron y Moore amigos. Esta amistad fué ya inmortal en el corazon del poeta, y le obligó á entregar sus memorias á Moore. Pero Moore, este irlandés astuto, de helado corazon, deseoso de frecuentar la alta sociedad, incapaz de decir una verdad, posesor de secretos inmortales en que representaban varios cómicos ó trágicos papeles diversas grandes señoras de alto nombre, rompió aquél espejo donde se veían la faz del poeta y la faz de su tiempo. Así es que no tenemos la clave de muchos sucesos, la fuente de muchas ideas, la narracion de muchas aventuras; no conocemos bien los tres años genesíacos de la vida de Byron. En 1812 se instala en Saint James-Street, número 8, en el corazon de Lóndres. Estaba en el esplendor de su gloria, en la irradiacion más luminosa de su varonil hermosura, en aquella época de lucidez mental en que sus lábios despedían oráculos, sus miradas imperioso magnetismo. Aquél hombre tenía trasparencia en la frente. Veíase en sus ojos chispeantes y de color indefinible, una luz inmortal. Todo cuanto se ha modelado para expresar el génio, ántes ó despues de él, se le parece, desde el Apolo de Belvedére, hasta el busto de Napoleon por Canova. Aun recuerdo el dia que ví este busto en una de las mesas del maravilloso palacio Pitti, en Florencia. El busto no es un retrato, sino una apoteosis. El escultor ha

visto el Napoleon de Manzzoni con el génio, la gloria, el heroismo, la inmortalidad, la inspiracion sobre su frente, el mundo á sus piés, dos siglos batallando á su lado, y cubriéndose las sienes con sus relámpagos. Los escultores de los grandes tiempos del Imperio Romano esculpían así los Césares, cuando deseaban levantarlos á los altares de la inmortalidad. Es aquella la cabeza de un Dios. Pues bien: no lo querreis creer; creí al primer pronto por el parecido que era la cabeza de Byron. Acaso no sea posible pintar ó modelar el génio, sin pintar ó modelar algunos de los rasgos de esa fisonomía verdaderamente apolina, donde la inspiracion ha dejado sus inmortales resplandores.

Esta sávia de juventud y de génio brotaba en escritos y en discursos. Byron entró nuevamente en la Cámara de los Lores y pronunció tres oraciones. En las tres mantuvo la cáusa justa por excelencia, la cáusa de los oprimidos. Jamás la palabra humana, ese don de los dones, podrá tener empleo tan glorioso como el de consagrarse á la defensa de la justicia. Así, muestra que no hay en la naturaleza música comparable á la música de la palabra, cada una de cuyas notas es una idea, ó cada una de cuyas ideas la semilla de un mundo. Mancharla con el sofisma, es un error; pero mancharla con la adulacion, es un crímen. La elocuencia es la trompeta de un ángel que llama al Juicio de Dios á los tiranos, y abre los cielos infinitos de una nueva vida. Byron tenia todas las facultades del orador, todas: sensibilidad, imaginacion, idea, voz flexible, respondiendo á los varios tonos del pensamiento, palabra abundosa, claras nociones de justicia. Solamente le faltaba fijeza de vocacion. Su gé-

nio inquieto le llevaba á otrás cimas del arte donde su sobresaliente individualidad pudiera desarrollarse en todas direcciones sin ningun obstáculo. Byron necesitaba volar. Su alma se creía demasiado cerca de la tierra en la tribuna. Y allá, en la poesía, desarrollábase en toda su plenitud. Pero los tres discursos que de él nos quedan, sin ser extraordinarios, nos obligan á lamentar que sus grandes desgracias le arrojáran de Lóndres, y, por consiguiente, de la tribuna británica, ántes de haber dado mayor desarrollo á sus facultades. El primer discurso tenia por objeto impedir la promulgacion de una ley cruel contra los trabajadores que, acosados por el hambre, destrozaban las nuevas máquinas con las cuales se obtenian ahorros de brazos. El segundo tenia por objeto sostener la emancipacion de los católicos, perseguidos por la intolerancia protestante. El tercero, presentar una queja al Parlamento del mayor Cartwright, jefe de la liga para la reforma parlamentaria, molestado por la policía en su radical propaganda de estos principios; parlamento anual, voto para todos los ciudadanos. De suerte que en todas las cuestiones que áun agitan á Inglaterra, en el problema del trabajo, en la emancipacion de los católicos, á cuyo término vamos á llegar, gracias al empeño de Gladstone, y en la reforma electoral, Byron ha dejado huellas de su génio, defendiendo siempre la cáusa de la libertad.

El mundo lo arrastraba en sus torbellinos y en sus pasiones. Gustábanle á la sociedad extraordinariamente las poesías de Byron, pero asediándolo de contínuo con sus seducciones, apénas le dejaban tiempo al poeta para escribir otras nuevas. Aseméjase la sociedad á esas gentes que para

mirar ú oler una rosa, comienzan por arrancarla de su tallo. Ignora que toda grande vocacion necesita un culto contínuo y casi exclusivo. El éxito de *Childe-Harold* fué extraordinario. Inglaterra sentía su tristeza en aquella sublime tristeza; su génio aventurero en aquella odisea del occidente al oriente de Europa; su orgullo nacional en aquellos cantos consagrados á la guerra contra Napoleon; y el pensamiento de su siglo en aquella alma gigante, que tenía, á pesar de sus dudas, un recuerdo para todos los sacrificios y una simpatía para todas las heroicidades de la historia. Hubo en torno suyo una tempestad de entusiasmo. Los ingleses, á fuerza de brazos, sofocaban á su ídolo. Byron no podia respirar en aquella copiosa lluvia de flores. No hubo sociedad, no hubo salon que no quisiera su presencia; no hubo ni hombre ni mujer célebre que no buscára su amistad. Los mismos á quienes habia más despiadadamente flagelado en sus sátiras, le perdonaban todo y hasta enorgullecíanse de aquellas heridas causadas por la lanza del jóven dios de la poesía. El año de 1813 fué un año triunfal. En él vió levantarse como un sueño el templo de su gloria, y vió á la primera de las naciones á su piés, ofreciéndole enagenada la corona de su génio.

Y, sin embargo, sentía el hastío. La gloria era para él amarga, el entusiasmo vano, las pasiones encontradas en estos sênderos de laureles, venenosas. Su alma devoraba ese disgusto de la realidad, contra el cual sólo tenía el poeta un refugio: lo ideal. Y práctico por excelencia, realista, hería la tierra con el pié, buscando el manantial de sus goces. Y el goce eterno para las almas grandes, la bienaven-

turanza, es la contemplacion estática de una idea; y el trabajo, el combate diario por realizarla. Pero en Byron las ideas eran llamas vacilantes que ardían ó se apagaban al viento de sus pasiones. A estas dudas acompañaba la natural incertidumbre. No sabia qué pasion cultivar para encontrar la dicha serena, igual, que constituye uno de los encantos de la vida. Para la amistad era ya tarde, y además, todos sus amigos de la infancia habian muerto. Para el matrimonio era temprano, y además, ninguna mujer le atraía hasta el punto de poder entregarle su vida. "Maldicion, decía; no podemos vivir con las mujeres, y tampoco podemos vivir sin ellas." La duda era la serpiente que llevaba enroscada á su corazon y que escupía veneno en todos sus placeres. Contra este mal crónico ideaba una mujer fantástica de sobrenatural hermosura, en cuyos brazos descansara un momento. Pero era mentira, y le disgustaban las mentiras. Tras del desencanto volvía á la realidad, iba á la casa de un amigo casado, feliz, con hijos, á ver si aprendía, como en una escuela práctica, la felicidad doméstica. ¡Oh! No sabia las satisfacciones que tiene el mundo para los caractéres vulgares, cuando se imaginaba capaz de aprender lecciones prácticas de ventura doméstica. ¿Dónde encontrar por los senderos de la tierra el ángel de los ensueños? ¿En qué sociedad le darían un seguro contra las tempestades del alma? ¿Qué para-rayos descargará la nube del pensamiento? ¿Qué puerta ni qué cerrojo oponer á ese relámpago de las súbitas inspiraciones que culebrea por el cerebro y fatiga todos los nérvios, haciéndolos extremecer y temblar de dolor? ¿Qué medicina contra el génio, esa

epilepsia del alma? ¿Sobre qué tierra descargar ese peso abrumador de la grandeza humana? La enfermedad de Byron era inmortal. Si no ha encontrado lo infinito, lo eternamente bello, en otro mundo mejor, todavía padecerá su alma la sed inextinguible que lo devorára, y que fué su gloria porque fué su tormento.

El amor correspondido pudo ser la felicidad del poeta. Solamente en él encuentra reposo el alma. El amor equilibra todas las facultades, dulcifica todas las pasiones, da el ópio del grato olvido contra la adversidad, y un éxtasis que reduce la vida á un punto, al objeto amado, en el cual se resume el Universo. Ya no importa la duda, porque al ménos tenemos una fé. Ya no importan las ingratitudes humanas, porque tenemos al ménos una amistad. Ya no hay realidad de la vida que nos asuste, porque se convertirá en paraiso con la presencia de la mujer amada. Ni en la muerte nos va gran cosa con tal que nos encierren á los dos en el mismo sepulcro. Se han confundido dos almas, y en su confusion se ha creado un cielo. Hé aquí la ventura que buscaba Lord Byron. Pero fué desgraciado, acaso porque sintió de la pasion el sacudimiento eléctrico y no el resplandor eterno. Tuvo algunos amores pasajeros. Tuvo una amistad con Madame Staell, amistad más bien de inteligencia que de corazon, nacida de las extraordinarias proporciones de dos almas que se comunicaban sin comprenderse, y que mútuamente se gustaban sin amarse.

Hay dos mujeres que han dejado en el alma de Byron inextinguible huella. Hay dos pasiones que han sido la clave de su destino; pasion adúltera la una, pasion legítima

la otra; desgraciadas ambas, cáusas generadoras de todos sus infortunios. Carolina Lamb es la primera que emponzoñó sus dias. Hija de una de las principales familias inglesas, educada para las letras, de nervioso temperamento, de imaginacion exaltadísima, su amor á las lecturas romancescas, su entusiasmo por la poesía habían exacerbado casi todas sus pasiones y dádole invencible inclinacion por las aventuras. Fluye corriente ponzoñosa siempre del error que consiste en no trazar la línea divisoria entre el mundo de la poesía y el mundo de la realidad. La jóven era, pues, una heroina de novela. El marido que sus padres le habían dado no era idóneo para contrastar estas exaltaciones de una fantasía arrojada de contínuo como cohete incendiario en medio de las realidades prosáicas de la vida. Pero aquél matrimonio fué algun tiempo feliz. Ora proviniese su felicidad de mútuo amor, ora de que ninguna ocasion había encendido la fantasía de Carolina, lo cierto es que sus dias se deslizaban tranquilamente, en la paz doméstica. La jóven leía sus escritos á una inteligente sociedad reunida en espaciosa Biblioteca, y aquellas ocupaciones llenaban su vida, y aquellos aplausos satisfacían su ambicion. Ningun matrimonio más feliz en Lóndres que este matrimonio.

Pero cierta noche se encontraron Byron y Catalina en casa de Lady Jersey. La jóven se sintió herida súbitamente por aquella mirada de poeta. Ella, que tantas veces pintára el amor, no lo había sentido hasta aquel momento de perdicion. Las fantasías de sus novelas se cristalizaron en una pasion que vino á ser toda su alma, toda su existencia. El magnetismo poderoso, que poseía como un talisman aquél génio

extraordinario, la atrajo invenciblemente. Las fuertes alas del alma de Carolina quedaron pegadas al corazon de Byron. Ya desde aquél momento no hubo para ella arte, poesía, mundo, cielo, idea, vida, sino para el amor. No la había seducido; la había fascinado. Sin respirar, sin pensar, dirigíase hácia aquella pasion en cuyos círculos caliginosos iba á dejar la felicidad, la honra y la vida. El mundo le ofrecía toda suerte de atractivos, la riqueza sus tesoros de placer, la sociedad su respeto, las letras su miel y no su acíbar, el matrimonio su santa serenidad, tres hermosos hijos ese amor que debe rebosar en el corazon de una madre; y todo lo olvidó por su loca pasion. Nada vió, de nada se acordó; ninguna batalla sostuvo con su propia conciencia, á ningun remordimiento plegó su voluntad: la honra y hasta el pudor huyeron arrancados por aquél rayo que se desprendió rápidamente de un cielo sereno. Carolina creyó en aquella noche que desde toda una eternidad había sido predestinada para Byron, y que lanzarse en sus brazos era tan natural á su sér como á los cuerpos inertes buscar su centro de gravedad. El fatalismo sirve siempre para disculpar la voluntad ante la conciencia. Pero no se contentó con revelarse á su amado, se reveló al mundo. La historia no recuerda un suicidio semejante de la honra. Nombre de su esposo, gloria de su familia, amor de sus hijos, los instintos más poderosos del alma, todo fué arrojado á las llamas de la pasion con estrépito, llamando loca furiosamente al mundo para mostrar el crímen, y riéndose de la tonante voz de Dios, que debía resonar en su alma con la siniestra resonancia del remordimiento.

Byron naturalmente compartió por algun tiempo aquella pasion. No podía desasirse de unos brazos que le estrechaban fuertemente en la embriaguez del delirio. Pero pronto su corazon se congeló, y su voluntad no pudo corresponder á la voluntad de Carolina. Su pasion, si pasion hubo en él, se quedó consumida en el incendio como la mariposa en la llama. Es muy difícil equilibrar la temperatura de dos corazones cuando uno de ellos arde en combustion extraordinaria. El ménos apasionado se deshace en aquella temperatura como si fuera de hielo. Además, el castigo de los amores múltiples, cambiantes, el eterno castigo de los goces sensuales, que saltan de flor en flor, es la sociedad. Ninguna mujer puede fijar por mucho tiempo al que persigue á todas las mujeres. Ninguna pasion puede anidarse en el corazon que ha sustituido al sentimiento las sensaciones. Y Byron se hallaba entregado entónces á demasiadas aventuras para que pudiese aislarse del mundo en la contemplacion de una sola mujer que le adoraba estática.

Carolina creía que sacrificando familia, esposo, hijos, nombre, á los piés de su ídolo, conseguiría de sus sentimientos de justicia lo que acaso no podía esperar de los sentimientos de amor. La sociedad se indignó ante esta tragedia. Las nobles inglesas perdonaban á Carolina su pasion, pero no le perdonaban el escándalo. Byron sentía sobre su alma un doble peso: aquella pasion no compartida por él, y aquél ridículo que sobre ambos caía. Pero á medida que su amor bajaba, subía el amor de Carolina. Ciertamente, el comienzo novelesco de aquellas relaciones le fijó un poco. Carolina se presentó en casa de Byron disfrazada de lacayo, diciéndo-

se portador de una misiva. Inmediatameente la reconoció Byron. Pero aquello no era solamente una aventura, era una pasion devoradora, intensa, infinita, que venía á reclamar toda una vida, toda un alma. Carolina se había engañado tristemente. A los pocos dias sus amantes brazos eran una cadena cuyo peso no podía sufrir aquella individualidad de Byron, poderosa, libre, indócil á todo yugo y disgustada de placer, aquella individualidad cuyas ideas cambiaban como los matices de un lago, cuyas pasiones giraban como los caprichos del viento. Aguijoneada por la pasion, desplegó Carolina toda la intensidad de su carácter exaltadísimo. Ningun respeto humano guardaba. Las cartas menudeaban. Le daba citas en su misma alcoba estando en Lóndres su marido. Cuanto mayor era el peligro, mayores las quejas, mayores las furibundas reconvenciones de la pobre enferma. En una de estas escenas, en el momento en que gritaban más fuertemente, el marido llama á la puerta del cuarto de la adúltera. Situacion horrible, suprema. Byron no sabe á qué expediente recurrir para salvarse. Entónces, con aquella extravagancia propia de su carácter, finge ser un ladron, saca un puñal que agita convulsivamente en su mano derecha, toma un aderezo que ostenta deslumbrador en la izquierda, y sale, con grave peligro de ir á dar en manos de un policeman y de pasar ante todo el mundo por miembro de las partidas de criminales británicos. Pero en el desórden de esta tragi-comedia deja su querida dándose golpes contra los muebles, presa de un ataque nervioso, y para que nada falte á la escena, cáesele del bolsillo una carta en cuyo sobre estaban escritos su nombre y sus señas.

Esto no podía continuar así. Hubiera corrido Byron gravísimos peligros por una mujer amada, pero no por una mujer que le era indiferente. Cuando se disgustó de la pasion, se refugió en la moral. Escribíale cartas bruscas, recordando á veces brutalmente á Carolina sus deberes de esposa y de madre. Encarecíale todos los peligros que ambos corrían por sus imprudencias, y la necesidad de acabar prontamente con aquella situacion angustiosa. Carolina, en cambio, se imaginaba dueña del corazon de Byron y defendía aquella propiedad con violencia. Celábale, seguíale á todas partes. No hay para qué referir ni ponderar las infidelidades de Byron. Cierta noche recibe en su casa á una dama. Apénas habia entrado, cuando aparece á la puerta un postillon que rápidamente se metamorfosea en una mujer. Era Carolina. Byron mismo califica este suceso de "Escena del Faublas."

No tenia remedio. Igual empeño en ambos: en él por romper aquella pasion y en ella por conservarla. No habia respeto social que Catalina no atropellase para atraerse el amor, la compasion al ménos, del hombre fatal á quien habia entregado su alma. Sácanla cierta noche á bailar en uno de los más brillantes saraos de Lóndres. Y tímida, ruborosa, dirígese al poeta para pedirle permiso. Sin duda recordaba los lamentos de Byron, cuando se quejaba en sus primeros versos de que profanos brazos entrelazaban en rápido vals la cintura de su María. Pero Byron responde bruscamente que era inútil pedir permiso á quien no tenia ni derecho ni voluntad de ejercer sobre ella ningun dominio. Entónces Carolina se exalta, grita, se retuerce de dolor en

presencia de todo el mundo, ni más ni ménos que si estuvieran solos. La malignidad general se reía del glorioso poeta perseguido por aquella loca pasion. Miles de aventureros se acercaban á la pobre desdeñada, deshonrada, ofreciéndole su amor y una venganza. Carolina dijo á uno de ellos que no le amaba; pero que ofrecía entregarse á él, si provocaba á un duelo á Lord Byron y lo mataba.

En todo esto veía Byron la exaltacion de una fantasía desordenada; pero en realidad era la exaltacion de un corazon enamorado. Esas locuras eran pruebas de amor, pruebas de celos, pruebas de que su pasion tocaba en delirio. Un dia no pudo sufrir más, y decidió volver á casa del poeta, echarse á sus piés, bañarle en lágrimas las manos, pedirle su amor ó pedirle la muerte, ménos temible viniendo de sus manos que aquél prolongado martirio. Entró en la habitacion, en aquella habitacion á la cual se hubiera reducido por toda una eternidad con tal de tener á su lado el ingrato. No habia nadie. Carolina se gozó en recorrer todo el salon, y en registrar todos los muebles con esa tenacidad con que las almas apasionadas se unen á cuantos objetos alimentan su pasion. Reclinóse en los almohadones donde Byron se reclinaba. Sentóse en la silla donde se sentaba Byron. De pronto vió sobre la mesa el libro favorito de su amante. Enternecida por los recuerdos, embriagada por el aroma que se desprendía de aquellas páginas queridas, cogió un lápiz, lo besó, lo humedeció en aquél beso, y luego trazó, dejando caer allí mismo algunas lágrimas, esta súplica de aquel corazon destrozado: *Remember me;* acuérdate de mí.

Byron, que estaba decidido á no conmoverse, vió en el

ruego una amenaza. Cogió febrilmente su pluma, y trazó estas palabras que le envió bajo un sobre: "¡Acordarme de "tí! Acordarme de tí! Hasta que el Leteo no se haya "sorbido el ardoroso torrente de tu vida, el remordimiento "y la vergüenza resonarán en tus oidos, y te perseguirán "como un delirio en la fiebre. ¡Acordarme de tí! Sí, no "lo dudes; me acordaré. Y tambien se acordará tu marido. "Ni uno ni otro te olvidaremos. Para él fuiste una adúltera "y para mí fuiste un demonio." Esto fué horrible, cruel. Carolina sintió la herida y juró vengarse. El amor se convirtió en ódio. No pudo esgrimir un puñal, y esgrimió una pluma. Llenó de veneno su tintero, y lo volcó sobre el nombre de Byron. Reveló al Universo su propia vergüenza. Enseñó á la sociedad su seno adúltero, como Agripina su vientre desnudo cuando fueron á matarla despiadadamente los esbirros de su hijo. En seguida la sociedad entera huyó de su lado por no envenenarse con aquella peste moral que despedía su alma. *Glenarvon* se llamaba el libro de su venganza, y en él describía á Byron como el génio del mal, con la seduccion y con la perversidad de la serpiente que perdió la primera mujer. Olvidaba que en aquél caso Byron no habia sido seductor, sino seducido. Fué adúltera Carolina, pero pagó caro su adulterio. Envejecida en la juventud; desgraciada en el seno de un hogar espléndido; maldecida de la sociedad donde tanto había brillado; enterrada viva con un marido que era su juez y unos hijos que eran su castigo; miserable en su riqueza estéril; infamada por sus propias obras literarias, con cuyo éxito se divulgaba más y más su deshonor y su vergüenza; llorosa, siempre delirante, pero

sin alcanzar la compasion; por vida la fiebre, por consuelo el recuerdo de una felicidad pasada, que era su tormento presente, por todo porvenir el desprecio del mundo y el torcedor de la conciencia, por toda esperanza el triste olvido y la muerte: una enfermedad moral, seguida de una enfermedad física, la postraron pronto en la perdurable languidez de un abatimiento que debía prolongarse hasta el sepulcro.

Un dia, el poeta á quien aquella mujer habia descrito como un malvado, murió en Grecia como un héroe. Su última voluntad fué que depositaran sus cenizas en la pátria ingrata que no habia querido honrarse con su génio. Carolina salió casualmente á tomar un rayo de sol á la verja de su castillo. Aquél rayo de sol buscaba al través de las nieblas el ataud del génio amante de la luz. En efecto, en aquél mismo instante pasaban por el camino, por la puerta, delante de la verja donde Carolina estaba; pasaban hácia la tierra eterna, hácia el descanso eterno, los huesos de Byron, aquellos huesos que cuando irradiaban la vida, abrasaron en deseos impuros el seno de la solitaria castellana. Un féretro los encerraba, un paño fúnebre los cubría; un perro acompañaba el feretro, dando lastimeros aullidos. Carolina lanzó un grito desgarrador, y cayó al suelo. Su familia la alzó para llevarla á su cama. No volvió á levantarse. De aquella cama pasó á la tumba.

Fatales fueron para Byron su génio y su hermosura. Donde otros hombres hubieran hallado un manantial de goces, encontraba él un manantial de dolores. Con razon se comparaba Byron á su abuelo, el cual, siendo un marino extraordinario, no se embarcó jamás sin ver desencadenarse

las tormentas. Así el alma del poeta no entraba en corazon alguno sino para destrozarse y destrozarlo. Toda la miel que atesoraba en su fantasía, trocábase en acíbar al contacto de la realidad. Había no sé qué amargura en las pasiones de aquél hombre, había no sé qué fatalidad en su vida. Sus besos quemaban. Asemejábase á uno de esos héroes griegos, jóvenes, bellos, tan hábiles en esgrimir la espada como en pulsar la lira, amados de una hermosísima mujer, vencedores en las batallas y en los juegos; y sin embargo, condenados desde la cuna por el destino á las fúrias infernales. Contra esta fatalidad trágica de su existencia no habia más que un remedio: renunciar á la vida aventurera, entrar en las condiciones de la vida ordinaria, fabricarse un hogar fuera del alcance de las tempestades, unirse á una mujer amada, sí, pero tranquilamente amada, con esa pasion serena é igual, bajo cuyas alas solamente puede ser feliz el matrimonio.

La idea, sin duda, más salvadora de Byron fué la idea de su casamiento. Debió llegar á ella por un estudio de su propia vida y por un consejo imperioso de su conciencia. Por fin halló la mujer á quien debia entregar su destino. Hija única de poderosa familia, educada puritanamente, erudita en metafísica y en matemáticas, fria de carácter, orgullosa de su nombre aristocrático y de sus soberbias virtudes, engarzada en las costumbres inglesas y en las leyes sociales de su tiempo como en su centro de gravedad, capaz de elevar la etiqueta social á un dogma tan imperioso é indiscutible como el Koran, era por lo mismo incapaz de comprender á Byron, ni de serenarlo acariciándolo, para lo cual necesitaba perder lo que ella no quiso perder ni un dia,

su implacable serenidad, y entrar donde no quiso entrar ni un momento, en los torbellinos del génio.

Miss Millbank era su nombre. Casta jóven, habia osado protestar contra el amor tempestuoso y túrbio que inspiró el *Childe-Harold*, en versos que corrieron de mano en mano y provocaron la fatal curiosidad de Byron. Una alondra osaba desafiar desde su humilde nido al águila audaz, cuando tenía las nubes como telas de araña entre sus garras, los rayos como secas pajas bajo sus alas, el espacio infinito como una cresta sobre su cabeza, y el sol en su retina. El poeta quiso conocer esta siniestra corneja que desconcertaba en el coro infinito de sus admiradores. Supo que debia ir á una de las reuniones de Lady Strafford, y fué él tambien á la reunion. En la entrada tropezó y estuvo á punto de caer. Un romano se hubiera vuelto á su casa. Estaba la jóven muy sencillamente vestida, sentada en un sofá, respirando candor virginal y encantadora modestia. Sus facciones eran delicadas, aunque irregulares; su talle flexible, sus maneras sencillas; todo en ella contrastaba con los artificios de la sociedad inglesa.

Byron tenia la cualidad por excelencia del génio: la franqueza. Miss Millbank, la cualidad por excelencia de los débiles: la astucia. El poeta llegó pronto á una declaracion. Su amada á una de esas negativas que aguijonean el deseo porque no le quitan la esperanza. Esta negativa debia dar al afecto de él apariencia de pasion, y á la refinada coquetería de ella una segura victoria. Un año pasó así, en la vacilacion y la duda, entre indomables aspiraciones del carácter que le arrastraban hácia las batallas del mundo,

y severos consejos de la conciencia que le llamaban á la tranquilidad del hogar. Es imposible decir cómo este sátiro sublime deseaba todas las sensaciones: sorberse la vida de un trago, enroscarse como una serpiente gigantesca al árbol del Universo, desde las raices hasta la copa, agotar el espíritu y la idea, pasar de un salto á la grada última de la infinita escala de los séres, perderse en la eternidad, como echándose á nadar en su insondable oceano. Y sin embargo, luego se encoge, se achica, baja á la realidad, comienza á llorar como un niño, se contenta con tener por amigo un perro, por felicidad el pequeñito corazon de una mujer vulgar, y con todas sus ideas, con su conciencia, con su corazon, con sus aspiraciones, juega á la pelota. Pero no se puede golpear así el corazon y el cerebro sin maltratarlos, sin herirlos, sin mancharos y mancharlo todo con vuestra propia sangre. A Byron se le pueden aplicar muy justamente estas frases de Emerson: "La historia de Thor, que estaba condenado á beber en el cuerno de Asgard, y á luchar con una vieja, y á correr con el andador Lok, y le resultó que se habia bebido el mar, habia luchado con el tiempo y habia corrido con el pensamiento; esa historia representa aquellos de nosotros que se ven forzados á medirse, en medio de futilidades aparentes, con las supremas energías de la naturaleza."

Por fin decidió Byron casarse. Su eleccion recayó sobre la jóven puritana que la sociedad aristocrática y monárquica de Lóndres contaba entre sus ídolos. La sencilla y modesta criatura que vió sentada en casa de Lady Straffortd iba á ser su esposa. Aunque heredera de una colosal fortuna, en

aquél momento no tenía riquezas; primera tentacion para Byron. Por lo mismo que pertenecía á la sociedad aristocrática y protestante ofendida de su jacobinismo, deseaba Lord Byron convertirla. Por lo mismo que tenía un carácter imperioso, deseaba Lord Byron dominarla. Por lo mismo que había escrito una especie de Anti-Byron, deseaba demostrar que era aquella jóven tory, como Federico de Prusia, el cual escribía un Anti-Maquiavelo y practicaba el maquiavelismo. Error, error. En vez de entrar en el matrimonio por la puerta de la realidad, entraba, como en todas partes, por la puerta de sus ensueños, muy expuesto, pues, á tropezar y á caer sin remedio en un abismo sin fondo. Por fin, allá por el mes de Setiembre de 1814, escribió una carta pidiendo definitivamente la mano de Miss Millbank. Cuando acababa de escribirla, entró uno de sus amigos, opuesto á semejante enlace, leyó la carta, y le pareció tan bella, que no quiso ver perdida y sin objeto aquella obra de arte. La carta fué remitida á su destino. Cinco dias pasó en una mortal ansiedad. El 20 de Setiembre, la musa del antibyronismo prometió su mano á Byron. Dos cartas le fueron remitidas, una á su castillo y otra á Lóndres. El poeta deliraba de entusiasmo. Creíala ya madre de futuros gracos. Dábale en su alma todas las perfecciones. Enorgullecíase de pasar sobre seis pretendientes desairados. Y en su entusiasmo, sólo sentía no ser mejor para merecer tanta dicha.

Prodigiosa flexibilidad la de aquella alma. En la infancia, parecía un sér gastado é inútil para el sentimiento, y en la madurez de la vida, parecía un adolescente que por primera vez sueña con las delicias del amor. Pagó con gusto

ciento cincuenta libras que había apostado á que no se casaría nunca. Discutió muy gravemente si debía llevar frac negro ó frac azul á su boda. Y escogió por dia nupcial el dia 2 de enero de 1815. Por aquellos dias se encontró en su jardin uno de los hortelanos, cavando, el anillo nupcial que enlazó á sus padres en aquél tan desgraciado matrimonio de que Byron había nacido. El poeta lo llevó para anudar su matrimonio, más desgraciado todavía. Levantóse el dia de la boda con un malestar infinito. Para distraerse un tanto, buscó, como siempre, un refugio en la madre naturaleza, y dió largo paseo por uno de esos bosques de Inglaterra, desnudos de hojas, frios y tristes como la muerte. La mañana era desapacible. Las nieblas caian sobre la tierra y sobre su alma. Acaso en aquél momento debió pensar que pertenecía, como Platon, como Newton, como Miguel Angel, como Calderon, á la raza de los grandes solitarios, de los grandes célibes, de aquellos que sólo se han desposado con su ideal, y que de este matrimonio del espíritu han tenido sus hijos, es decir, sus obras; fecunda prole, generadora de generaciones de almas en toda la dilatacion de los tiempos. Acaso nadie como él podía comprender y sentir toda esta potencia del espíritu, despues del dejo amargo que habían dejado en los lábios sus amores de un dia, sus pasiones rápidas como relámpagos. El amor de Byron era un acaloramiento del cerebro. Cuántas veces había encontrado el verdadero encanto, la verdadera belleza en esas naciones que como un coro de sirenas se bañan blandamente en las aguas del Mediterráneo; y el verdadero amor en esos horizontes inacabables del Mediodia, donde la luz juega pro-

duciendo cambiantes que parecen reflejos, nubes, resplandores de ilusiones. Cuántas veces se creyó feliz en esas noches en que brillan, igualmente que las estrellas de los cielos entre las sombras, los ojos de las mujeres entre las negras pestañas. Una voz sobrenatural debió en aquel momento recordarle que iba á estrellarse contra las realidades del mundo y á convertir el nuevo hogar tan deseado en la mortaja de su corazon. Un sentimiento debió recordarle, punzándole en el alma, los felices dias en que miraba desde la colina ceñida de árboles gigantes el cielo que se reflejaba en los ojos de su María, más tarde mujer de otro y siempre la esposa de su alma. Acaso este recuerdo le hubiera enseñado que no se recobra la felicidad cuando una vez se ha perdido, y que no se repite dos veces el amor verdadero en la vida. Tal vez debieron venir en tropel á su mente las sombras de otras mujeres, para decirle que acaso una sola pudiera vengar los agravios de todas.

Pero, en fin, á la hora prefijada corrió á la capilla y juró ante Dios su enlace. Cuando dijo el eterno sí, rodó su cabeza, faltóle casi la tierra bajo las plantas. Pero ahogó aquella emocion pasajera en una apariencia de un impasibilidad estóica. La que verdaderamente estaba impasible era su mujer. Sólo se oía en aquella ceremonia hablar una emocion profunda en los sollozos de la suegra de Byron. Cuando llegó la hora de separarse de la familia, Byron estaba tan distraido, que llamó á su esposa, contra todo el ceremonial de las costumbres inglesas, por su nombre de soltera. Dentro de la misma alcoba nupcial encontróse ya aquella especie de dueña regañona, sombra de la suegra prolongada

hasta el pié de su lecho, y que tanto debía contribuir á la acerba amargura de su matrimonio.

Despues de un mes, Byron se convence de que no ama á su esposa, pero de que la estima. Aguarda, sin embargo, que el amor nazca con el nacimiento de un heredero. Trasladados á Lóndres, comienzan grandes gastos para sostener el doble lujo de los aristocráticos esposos. Estos gastos enredan y embrollan sus presupuestos domésticos, cargados de deudas. Los acreedores, que se habian regocijado al ver el matrimonio de su deudor con tan rica heredera, se impacientan en cuanto saben que ese matrimonio sólo ha servido para acrecentar sus deudas y no para pagarlas. En la casa de una jóven aristocrática, rica, acostumbrada á goces y esplendores, que en el resto de Europa sólo se pueden tener sobre el trono, entran los escribanos y los alguaciles á embargar hasta el lecho nupcial. Además, la incompatibilidad de caractéres desde el primer momento estalla en aquella union impremeditada de una y otra parte, á pesar de su larga preparacion. Lady Byron tiene poco talento para dominar y mucho para ser dominada. Su vida regular choca abiertamente con la vida irregular de su esposo. Incomódase porque no acude á la hora solemne del té. Se desespera porque no come á la inglesa. Tiene celos de la Biblioteca, celos de los libros. No puede sufrir que vele miéntras ella duerme y que duerma miéntras ella vela. Los reflejos de sus ojos, cuando la inspiracion le posee, asústanla como si fueran los reflejos de la mirada de un tigre. Las palabras incoherentes que salen de sus lábios en las horas en que compone sus poemas, le infunden la idea de que está loco.

Las diversas opiniones que ambos tienen en política, sobre el porvenir de las sociedades humanas, ahondan el abismo. El menosprecio de Lord Byron por la etiqueta británica, parece á la educacion y al temperamento de su mujer un sacrilegio. Sus salidas bruscas en medio de aquella sociedad acompasada, son un tormento. Ella calcula todas sus acciones, y él las improvisa; ella es una aprovechada discípula de matemáticas, y él es un gran maestro en poesía: ambos incompatibles. Su virtud, severa, pero fria, no puede consentir el desórden moral, no de las acciones, de las ideas del poeta. Siente que ha caido desde la serenidad inalterable de su existencia al caos. Su terror vá tan léjos, que consulta á los legistas, á los médicos, para que dirijan pérfidos interrogatorios á su esposo, á fin de encerrarlo en un manicomio, cuando merecía un Olimpo. La reserva de ella y la franqueza de él, son causa de contínuos choques. Los últimos restos de las aventuras de Byron, que alguna vez pasaban como sombras por los bordes del horizonte, la desesperaban. Por fin, sintióse un dia madre, y cruelmente escogió este instante de esperanza y de amor; este instante, en que la vida tiene ya algun precio y algun fin concreto; en que el corazon se dobla, en que las entrañas de la mujer se convierten para el mundo en el santuario de un nuevo sér; este instante de transfiguracion, para urdir su criminal proyecto de abandonar al poeta.

En efecto, vino al mundo una niña. Y apénas repuesta de su parto, pidió permiso á Byron para ir á ver á sus padres. Byron se lo concedió, y en cuanto llegó al hogar paterno, escribióle su mujer una carta diciendo que su partida

era una fuga y que estaban separados para siempre ante Dios y los hombres. No es posible decir cómo la sociedad inglesa se indignó contra su ilustre hijo. La historia no guarda ejemplo de cóleras semejantes. Todas las reputaciones que habia herido, todas las envidias que habia sembrado con su génio, todas las costumbres viejas que habia ridiculizado con su sátira, todos los privilegios que habia combatido con su elocuencia, el clero protestante, la aristocracia británica, las sociedades particulares, los literatos, los ministros, la córte, el pueblo, en fin, tan fácil de engañar, todas las preocupaciones británicas se levantaron contra Byron como víboras. Las puertas de todas las sociedades se cerraron para él. Las manos que ántes le tejían coronas, se retiraron de su contacto, como si temieran quemarse con algun vírus. Los muchachos le arrojaban barro. En los teatros le silbaban. Los libelos más inmundos le atribuían los vicios más abominables. La prensa cuotidiana le inmolaba en caricaturas horribles. Los padres ocultaban sus hijas de aquellos ojos de basilisco. Las mujeres, tan celosas por las prerogativas de su sexo, desmayábanse cuando veían al mónstruo. Era, á los ojos de la sociedad, un Satan iluminado por el génio para mostrar mejor que no tenia ni corazon ni conciencia. No hubo remedio; despues de haber perdido el hogar, perdió la pátria; tuvo que huir, desterrado sin gloria, mártir sin corona, infeliz entre todos los infelices del mundo, ángel escupido y lleno del lodo de las calles de Lóndres, y de sus asquerosas inmundicias, arrojadas á su rostro escultórico por una sociedad embriagada de ódio.

¡Poeta, gran poeta! Indudablemente los hombres no

saben que es imposible tener grandes cualidades sin tener tambien grandes defectos. No saben que toda virtud extraordinaria, que todo mérito sobresaliente, nacen de un desequilibrio entre las facultades humanas. No saben que la perfeccion del oido se relaciona con la imperfeccion de la vista; y á veces la perfeccion de la fantasía, con la imperfeccion de la conciencia. No saben que así como los órganos de los animales son proporcionados á su destino en la creacion, las facultades de los génios son proporcionadas á su destino en la historia. Preguntadle á Dios por qué el águila no canta como el ruiseñor. Preguntadle por qué el caballo no tiene la fuerza del toro. No queremos tampoco persuadirnos de cuántas fatalidades físicas nos rodean, nos abruman dentro y fuera del organismo. El talento está en el alma, pero influye en el cuerpo. Todo talento sobrenatural es una enfermedad en una entraña. Tal ópera que os encanta, y tal melodía que os trasporta al mundo de los ensueños, ha sido engendrada tal vez por una aneurisma; tal poema que os inspira grandes pensamientos, grandes aspiraciones, ha sido escrito con bilis; tal obra asombrosa, que deja una huella inextinguible en la historia, devora, destroza un organismo; tal discurso que despierta á las ideas una generacion, es un ataque de nervios; tal potencia intelectual, que llega hasta pesar los astros y hasta señalar como en un mapa los límites á la razon humana, es la esterilidad y la impotencia para el cuerpo; y todo génio es una enfermedad mortal. No creais en esa impasibilidad de estátuas que han querido darse Goethe y Rossini; no creais en esa indiferencia olímpica con que han penetrado

desde las tormentas de la vida en el cielo de la inmortalidad, como si en este mundo fuesen ya de mármol, en vez de ser de esa carne que abrasa los huesos y de esa sangre que hierve. El génio es una enfermedad divina; el génio es un martirio. El poeta se apodera de la luz, de las estrellas, de las montañas, de los mares, para convertirlos en ideas, en cánticos. El poeta disuelve el Universo para moler los colores de sus cuadros. Pero no se puede emprender este trabajo titánico sin destrozarse en él completamente. No se puede penetrar en el fuego sin quemarse; no se puede subir á las alturas de la atmósfera sin congelarse; no se puede acercar el cuerpo á la nube tonante sin recibir en tan fácil conductor de la electricidad el latigazo del rayo. Esos séres, que desde el barro de la tierra se elevan tanto y tanto, que llegan á convertirse en séres trasparentes como los ángeles, en séres luminosos como las estrellas, para desde el escollo de sus naufragios tender su luz sobre generaciones de generaciones, han tenido que alimentar ese resplandor divino que se alza en la milagrosa lámpara de su cerebro, han tenido que alimentarlo con lágrimas de sus ojos y sangre de sus corazones.

QUINTA PARTE.

Llegamos en esta narracion, ya larga, al fin de la vida de Lord Byron, vida breve como una tempestad. Era imposible que habitára en su pátria. Comenzó, pues, una peregrinacion, al acaso, como siguiendo el vuelo de su pensamiento y de su deseo. Artista, los climas del Mediodia eran los naturales climas de su alma. Allí, en la trasparencia del aire, en la brillantez del sol, en los aromas de las flores, en las exaltadas pasiones, encontraba satisfaccion al vivísimo deseo de realizar la poesía en la vida, ó exaltar la vida hasta la poesía. Emprendió su camino desde Inglaterra á Bélgica y de Bélgica á Italia. Su primera visita fué al campo de Waterloo, triste y vulgar cuadro donde fué á quebrarse el cetro de hierro forjado por Napoleon I con las balas caidas á sus piés y estrelladas en su génio. Natu-

ralmente, lo grande cautivaba siempre á Byron : las grandes bellezas, las grandes ideas, las grandes pasiones y los grandes crímenes. Su génio, original por excelencia, se rebelaba contra todo lo vulgar. Las costumbres consagradas, las leyes sociales imperiosas, le molestaban como á un náufrago las corrientes y las olas. Si hubiera podido, arrancára su cuerpo á las leyes de la gravitacion física y su alma á las leyes de la gravitacion social. Y en esta lucha con fuerzas tan poderosas y tan necesarias, destrozaba alma y cuerpo, bebiendo á grandes tragos el licor de los sueños eternos, el licor de la muerte.

Naturalmente, debia exaltarle ver el campo donde el génio que desde la cuna velada por la plebeya Letizia Ramolino, se habia elevado al trono de Carlo-Magno, y desde los Alpes habia volado á las Pirámides, y de las Pirámides á las torres de Nuestra Señora, encubriendo el mundo bajo sus alas; ver ese génio extraordinario, que sostenia con sus hercúleas fuerzas una sociedad casi desplomada; verlo perdido entre el polvo y el humo que levantaran las legiones inglesas; verlo estrellando su pujanza, que parecía propia de un Dios, contra la vulgar paciencia de un hombre.

Desde Waterloo, donde todavía estaba fresca la sangre de las derrotas napoleónicas, corrió al Rhin, y por el camino del Rhin entró en Suiza. Esta tierra se halla sembrada por do quier de recuerdos históricos. Los grandes hombres han ido allí á respirar el aire de las montañas y el aire de la libertad. Especialmente las riberas del Leman, donde Byron se fijó algun tiempo, recuerdan los protagonistas del siglo décimo-octavo, de ese siglo cuya filosofía fué una revolu-

cion, y cuya revolucion será la clave de toda nuestra filosofía de la historia. Yo he visitado la casa habitada por Byron cerca de Ginebra, como visito siempre, oscuro peregrino de la libertad, los sitios ilustrados por el heroismo y por el génio. Yo he visto á la orilla del lago, en una colina sembrada de viñedo, oculta en el follaje, como nido misterioso, aquella modesta habitacion donde tantas sombras, que llenarán los anales del género humano, se agolparon á su cerebro. En frente, el Jura levanta su cadena de color de violeta por selvas tachonada; desde el pié del Jura hasta el lago, se extienden praderas verdes eternamente, cuya uniformidad cortan los blancos caseríos y los árboles oscuros; en el fondo, la tranquila superficie del lago, repitiendo la claridad del cielo; á un extremo, Ginebra, que alza á los aires sus techos de pizarra, y al otro extremo, las pintorescas poblaciones del canton de Vaud; por la espalda, la inmensa cordillera de los Alpes, envuelta, como un ejército de blancos y caprichosos fantasmas, en sus mantos de nieve, sobre la cual borda la áurea luz todos sus preciosos cambiantes; sitio de delicias, tranquilo como una égloga, y sin embargo, abrupto, sublime, en perfecta consonancia con el espíritu del poeta.

Por aquellas orillas se refugiaron muchos génios que han dejado en la humanidad inextinguibles huellas. Cada piedra habla allí de Rousseau, de ese escritor melancólico y sombrío que prestaba á la realidad sus propias tristezas; de ese profeta elocuentísimo que transformó la realidad con sus esperanzas. Allí Voltaire trabajó largos años, contemplando un pequeño segmento del lago que se descubre entre el

follaje oscuro y la alta cúspide del Mont-Blanc, que se dibujaba en el celeste horizonte. Por allí concluyó Gibbon su historia de la decadencia de Roma, empezada á la vista de la cima del Imperio y terminada á la vista de las regiones por donde los bárbaros asaltaron al Imperio. Con esta naturaleza, con estos recuerdos, con estos espectáculos, con el trato de Madame Stael, que á la sazon habitaba las orillas del Leman, distrajo Byron un poco sus pesares y olvidó un poco su desagradecida pátria.

Pero al fin Italia era el centro de gravedad de su alma. El camino del Simplon le convidaba á pasar á la tierra de las artes. Lo tomó, y descendió á Lombardía. Por aquél camino debió sentir las grandes inspiraciones de su *Manfredo*, al estridor de los torrentes despeñados de alturas inconmensurables y quejándose entre las breñas; al grito agudo de las águilas solitarias sobre los desnudos picachos; al fragor de los árboles tronchados por los aludes que bajan rodando estrepitosamente por los desfiladeros y tendiendo sus fragmentos de cristalina nieve como una lluvia de diamantes; al cambio desde las oscuras sombras de los valles por el abismo oculto y perdido á las altas cimas donde parece que la mente conquista lo infinito, y se baña regenerada en la inmensidad, y se comunica estrechamente con el espíritu vivificador de la naturaleza.

En Milan se detuvo algunos dias. Byron compara esta hermosa ciudad italiana con nuestra hermosísima Sevilla, y le dá á Sevilla la preferencia. En la Scala de Milan le vió por primera vez el fino observador, el agudo crítico, el minucioso fisiólogo de la sociedad italiana, el ingenioso Sthen-

del, cuya intolerancia con mis convicciones filosóficas y con mi escuela literaria no puede ser parte ó ocultarme su mérito. Dice Sthendel de él, que habiéndole observado en el momento en que escuchaba estático una melodía, descubrió en la expresion de su rostro, en la anchura de su frente, en los matices de sus ojos, en la elipse de sus lábios, todas las señales del génio. En efecto, el Apolo del Belvedere no lanza sus flechas con tanto ímpetu y tanta majestad como Byron lanzaba la inspiracion, segun el sentir universal, de sus ojos oceánicos.

Pero, al fin, Byron debia fijarse en Venecia. La laguna, el mar, los palacios de mármol, los cuadros de un relieve maravilloso, las góndolas misteriosas, las aventuras nocturnas, los festines, los recuerdos históricos, la poesía en accion, todo se acomodaba, todo, al estado de su ánimo y á la naturaleza de su génio. Aquella ciudad era como la formà exterior de su alma, sublime, romántica; á veces alegre, á veces triste; ya sensual, ya monástica; ni fija en la tierra ni perdida en el cielo; pasando del desórden de la orgía á la desesperacion cercana del suicidio. El alma de un hombre y el alma de una ciudad se encontraban. Los dos padecían. Los dos lloraban. Los dos se hundian en el placer buscando el ingrato olvido. Los dos carecían de pátria. Los dos dudaban de la justicia de Dios y maldecian la justicia de los hombres. Los dos buscaban fatalmente en el exceso de la vida el descanso de la muerte. Venecia era la concha marina donde se replegaba como en su hogar el alma del poeta.

Dirigióse, pues, á Venecia. En el camino se detuvo á

visitar la tumba de Julietta, inmortalizada por el génio de Shakespeare. Allí, en triste jardin, abandonada como una ruina, solitaria como un corazon sin amor, está la tumba donde la piadosa tradicion de los pueblos, fieles al culto de todos los martirios, se empeña en ver el lugar del reposo último de Julietta. La alondra, cuando pasa á saludar el próximo dia, como si quisiera llevarle en su cántico la oracion de todos los séres, ignora que aquellas piedras la acompañan, aunque mudamente, en su himno matinal y en sus amores por la luz; pero el poeta, que tiene la conciencia de todos los tiempos, se detuvo un momento á beber un consuelo y un recuerdo en aquella fuente de sublimes inspiraciones.

Por fin, llegó á Venecia, donde debia pasar desde 1817 á fines de 1819. Solamente una vez dejó la ciudad de las lagunas para contemplar el espectáculo que ofrecen Roma en su severa majestad y Nápoles en su voluptuosa alegría. Volvióse pronto allí, á Venecia, donde el exceso del dolor y el exceso del placer se acomodaban igualmente á su génio, desgarrado por todas las penas y combatido por todos los deseos. Mas ni siquiera allí le dejaron sus enemigos. A cada momento le llegaban, á través de los mares, en el tormento del destierro, insultos de su pátria. Es indudable que la vida del poeta en Venecia fué una vida de orgía y desórden. Pero tambien es indudable que buscaba en el placer la muerte. Byron tragaba un veneno, sabiendo que era dulce al paladar y corrosivo á las entrañas. Cuántas veces nos presenta la vida ejemplos de estos suicidios. Las fuertes emociones, el insomnio, el goce, el vino, los placeres,

la amargura que los placeres dejan en el alma, concluyen por quebrar, como si fueran de vidrio, las más poderosas organizaciones. A esto se añadían sus excesos en sentido opuesto; el ayuno llevado hasta el aniquilamiento de sus fuerzas, y la meditacion llevada hasta las exaltaciones del delirio, en los momentos solemnes en que se acordaba de la grandeza de su alma y de la inspiracion de su génio.

En esto llegó el carnaval, un carnaval de Venecia. El Austria fomentaba el placer para que el placer matara el recuerdo de la libertad. Todos los tiranos saben que la virtud es su enemiga, su Judith. Venecia en esto conspiraba con Austria. En el fondo de su ergástula danzaban locamente, como pidiendo á la danza la fatiga, y á la fatiga la muerte. Así mueren al pié de sus ídolos muchos fanáticos del antiguo Oriente. Ella tambien buscaba en su copa orgiástica un suicidio. Es inútil decir cuánto contribuyen á los placeres y á las locuras del carnaval, aquellos edificios llenos de recuerdos, aquellos interminables salones llenos de voluptuosas figuras que se destacan de los rientes cuadros, aquellas góndolas que parecen la sombra de un misterio, aquellos negros ojos de las venecianas, que brillan, ora dulce, ora siniestramente, al través de la máscara, aquél aire salado de las lagunas, que ofrece con el eterno eco del beso de sus olas, un acompañamiento apropiado á los vértigos del baile y á la voluptuosidad de la música. Aún recuerdo, cuando una noche, á la embocadura del gran canal y al místio resplandor de la luna, miéntras contemplaba las islas alzando sus blancos campanarios de mármol, y los palacios extendiendo sus dos cincelados muros sobre el agua celeste y ar-

gentada; aún recuerdo que del seno de una góndola lejana salía un aire de la *Lucrecia* de Donizzetti; y rápidamente pasaron ante mi imaginacion exaltada aquellas cenas venecianas en que corrían juntos el vino y el veneno, en que danzaban abrazados la muerte y el placer.

Los amigos que vieron á Byron por este tiempo, no le conocían. Su demacracion, su palidez, le daban el aspecto de un cadáver iluminado sólo por el brillo de sus ojos fatalmente hermosos. El placer lo habia consumido. Entre aquellos amores de un dia, fijóse Byron pronto en una mujer bella, morena, de ojos negros, de temperatura sanguínea, de alta estatura, robusta como una Vénus del Ticiano, sensual como una bacante, pero capaz del amor, y en el amor, del sacrificio. Era Mariana, dueña de la casa en que Byron habitaba, mujer casada y con hijos, pero pronta á dejarlo todo por el poeta. Los amores ligeros no tienen esa compasion de los amores profundos, que áun cuando vean las debilidades y los defectos del objeto amado, los consideran como una enfermedad digna sólo de atencion y de cuidados. Byron vió pronto que Mariana era violenta y celosa. Un dia en que el poeta hablaba con la cuñada de esta ciega mujer, apareció Mariana y dió un bofeton á la pobre muchacha. Otro dia vendió una joya que Byron le habia regalado y que Byron volvió á comprar para volver á regalársela. Por fin, aquél amor sensual se satisfizo pronto. Nada hay más insaciable que el amor puro. Nada más fácil de ser satisfecho que el amor de los sentidos. Placer, y sólo placer, es sinónimo de hastío y sólo hastío. En el bien y en la pureza está con la intensidad del amor verdadero, la

seguridad del amor eterno. El abismo del corazon no se llenará jamás sino con lo infinito. Pero la voracidad de los apetitos se satisface y se gasta fácilmente. Byron abandonó la casa y la amada, y fué á instalarse en el palacio Mocenigo, en el centro del gran canal veneciano.

Allí fué el teatro de las aventuras de Margarita Cogni, célebre panadera veneciana. Hay quien la compara á la Fornarina; pero entre la amante única de Rafael, ó al ménos la amante preferida, y este amante de algunos dias, entre aquella fuente de inspiraciones y esta fuente de disgustos, media una inmensa distancia. En Venecia encontré gente que la conoció todavía vendiendo ostras en el mercado, y buscando muchachuelos que regalaran sus oidos con las traducciones italianas del poeta, á quien había amado brutalmente. Era una mujer de la plebe, en todo el mal sentido de la palabra; una mujer que no sabía leer ni escribir; una mujer, que acostumbrada á tiranizar su familia casi en público, no ocultaba ni un pliegue de su alma, ni un latido de su corazon, y por consiguiente, ni los rincones de su hogar.

Buscaba el poeta con grande ansiedad por aquellas hermosas islas el lugar de su sepultura. Tendido en su góndola, se paseaba por el archipiélago veneciano, para escoger un sitio bastante pintoresco donde plantar un sáuce que tocára con su desmayado ramaje á las aguas, y ofreciera con su sombra asilo á su sepulcro, erigido bajo el cielo celeste del Mediodia y junto al Adriático. Mas para acelerar el encuentro de aquel lecho eterno, dióse desenfrenadamente al estudio del cruzamiento de razas, al goce de las formas plásticas, á los ébrios cánticos de los placeres carnavalescos, á

una orgía sin tregua. En este torbellino, cuando salía de las cenas para buscar las tumbas, encontró á Margarita, en cuyos brazos debía dejar tanta parte de su vida.

La encendida sangre veneciana corria por las venas de aquella mujer esencialmente sensual. Su estatura era alta, su pecho ancho, sus brazos nervudos, su rostro bello, su cabeza vulgar; sus ojos abrasaban y consumían como voraz incendio. Era amante hasta el frenesí; pero celosa hasta la locura. Le acariciaba y le maltrataba. Iba hácia él con la sonrisa de los ángeles, y le clavaba las uñas con la ferocidad de los tigres. La áurea aguja de su negro moño podia servir de puñal. Sus entrañas podian engendrar una raza de gladiadores. Sus puños podian sostener ventajosamente lucha con cualquier fornido inglés. Su elocuencia pintoresca estaba sembrada de interjecciones desvergonzadas. Eran sus ideas enmarañadas como una selva primitiva. Eran sus pasiones ardientes como un volcan gigante en erupcion. Amasado su carácter en el barro de las lagunas y abierta su alma al sol del Mediodia, guardaba en todo su sér algo de grande, aunque fuera brutal su grandeza. En el palacio Mocenigo habia reunido Byron caballos, gatos sin número, perros en trahilla, papagayos, toda suerte de pájaros, y aquella mujer, Eva salvaje de un paraiso cástico, y en rebeldía contra el Adan, ébrio de vino, de placeres y de ideas.

Pero no creais que le guardaba una grande fidelidad Byron, á pesar de su fiereza. Un dia se arma ruido espantoso. Los papagayos vociferan palabras indescifrables, los gatos mahullan, los perros ladran, los muebles saltan en pedazos, las lunas venecianas siembran de una lluvia de menudos

cristales el pavimento del palacio, conmovido como si se doblara bajo un huracan ó se desplomase á impulsos de un terremoto. Era Margarita, que se habia encontrado una rival, con la que trabó espantosa batalla, empeñada y sostenida de una y otra parte con heroismo é incontrastable pujanza. Imaginaos la fascinacion que ejercería aquella poderosa naturaleza en el carácter gastado, en el hastío invencible del poeta. Su mirar daba extraño fuego á la sangre helada en aquellas venas casi exháustas. Su violencia y sus inesperadas salidas le agradaban como un manjar nunca ántes gustado. Reíase con aquellas cartas apasionadísimas, escritas por un memorialista á razon de doce sueldos y dictadas por la panadera al volver del mercado con su cesta sobre la cabeza.

Una noche, Byron daba en el baile de máscaras el brazo á la respetable señora Contarini, envuelta en negro dominó y sigilosamente oculta con su careta. Margarita llega, la insulta, le arranca violentamente y con grandes vociferaciones la máscara. Otra noche riñó con su marido, en cuyas carnes hicieron un destrozo horrible sus cortantes uñas. A las altas horas llamó con redoblados golpes á la puerta del palacio de Byron, donde todo el mundo reposaba y dormia. Al poco tiempo se presentó el marido pidiendo su mujer. La policía intervino, y la mujer fué reinstalada por fuerza en el abandonado hogar. Pero se escapó de nuevo, y fué á refugiarse en el palacio Mocenigo, al lado de su amante.

Allí tomó el gobierno de la familia, pero ejerciéndolo con una tiranía sin ejemplo. Nada le bastaba para darse tono y aires de gran señora: vestido arrastrando, sombrero parisien-

joyas riquísimas, encajes de Flandes, un tren de princesa. Y con este traje, calzados los guantes, á lo mejor se incomodaba, y cogiendo una tranca y remangándose los brazos, apaleaba desde los perros hasta los criados. Milagro era que perdonase al amo. Pero en cuanto á reñirle, no guardaba ningun género de consideraciones. Byron gustaba mucho del Lido y de nadar en el Adriático. Por aquella hermosa lengua de tierra que forma el Lido, sembrado de una vejetacion asombrosa que el mar besa, paseábase á caballo. Cuando se cansaba de cabalgar, corria al agua, sumergiéndose en sus profundos senos como un buzo. El pez británico le llamaban por toda Venecia. Una tarde, el cielo se encapota, los vientos se desencadenan, encréspanse las olas; y Byron se hallaba en el mar. La pobre Margarita corría de los piés de la Madona á la ventana, invocando todos los santos y prometiendo misas, rosarios, ofrendas al cielo en una letanía sólo interrumpida por extrañas maldiciones. Cuando vino la noche y no volvió el poeta, quedóse aquella mujer como petrificada en la escalera de mármol que descendía al Gran Canal, tendidos los brazos hácia el mar, medio muerta de angustia. Pero al volver el poeta, gritó, maldijo, vociferó horriblemente, diciéndole: ¿es tiempo este de ir al Lido, *cane de la Madone?*

Una ventaja, sin embargo, llevaba Margarita al hogar de Byron: la economía. Contaba con los dedos, pero contaba á maravilla. Criada en el mercado, sabía el precio justo de todos los artículos. Y como Byron no comía apénas, se tragaba todos los manjares, matando de hambre al resto de los criados. Acostumbrados éstos á la magnificencia del

Lord, no podian tolerar aquella extraña tirana que los condenaba á forzoso ayuno. Así, armaban una conjuracion tras de otra conjuracion, para forzar la mano de Byron á despedirla. No era difícil, porque en el estado de su ánimo, arrojaba con menosprecio la flor cuyo aroma habia absorbido con ánsia. En estos amores tornadizos y cambiantes, sólo hay un atractivo, la novedad; aunque se tenga la conviccion de no encontrar en el placer ya agotado nada de nuevo. Al estado propio del ánimo de Byron se unian las maquinaciones domésticas contra Margarita. Y á las maquinaciones domésticas, sus propias imprudencias. Interceptaba las cartas dirigidas á su amo, y como no sabia leer, iba al primer memorialista á entregarle aquellos secretos. Todo esto, pero muy especialmente el desvío con que Byron miraba aquellos amores de un dia, perdieron á Margarita. Byron concluyó por despedirla. En el momento de salir, arrojóse airada sobre un cuchillo, como si quisiera suicidarse. No la condujeron, la arrastraron á la góndola. Allí se retorcía las manos, gritaba como una leona desposeida de sus cachorros. Sus ojos centellaban ira. Se habia elegido la noche para realizar aquella separacion preñada de escándalos. A la vuelta de una de las infinitas esquinas, Margarita se arroja al agua, á pesar del intenso frio. Mojada hasta los huesos, tiritando, con el cabello tendido sobre la espalda, la cara amoratada, extraviados los ojos, contraidos y lívidos los lábios, despidiendo del pecho desgarradores sollozos, se arroja á los piés de Byron, pidiéndole perdon. Este fué inexorable.

Habia tocado hasta el fondo del abismo. En aquella vida

podia perder hasta la conciencia. Tras las noches de orgía, la realidad era más triste y el corazon más desgraciado. Necesitaba una redencion que sólo era posible por el amor, y por el amor puro. Una mujer amada podia serenar la tempestad con su sonrisa; podia purificar la vida cenagosa con su ejemplo. Nada hay tan casto como el amor verdadero. Nada tan saludable al cuerpo y al espíritu como la castidad. Amar verdaderamente, fijarse en una mujer pura, buscar su mirada como una estrella, tener su corazon como un refugio, unir dos vidas en el amor y reflejar el cielo en su tranquilo seno; esta redencion era la única posible al poeta caido en el cieno. Las luchas del Parlamento, las glorias de la poesía, el entusiasmo de una sociedad entera, los viajes por el mundo, el espectáculo de la naturaleza, los recuerdos de la historia en el sitio mismo donde han pasado sus grandiosas escenas; Grecia con sus ruinas, Inglaterra con su libertad, España con su romanticismo, Suiza con sus montañas, Italia con sus artes y el Oriente con sus amores, no habían podido llenar aquél corazon, en el cual caia el placer como un corrosivo, y estallaba la poesía como un dolor infinito. Su alma sólo podia producir el sarcasmo del *D. Juan*.

La Condesa Guiccoli, el amor puro del poeta, apareció en este momento. ¿Cómo nació esta pasion? Yo no conozco de este amor una definicion tan precisa ni tan profunda como la que el poeta psicólogo por excelencia, Shakespeare, dá del amor entre Otello y Desdémona. "Me amó, dice Otello, porque luché y padecí; la amé, porque me compadeció." Teresa, que así se llamaba la hermosísima Condesa Guiccoli, vió en la frente de Byron su dolor, y

se propuso redimir al poeta, sacarlo del abismo, encender la inspiracion en su alma, el amor en su corazon, fortalecerle para la virtud, coronarlo con una muerte gloriosa. Byron tenía el disgusto de la vida, y Teresa apénas habia conocido la vida. Educada en sombrío convento, las notas del órgano, las nubes de incienso, los cirios encendidos al pié de la Vírgen, los coros de las esposas de Cristo, habian llenado su alma de la poesía de los cláustros, del amor místico y sin nombre, que al tocar el mundo, debia convertirse en amor violento por el encuentro de un sujeto real donde fijarse.

Sus padres la habian hecho desgraciada. Sin consultar ni su voluntad ni su corazon, la sacaron del cláustro para casarla con un viejo riquísimo, el Conde Guiccoli. A la exaltacion mística de sus primeros años, reunía Teresa la nolstalgia del amor verdadero en la aridez de un matrimonio de conveniencia. Esta triste situacion la obligaba á refugiarse en la lectura, en la poesía de la época. Era el año 1812. Madame de Stael y Mr. de Chateaubriand comenzaban á popularizar en sus obras esos amores enfermos, esas pasiones desgraciadas, esas tristezas de un siglo, que no se atrevía ni á dejar las viejas ideas, ni á seguir las nuevas; supremas dudas vertiendo sobre el corazon su corrosivo veneno.

Teresa leía y releía todas estas obras; se exaltaba, padecía, soñaba con una sombra; y escribía versos consagrados á esos fantasmas sin forma, á esas ideas sin realidad y sin objeto, que atravesaban su cerebro, rodeado por la aurora boreal de las inspiraciones románticas. Su héroe, el héroe de sus ensueños, el héroe nacido en el convento, agrandado

en la realidad de un frio y triste matrimonio, el héroe ideal, soñado cada dia con más delirio, merced á una lectura sin tregua, ese héroe extraordinario no existía, ó si existia, era Byron, el único capaz de incendiar la realidad con el fuego de la poesía.

Teresa y Byron se hallaban en Venecia y no se conocían. Teresa, enferma del alma, y Byron, del alma y del cuerpo; la una de diez y ocho años, al borde de la vida, y el otro gastado por los placeres, aunque jóven por la edad, al borde de la tumba. En 1818 Byron la vió, pero no la adivinó. Pasó, acompañada de su marido, con quien acababa de casarse, como una de esas infinitas mujeres que encantan un momento los ojos y nada dicen al corazon. Durante la primavera de 1819 se encontraron una noche en casa de la Condesa Albrizzi, á quien llamaba Lord Byron la Stael italiana. Uno y otro fueron aquella noche á la reunion con disgusto. Teresa estaba cansada de fiestas y Byron cansado de mujeres. Fué necesario que el Conde Guiccoli se enojase, para que Teresa fuera al baile, y que la Condesa Albrizzi empujara casi materialmente á Byron, para que se presentase á Teresa. Se vieron y se amaron. Una mútua mirada bastó para que aquellas dos almas se comprendieran y se juntaran ya indisolublemente. Ni ella ni él supieron jamás quién dijo la primer palabra ni quién hizo la primera declaracion. Eran las dos mitades de un alma. Byron, á través de sus desórdenes, habia buscado á Teresa; y Teresa, á través de sus ensueños, habia buscado á Byron. Se encontraron, por fin, como dos náufragos arrastrados por una misma ola. Se encontraron sin esperanza de legitimar su

pasion; casada ella con un viejo avaro y él con una protestante intolerantísima, que habian sido sus mútuas desgracias, dos muros frios como el bronce entre dos corazones de fuego. Saltaron sobre todo y fueron el uno para el otro.

Nada hay tan triste como vivir al lado de una mujer siempre melancólica, desesperada siempre. Varios biógrafos dicen que el Conde favoreció el principio de los amores de Byron con su mujer. No gusto de ennegrecer la naturaleza humana cuando encuentro algunos motivos racionales que me expliquen acciones á primera vista inexplicables. El Conde pudo notar que la melancolía de su mujer se disipaba con la presencia del poeta. Y pudo tambien atribuir esta preferencia al mútuo amor que ambos tenian por las letras. Encantado de ver disiparse una tristeza que ennegrecía su vida, fué al principio cómplice inocente de su propia desgracia.

Pero bien pronto advirtió aquel amor, y trató de cortarlo con la ausencia, vulgar remedio á los amores fugaces, incentivo poderoso de los amores profundos. El Conde abandonó á Venecia y se fué á Ravénna seguido de su mujer, cuyo pensamiento se quedaba encerrado en el corazon de Byron. Teresa se moría. Su alma no era bastante fuerte para sobrellevar la ausencia. Byron corrió á Ravénna llamado por una moribunda. El 8 de Junio de 1819 se encontraba al pié de un lecho donde moría una enferma de amor. Al verlo entrar, se reanimó Teresa como la humilde violeta al beso de Abril. Los médicos todos habian convenido en que aquella enfermedad de languidez y de tristeza no tenia cura. Bastó, sin embargo, para volver el carmin á las meji-

llas ya frias, la luz á los ojos ya extintos, la presencia de Byron. Aquel mismo dia Teresa pudo salir del jardin, y apoyada en el brazo del poeta, hablar bajo los vibrantes pinos de desmayada copa, entre los mirtos y las adelfas, de sus recuerdos y de sus esperanzas.

La salud de Teresa no renació sino á costa de la honra del Conde. Por muy tolerantes que fueran las costumbres italianas de aquella época, es siempre ridículo un marido acompañando á su mujer apoyada en el brazo de su amante. Guiccoli cogió un puñal y fué á herir á Byron, que leia la *Corina* con su amada bajo los pinos de Italia. Pero la propia cobardía y la serenidad del rival le desarmaron. Este, á su vez, difícilmente se resignaba á su papel en la sociedad, que muy tolerante con tales faltas á la sazon, no dejaba de perseguirlas con malignas miradas y susurrantes cuchicheos.

Byron hablaba de robar á su amada, y Teresa de apelar al expediente de Julietta, vestir su traje de muerta, tomar un narcótico, encerrarse en el panteon de su familia, y aguardar á que su amante fuera á convertir con una mirada ó con un beso, enviados á través de las rejas, el panteon fúnebre en paraiso. Por mucho que fuera el romanticismo de Byron, quería mostrar su amor en plena sociedad, al resplandor del sol, en el seno del mundo y en el seno de la naturaleza, como un timbre del alma, como una virtud de su vida, hasta entónces entregada á múltiples amores, y desde entónces fija en una pasion, que se alimentaba principalmente de castas inspiraciones y que residía en la region del alma.

Enternece leer la página escrita por Byron en unas hojas

de la *Corina* que Teresa habia dejado olvidada en su jardin de Bolonia. Aquel amor sencillo del corazon parece junto al amor hiperbélico del libro, como un lirio del campo junto á un lirio de trapo. "Amor mio, le dice, cuán dulce es en vuestra lengua italiana esta palabra. Sobre un libro que os pertenece, yo no puedo escribir sino mi pasion. En esta palabra "amor mio" está encerrada toda mi existencia. Conozco ahora que vivo y temo lo porvenir. Vos decidireis de mi suerte. Mi destino reposa en vos, que ahora teneis diez y ocho años, y que hace dos años salísteis del convento. Pluguiera al cielo que os hubiérais quedado allí, ó que yo no os hubiera encontrado casada. Para todo es ya tarde. Os amo y me amais. Al ménos procedeis como si me amárais. Esto es un consuelo á cuanto puede sobrevenir. Sin embargo, yo soy quien más ama de los dos; yo quien no puede nunca dejar de amar. Pensad en mí alguna vez, cuando nos separen el mar y los Alpes. Mas no puede suceder esto, á ménos que vos no lo mandeis."

Y despues de haber escrito esta carta, como si comprendiera que el sér se define por su comparacion con la nada, y el amor se confunde por su tristeza con la muerte, se iba á visitar el cementerio, para aprender el sueño de los muertos en el silencio y el dolor de los vivos en las inscripciones de las tumbas.

Por fin, el Conde se retiró, aunque accidentalmente, de aquel hogar y quedaron solos ambos amantes. De Bolonia partieron para Venecia. De Venecia para el campo, para esas casas bellísimas, lejanas, desde donde se descubren los Alpes y el Adriático, y entre el Adriático y los Alpes,

Venecia, como una inmensa flota de cristal y de corales. Allí Teresa inspiraba á su amante, siendo á un mismo tiempo la musa del amor y la musa de la Italia. Allí le mostraba con elocuencia la sombra de lo pasado, las esperanzas de lo porvenir y las tristezas de lo presente. Allí le inspiraba con sus sonrisas y con sus lágrimas ideas proféticas de la restauracion de Italia, realizada en nuestros dias, á nuestra vista, como un milagro de la fé de este siglo. Allí le purificaba de sus pasiones de un dia, por la pasion única del amor verdadero; y le apartaba de las orgías, enseñando á su actividad, siempre inquieta, otro espacio en el culto de la cáusa de la humanidad y en el combate por la independencia de los pueblos.

Tanta felicidad no podía continuar, dada la delicadísima y difícil situacion en que se encontraba el marido, el Con de Guiccoli. Convengo con todos los historiadores del tiempo en que Italia era indulgente, muy indulgente á la sazon para el adulterio. En lo que no convengo con esos escritorer absolutamente es en que los italianos aprendieran tal indulgencia de los españoles. *El Médico de su honra*, *A secreto agravio secreta venganza*, enseñan á los siglos el horror que á los corazones españoles inspiraba el adulterio. Donde ha nacido el Tetrarca de Jerusalen, no hay espacio para el Sigisceo de Italia. Pero por mucho que la indulgencia italiana fuera, todo el mundo debia en este asunto dar la razon al marido. El Conde Guiccoli, cegado por su mayor vicio, la avaricia, puso la opinion pública en su contra. Primero, el viaje de Teresa y Byron á Venecia fué con su asentimiento. Despues, quiso constituirse en depositario de las

rentas del poeta, para ganar en oro lo perdido en honra. Por fin, vino el pleito de divorcio. Tras el pleito perdido por el Conde, un breve pontificio que pronunciaba la separacion. Teresa abandonó gustosa sus palacios, sus trenes, la sociedad, las riquezas por el amor del poeta.

En esto cayó sobre la familia de Teresa el destierro. Su padre era el Conde Gamba, y pertenecía á esas fuertes provincias romanas que son las provincias aragonesas de Italia. El amor á la libertad y á la pátria, que se anidaba en esta familia, recibió el premio que reciben siempre esos amores; el destierro. La familia Gamba, á la cual había Teresa vuelto, despues de su viudez legal, se refugió en la dulce Toscana, en la solitaria Pisa, en esa ciudad-convento, en esa ciudad-cementerio, tan propia de las grandes tristezas. Allí fué tambien lord Byron.

El principal mérito de Teresa estuvo en no tener por el poeta una pasion egoista. Amó su gloria más que su persona, y más que su gloria, su virtud. Lo purificó, lo elevó, lo sacó del cieno, le puso la aureola de la pureza en la frente. Y despues, en vez de reivindicar ese gran corazon todo para sí, lo entregó á la humanidad. Vió que Byron no pertenecía sólo á la raza de los hombres de ideas, sino tambien á la raza de los hombres de accion. Era un héroe de Grecia por la figura escultórica, un poeta del Norte por el pensamiento profundo; en una mano llevaba la lira y en otra mano la espada. En vez de arrancarle á la idea y á la accion para reducirlo á los placeres de un amor satisfecho, señaló al Aquiles el campo de batalla, y le dijo que sería más digno de su corazon cuanto más luchara por los pueblos.

Prefirió unir las dos almas en los altares del sacrificio á todos los placeres fáciles, á todas las satisfacciones del amor propio y del orgullo. Teresa despertó en su pecho el amor á la virtud y el amor á las glorias que tantas veces habia Byron despreciado y maldecido. Teresa le enseñó á amar á Italia y á los combatientes por Grecia, esas naciones cuyos antiguos génios entrarán eternamente en la genealogía de todos los génios del mundo. Ella, por fin, le enseñó á morir. Y enseñándole á morir por todos, en vez de vivir para sí sólo, aseguró á su nombre la más gloriosa de las transformaciones, el martirio; y á su inmortalidad, el más bello de todo los templos, el corazon de los pueblos. Sería inmortal Teresa, como Eloisa, como Isabel de Segura, como Safo, si hubiera guardado bajo los pinos de Italia, por las orillas del Arno, eternamente, la viudez gloriosísima del amor de Byron. El año veinte parecía una musa. Y en el año sesenta y ocho es una marquesa rica y vieja que ha lanzado sobre la tumba del poeta un libro indigesto.

Llegamos al final de los dias de Byron. Aquí acaba la vida y comienza la muerte. Aquí el barro helado de los desengaños se cae fundido al fuego de la fé, y las alas del alma se abren ámpliamente en toda su extension. Aquí empieza la vida á ser poema, el poeta á ser héroe, el sepulcro á ser altar, y á ser inmortalidad la muerte. Aquí se despide para siempre de la mujer amada y va á desposarse castamente con la libertad, la eterna esposa de las grandes almas, la fecunda madre de los héroes. Aquí todas las nubes se disipan, todos los vicios se evaporan, todas las dudas se embotan, todas las pasiones se acaban, y el calavera de Lón-

dres, y el libertino de Venecia, y el poeta de la desesperacion, se convierte en uno de los mártires de la humanidad, redimiendo con el holocáusto de su muerte los errores y las faltas de su vida. Muchos sabrán vivir mejor que ese hombre, pero pocos morir como él, en una peregrinacion por la libertad, en una lucha por la independencia de la Grecia, á los piés de esa nacion-ideal, de esa nacion-arte, que fué la verdadera pátria de su alma, y que lo contará eternamente al lado de Homero, de Esquilo, de Píndaro, de Milciades y de Arístides, de esos hombres que son los astros de los horizontes del tiempo: lo contará, sí, entre sus poetas y sus héroes.

Las hojas de la vida de Byron se iban cayendo tristemente. Su hija Alegra, ángel nacido entre las tempestades, acababa de morir á los cinco años de edad. El poeta manda que la entierren allá, en la colina de Harrow, sobre la cual habia grabado sus primeros versos y habia recibido los besos primeros del áura de los campos. Shelley, poeta metafísico, desterrado como él de Inglaterra, y como él errante por el mundo, acababa de espirar ahogado en tremenda borrasca, no tan tempestuosa como sus ideas. Byron habia recogido su cuerpo, y lo habia quemado en una grande hoguera, sobre la árida arena, á orillas del mar, arrojando en aquel holocáusto cargas de incienso que subian al cielo en nube de humo semejante á una montaña de oraciones y de pensamientos, que llevaba en sus entrañas el espíritu de un poeta, el cual creyera siempre el cielo vacío, y renegaba siempre de aquella morada hácia la que se tornaba su vida.

¿Qué le restaba á Byron? Morir tambien, pero morir

por una idea, por la fé de su siglo. En medio del silencio que la Santa Alianza ha impuesto á Europa, se oye la voz de un pueblo que pide su libertad. Este pueblo heróico era el pueblo español, aquel mismo que diez años ántes habia enseñado á todas las naciones cómo se pelea por la independencia. La voz de España habia penetrado en dos sepulcros; en el sepulcro de Italia y en el sepulcro de Grecia. Las tres penínsulas mediterráneas, la península de los génios, la península de los guerreros y la península de los navegantes, se levantaban, al soplo de la libertad, como para renovar aquellos dias paradisiacos de la historia, en que las ciudades más ilustres vivian como un coro de sacerdotisas y de musas en sus costas, é iluminaban la conciencia con sus ideas, y henchian los aires con sus cánticos. Pero todas estas esperanzas fueron como sueños fugaces. Sobre España iba á caer la intervencion francesa, y sobre Italia la intervencion austriaca. Sólo quedaba de pié el pueblo griego, el pueblo de las Termópilas y de Platea, el que ha enseñado á leer á la humanidad, el que ha puesto la cuerda del arte en todos los corazones, el que ha cincelado la forma humana en su hermosura severa, el que ha revelado la conciencia con Sócrates, el que guarda todavía en las cenizas de sus ruinas el calor de la inspiracion para el poeta.

Byron, que recorrió Grecia buscando los laureles de Apolo á las orillas de los torrentes, el coro de las sacerdotisas de Dodona, el canto del Cefiso en las llanuras consagradas por las huellas de Demóstenes y de Platon, la Acrópolis ruinosa donde se habian convertido en sombras las estátuas de Fidias, las cimas de Hibla y del Himeto coronadas eterna-

mente por los dioses; Byron no sólo encontró en aquella tierra los recuerdos que, como enjambres de luminosas abejas, se levantan de sus diseminadas ruinas, sino tambien fuertes razas, en cuyos semblantes brillaban los reflejos de la antigua inspiracion y cuyos nervudos brazos podian esgrimir las armas de Epaminondas y de Temístocles; razas dispuestas á sacrificarse heróicamente sobre los sepulcros de sus padres, ántes que consentir por más tiempo la deshonra de tanta gloria en los infames hierros forjados por Turquía para su pátria, pátria tambien del heroismo; para su madre, madre tambien del génio.

Miradlo: rico, se aparta de sus riquezas; amado, se aparta de su amante; poeta, se aparta de su lira; jóven, se aparta de sus pasiones; coronado por el génio, se aparta de su gloria; y va á pelear y va á morir por una de las cáusas más justas de la humanidad, por la cáusa de Grecia. Allá en Italia, á las orillas del mar Tirreno, bajo las sombras de los pinos, respirando el aire cargado de azahar, viendo las obras maravillosas del arte, en las cuales aprendia la perfeccion de su estilo, amado por una mujer que unia el talento á la belleza, pudo dejar correr sus dias tranquila y serenamente, cantando como un ave junto á su nuevo nido, en aquel jardin de delicias.

Pero nó: prefirió la lucha, la tempestad del mar, la inclemencia de los elementos, el campo de batalla, los vapores de la sangre, los miasmas de la peste, la muerte por sus hermanos, el sacrificio por la humanidad. Creed en sus dudas, vosotros, comerciantes ingleses, que lo habeis maldecido, atiborrados de *beefsteak*, ébrios de cerveza, regoldando, como

diria Sancho, los vapores de vuestra digestion sobre la aureola del génio. Maldecid su vida, vosotros á quienes una moral egoista es tan fácil porque no teneis pasiones; y una árida fé protestante es tan natural porque no teneis pensamiento. Arrojadlo por indigno de Inglaterra; y él se levantará con su lira y su espada, recorrerá las riberas divinas donde nacieron las artes, convertirá los dioses en sus conciudadanos, irá á morir á Grecia, y tendrá por pátria toda la humanidad.

Nosotros apreciaremos sus obras en un capítulo final, cima de este pobre trabajo consagrado á uno de los génios que más consuelos nos han procurado en nuestros dolores presentes con la lectura de sus obras. Era el mes de Abril y la mañana siguiente al dia de Pascuas. La naturaleza resucitaba con sus mariposas, con sus largos dias, con su tibio calor, tan delicioso en la primavera de los climas meridionales. La Iglesia cantaba la resurreccion de Cristo. Byron presentía la resurreccion de Grecia. Sin embargo, la lucha, la incertidumbre, los choques contra la impura realidad en que se destrozaba su alma, el dolor, la peste mortífera, consecuencia de la guerra, lo gastaron y le hicieron doblegarse y caer sobre la bandera de la libertad, en la cual se envolvió para morir como Caton y como Bruto en la sombra de la República. Apénas tenia treinta y seis años. Se doblaba á la muerte como un árbol cargado de frutos y de flores. Era una hermosa mañana, y el sol deslizaba sus primeros rayos entre las últimas gotas del rocío, y las aves entonaban sus coros, como si la naturaleza consagrase un himno á la victoria del poeta. En su delirio, creia asaltar los muros de Le-

panto, y en realidad asaltaba los muros de la eternidad. Decia ¡adios! ¡adios! como perdiéndose en otras riberas. Y su última palabra, fué "adelante," como si consolara á sus soldados llorosos y á sus amigos desolados, asegurándoles la continuacion de su vida en otros horizontes.

CONCLUSION.

Despues de haber recorrido largamente la vida de Byron, detengámonos un momento á contemplar este génio maravilloso en su conjunto. Como jamás hubo en el mundo poeta que fuera tan sujetivo é individual, jamás una vida contribuyó á desarrollar un carácter, ni un carácter á desarrollar una literatura como en este lord inglés, nacido para la felicidad y atormentado por todas las desdichas. No creo yo que el génio se componga solamente de los nervios, de la sangre, del jugo que absorbe de la tierra donde ha nacido, del sol que ilumina y fecunda su cerebro. El génio es ántes que todo una poderosa individualidad interior, con facultades innatas, elevadas por el esudio y por los choques de la vida á una gran potencia: el génio es un espíritu creador. Todos los verdaderos artistas, de cualquier clase y condicion

que sean, tienen la poderosa facultad de pensar y poner en relieve su pensamiento; la fantasía vivaz que los lleva á un trabajo tan contínuo como el trabajo de las fuerzas creadoras de la naturaleza; la observacion profunda para el análisis, que hace de sus ideas un microscopio donde se ven las mayores minuciosidades de la vida, ocultas al vulgo de las gentes; la mirada indagadora, elevadísima, que abraza los lejanos espacios como el telescopio; y luego esa exquisita sensibilidad, por la cual refunden fácilmente en el horno siempre encendido de su corazon, los ajenos dolores y las ajenas alegrías.

Pocos hombres han poseido en tanto grado estas facultades eminentes como Lord Byron. El se eleva de un vuelo á las regiones más sublimes del espíritu, donde todas las ideas se le aparecen revestidas en sus formas. El desciende con una observacion prolija á contar las menores minuciosidades de la vida, y á descubrir los más imperceptibles toques de luz y de sombra en el cuadro del Universo. El siente la necesidad invencible de producir, de crear, de esparcir sus obras con la misma ciega largueza con que el ruiseñor esparce sus cánticos y la estrella su luz. El tiene, sobre todo y ántes que todo, la sensibilidad, esa sensibilidad que se conmueve y se riza al menor soplo del aire, que cambia de matices al menor reflejo de la luz, que presiente las tempestades futuras, así del Universo como de la sociedad, y que siendo uno de los mayores dones de la naturaleza, es tambien uno de los mayores tormentos de la vida.

Pero si tiene esta nota primera, esencial del génio, no puede dudarse que tambien tiene las cualidades propias de

su raza, esas cualidades que son alas esenciales, alas fundamentales como el color al dibujo. La sangre normanda rompe en tempestuoso oleaje por sus venas. La tormenta es su elemento. Cuando no la encuentra en la vida, la condensa en su propia conciencia. Cuando la accion no le ofrece bastantes huracanes, los busca en sus pasiones; y cuando no se los ofrecen sus pasiones, en sus ideas. Necesita vivir al borde mismo del abismo, sobre cuatro tablas que van á deshacerse, deslizándose entre un oleaje hirviente y espumoso, azotado el rostro por el huracan y los nervios por las chispas del rayo. Su conciencia es como una tromba furiosa que despedaza su propio corazon. Las tinieblas de las noches eternas de tal manera caen sobre su alma, que á veces todo lo vé malo, todo lo cree perdido, y lo que más malo vé, lo que imagina más perdido, es su propio sér. De aquí esa irritabilidad, esa duda, esos contrastes, un pedazo de cielo asomado por los grupos de apiñados nubarrones; una plegaria viniendo tras una blasfemia, como la brisa tras el huracan.

Pero no solamente es normando por la raza á que pertenece; es inglés, perfectamente inglés, por la nacion en que ha nacido. ¿Cuál es la facultad característica del inglés? La personalidad, la individualidad. El inglés necesita que la ley consagre la integridad y la totalidad de su persona; que el hogar lo aisle de sus semejantes; que su propia conciencia sea la mediadora entre el tiempo y la eternidad, entre la tierra y el cielo; que la propiedad le sirva como de pedestal, y que la vida se desarrolle en él á su cuenta y riesgo, merced al aguijoneo de su actividad, excitando sus aptitudes,

alimentando la fiereza contenida en el principio de la propia responsabilidad. Pues bien: Byron, ántes que todo, es una personalidad. Cuanto puede impedir el crecimiento, el desarrollo de esta personalidad, le molesta y lo derriba: fé, leyes, costumbres, límites de nacionalidad, preocupaciones de raza. Quiere vivir sólo en su conciencia, con su pensamiento en el mundo creado por su propio espíritu, tronando como un Dios y viendo hasta las leyes de la naturaleza plegarse á su omnipotente libertad. Jamás ninguna raza odió á un hombre como la raza británica á Byron; jamás ninguna raza representó con más fidelidad en sus cualidades características, y sobre todo, en su orgullosa individualidad.

Pero al lado de estas cualidades del Norte, Byron tenia cualidades esencialmente meridionales. Nuestro sol habia deslizado sus rayos por aquel espíritu, le habia impreso fuertemente su ósculo de fuego. Era una personalidad británica, vaciada en el mármol de Paros, bajo cuya frialdad aparente se encierra un rescoldo de divino calor. Sobre esas piedras se mecen las rojas flores de las adelfas, á las orillas de los torrentes, como convidando á los poetas con laureles. La combinacion de cualidades diversas explican en Byron los bruscos cambios de su estilo, y las formidables antítesis de su pensamiento. Pero al mismo tiempo explican su culminante facultad, la más alta y la más imperiosa, la sensibilidad. No tenia, nó, la flema británica. Una emocion pasaba con tal fuerza por todo su sér, que le dejaba ardientes quemaduras. Parecía que el mundo social, sobre todo, no se comunicaba con él sino por medio de botones candentes, cuyo contacto le hacía gemir, ahullar, como un condenado,

retorcerse y espumajear como un epiléctico. La luz no hiere con tanta fuerza los ojos que acaban de recobrar la vista, como hería al poeta la sociedad de su tiempo.

Y, sin embargo, amaba las sensaciones. Creia que vivir era sentirlo todo, experimentarlo todo: pasar por los diversos grados del calor de la vida universal; sumergirse en el hondo mar, como los peces, y recorrer los picos nevados, como las águilas; revolcarse en las hojas secas del otoño, hollar las nieves del invierno, fundirse al calor del sol en el verano, y volar como la mariposa entre las flores en la primavera; ser el peregrino, errante, sin fin, desde la Alhambra al Vaticano, desde el Vaticano al Partenon, desde el Partenon á las Pirámides; ser el orador que lucha en la tribuna y el pendenciero que lucha en las calles; ser el aristócrata, el lord que goza con el recuerdo de sus blasones, con el orgullo de su orígen, y el demócrata, el tribuno que protesta contra todas las tiranías y reclama todas las libertades; ser cenobita y epicúreo, casto y voluptuoso, escéptico y creyente, criminal y apóstol, enemigo de la humanidad y humanitario, ángel y demonio, como si fuera su espíritu el continente inmenso de todas las ideas y de todas las cosas; su sér, el resúmen de toda la vida, su personalidad, el protagonista del gran escenario del Universo, de la gran tragedia de la Historia.

Y hé aquí otra de sus cualidades culminantes: referir el mundo entero á sí. Esa grande fuerza que tienen ciertos génios para objetivar sus ideas y sus sensaciones, jamás la tuvo Byron. Cantaba lo que sentía: la nube pasando sobre su conciencia, la chispa recorriendo el arpa de sus nérvios,

el amor de su corazon, la duda de su mente, la esperanza de sus deseos, segun los grados de su salud, de felicidad, de placer, de dolor, experimentados en su vida, que era su poema. De aquí, como ha observado muy justamente Enrique Taine, en su bella obra de *Historia de la Literatura Inglesa*, la monotonía, la uniformidad de sus personajes, todos tocados de la uniforme enfermedad del poeta. Pero de aquí tambien, esa viveza de colorido, esa fuerza de expresion, ese maravilloso aroma de sentimiento, esa realidad vigorosísima con que brotan sus cánticos, reproduciendo todo el sér del poeta en cada una de aquellas cadencias, extremecimientos, latidos de su corazon. Y nada nos atrae, especialmente á nosotros, hijos de un siglo que ha sobreexcitado la sensibilidad, nada nos atrae como el latido de un corazon.

Y siendo tan sujetivo, pocos hombres son tan simbólicos, pocos reflejan mejor su tiempo. ¿Cuál era el estado de aquellos dias primeros del siglo, en las obras de Byron contenido, representado? Era la incertidumbre. Habíamos sacudido las viejas creencias y no encontrado aún las nuevas. Pasábamos de la libertad á la reaccion, y de la reaccion á la libertad, por cambios bruscos. La revolucion acababa de arruinar una sociedad, y sobre esas ruinas se levantaba aún el espectro, el esqueleto de la Edad Media, con la corona cesárea sobre la frente, pidiendo venganzas, y reclamando conquistas. Los pueblos, en su angústia, trataban de unirlo todo, de mezclarlo todo, religion y filosofía, democracia y aristocracia, autoridad antigua y constituciones modernas, en el pandemonium del eclecticismo y del doctrinaris-

mo. El espíritu sin fé, se quejaba al cielo de su esterilidad, y se retorcía entre los anillos de la serpiente que se llama duda. De un extremo á otro de Europa corria un génio incomprensible, elevado desde la plebe al Imperio, sembrando una tempestad de guerras, que sólo servía para aumentar las tinieblas; génio ya sombrío, ya relampagueante; de un lado Robespierre con cañones castigando á los reyes y estableciendo despóticamente el Contrato Social con los pueblos; pero de otro lado Carlo Magno ungido por el Papa, rodeado de un feudalismo militar horrible, reedificando los tronos y los privilegios, recomponiendo el antiguo Sacro Romano Imperio. El cielo que Laplace habia visto lleno de mundos, pero vacío de espíritus, era repoblado por Chateaubriand con ángeles de talco que llevaban en los lábios, no la sencilla letanía antigua, sino la sentencia de una retórica académica. La libertad inglesa se ponia á servicio de la Santa Alianza. El sepulturero de Polonia, medio iluminado y medio loco, se imaginaba el Bautista de la libertad universal y se moría de ambicion y de rábia, sin saber dónde ir, ni qué hacer con sus cien millones de esclavos. Los déspotas invocaban la Santísima Trinidad para que bendijese el cadalso de Hungría, de Venecia, de Milan, de Nápoles, de la hermosa, de la divina Grecia, entregada al gran Turco para divertimiento y alegría de su serrallo. Todos los reyes del Norte prometian la libertad, cuando necesitaban la sangre de sus pueblos, y todos olvidaban la libertad así que esa sangre fecunda habia producido el dia de Waterlóo. La literatura vacilaba, como todo, en esta vacilacion universal, y vacilaba, sobre todo, porque la literatura tiene y

guarda la sensibilidad por excelencia y representa su tiempo mejor que ningun otro elemento social. No sabia dónde ir á beber sus inspiraciones. La fuente de Helicona, que habia fecundado los espíritus republicanos del antiguo mundo, era maldecida en nombre de la libertad, y reedificados en nombre de la libertad los castillos góticos que sólo habian visto siervos hundidos en el polvo de sus terruños. Y al mismo tiempo, pasaba por los frios huesos de los mártires que la libertad contaba en Grecia, en Italia y en España la galvanizacion de revoluciones rápidas como una tormenta de estío. ¿ Dónde ireis á buscar el representante de esta crisis moral ? ¿ Quién será el Dante de este infierno donde se enroscan los círculos de fuego con los círculos de hielo ? Será Lord Byron ? Leed sus poemas, y allí leereis al par su tiempo. Parece que el espíritu conturbado de esa edad, ha ido á referirle sus angustias entre carcajadas y sollozos, entre plegarias y blasfemias, entre acentos sublimes y dicharachos de bufon, ébrio de ideas unas veces, y otras de vino, con los crueles dolores que producen siempre las vacilaciones de la incertidumbre y de la duda.

Nadie ha sabido expresar como Lord Byron el estado de su tiempo, con sólo copiar el estado de su espíritu. Encerrado en su independiente individualidad, indócil á todo yugo, incapaz de entregar su alma á la direccion de pensamientos que no brotáran del fondo de su propia conciencia, creido de que en el seno de su sér se hallaba el manantial de su vida, y de que podia levantar la frente sobre todos los hombres, respirar fuertemente el aire, pensar fuera del espíritu humano por un supremo esfuerzo, se fijaba inmóvil,

como en su centro de gravedad, en el cielo inmenso, lo veía y reveía sembrado de esperanzas, lo poblaba y repoblaba con las luminarias de sus ideas, transformándose en lo infinito, como el frio hierro se transforma al contacto del fuego en candente brasa; pero de pronto el barro detenia y cortaba su vuelo; y entónces, revolviéndose contra sí mismo, saltaba dentro de la estrecha tierra como prisionera ave en su jaula, encendia su sangre con el hervor de sus maldiciones, se clavaba las uñas en el pecho hasta arañarse el corazon, y se convertía en nefasta sombra, como un ángel que, despues de haber asistido con el arpa en las manos delante de Dios al florecimiento de los mundos por la inmensidad llena de vida, se encontrara súbitamente sólo, mudo, desterrado, tronchadas sus alas bajo el sudario de espesas tinieblas, en desierto planeta de hielo.

Entónces no hay tragedia comparable á la tragedia de su corazon. Se necesita subir hasta Jeremías para encontrar en la literatura universal un poeta que sepa lanzar como él la voz de los sepulcros, repetir como él la elegía de las ruinas. El dolor de Thamo, el piloto de Plutarco, en cuyos oidos murmuraba el Dios Pan su agonía por el Cabo Miseno, no fué tan poético, tan profundo como el dolor de Byron, al atravesar las orillas de Grecia, despobladas de dioses y pobladas de esclavos. Foscari no pudo amar á Venecia como él la ama, no pudo sentir el lamento de la llorosa laguna adriática como él lo siente y lo repite, cuando al lado del palacio de los Dux y de los Plomos, en el sombrío puente de los suspiros, alzado como un catafalco sobre el oscuro canal henchido de agua semejante á verde hiel, la gran ciudad

se dibuja á sus ojos como un gran cadáver. Los tribunos romanos llorarían como él llora sobre la desolacion de Roma. No conoce de las ideas sino las sombras, no siente de la historia sino las catástrofes, no gusta de la vida sino el acíbar. Nuestras dudas, nuestros dolores, elegía que salta á borbotones de nuestro corazon al ver cada vez más lejana la libertad de nuestro suelo, más estrecho el camino del progreso, más utópicas nuestras nobles aspiraciones hácia el bien; este desencanto de millares de hombres que han querido alzar una tribuna para su idea, y sólo han alzado un cadalso para su persona; que han querido ensanchar la pátria en el Universo, y sólo han logrado el destierro; esta pena aguda como un puñal clavado en todos los grandes reformadores de Europa, ha tenido en ese génio del desengaño su poeta.

Es verdad que su familia y su vida han contribuido en mucho á este furor, especie de mayorazgo, como su nobleza, como su sitio en la Cámara de los Lores. Pero tambien es verdad que él ha hecho de sus dolores los dolores de su siglo. Extraña historia y extraña genealogía la suya. Su tio ha matado á uno de sus parientes. Su padre ha robado á la primer mujer y engañado á la segunda, á la madre de Byron. Esta ha muerto de una apoplegía á consecuencia de una pesadumbre. Los amigos á quienes adoraba el poeta, han muerto jóvenes, desolando su juventud. La mujer por la cual sintió el primer amor, se ha casado con otro, y el recuerdo de esta pasion de su infancia le llena de veneno el corazon. Apénas encuentra, el dia que llama á la puerta de los Lores de Inglaterra, quien salga á recibirle y saludar su

naciente gloria. La crítica le flagela. Se lanza á un viaje, y la ruina de su hacienda le obliga á volver á su pátria. Se enamora de una escritora célebre, y este amor es una fuente de desgracias y de calumnias. Se casa, y su mujer le abandona. Tiene una hija, y esta hija crece y se educa léjos del corazon y del amor de su padre. Tiene una pátria que ha de contarle entre sus glorias, y esta pátria le maldice. Se transforma en Italia al beso de aquel sol en tribuno, siente la necesidad de la accion, monta su navío, corre á Grecia á pelear por la libertad, y apénas llega, muere.

Decidme si hay algo más triste en la historia. Parece este hombre uno de esos héroes antiguos que nacen condenados á la fatalidad. Parece uno de esos gladiadores traidos de las montañas de Grecia jóvenes, hermosos, cuya alma está llena de cánticos, cuyo cuerpo es un modelo de escultura, distinguidos por los emperadores, acariciados por las damas romanas, y que tienen por toda suerte divertir una tarde á Roma con su dolor y su agonía entre las garras y los dientes de la fiera. En vano evadirse á la fatalidad que le persigue; en vano quiere huir de sus penas, de sus tristezas, como Orestes de las Eumenides. La tierra es su patíbulo, la vida es su tormento, la inspiracion es una corona de fuego, el amor es una cadena insoportable; cada belleza literaria que sale de sus manos, se vuelve contra él; cada dia le trae un nuevo dolor; cada accion buena se le convierte en una espina clavada sobre el corazon; su madre lo amamanta con hiel, su pátria con maldiciones; sus propios amigos le calumnian, su propia mujer le niega el cariño, le es ingrata; y despues de haber corrido casi toda Europa,

despues de haber gustado casi todas las emociones de la vida, no encuentra más lenitivo á su dolor que una muerte bebida en la copa de los dioses, una muerte á los treinta y seis años, que es un heróico suicidio.

Byron ha cultivado los tres géneros de poesia: la lírica, la dramática, y por no decir la epica, diré el poema, distinto en verdad de la epopeya. Pero así como su carácter es eminentemente sujetivo, como sus personajes son todos nubes de su propio espíritu, formadas por los vapores de los sentimientos que batallan en el oceano del corazon; su poesía, la poesía propia y particular de su génio, es la poesía lírica. El mayor filósofo de los tiempos modernos ha calificado la poesía lírica de eminentemente sujetiva; la poesía de Byron es la más lírica que yo conozco. No presenta el mundo, como Goethe, en sí mismo, en su existencia, en sus leyes y en sus fenómenos; lo presenta tal como se aparece á su alma, tal como se asoma al abismo de su pensamiento. No se desposee de sí al entrar en el teatro. Nada tan monótono ni tan uniforme como sus dramas. Nada ménos dramático. Cada uno de sus personajes puede llamarse un coro que entona un himno, una oda, una elegía. El diálogo apénas tiene movimiento, porque es la mitad de su idea hablando con la otra mitad, un pedazo de su corazon discutiendo con otro pedazo. Todo diálogo suyo se junta en un pensamiento; todo personaje se desvanece en un alma; toda accion se funde en una vida: en el pensamiento, en el alma, en la vida de Byron. Y como una sola vida, por grande que parezca, gira sobre una sola idea, sus dramas no son para la escena, faltos de variedad y de movimiento. Parecen casi

todos esas grandes poesías orientales, como el libro de Job, como los Apocalipsis, en que los séres materiales é inmateriales entablan armoniosamente un diálogo sin fin con el inspirado profeta que los descubre en ardientes visiones y les presta el ritmo de sus ideas.

Las primeras poesías, las que tan cruelmente criticó la *Revista de Edimburgo*, apénas anuncian el poeta de quien son aurora. Hay sujetivismo, pero no hay grandeza. Byron, feliz, se hubiera perdido en el coro de tantos poetas como han rizado dulcemente un dia el lago de la vida ordinaria. Byron, desgraciado, se distingue de todos los poetas, como Satanás se distingue de todos los ángeles. Su poesía, serena á veces, pero iluminada por un relámpago siempre, tiene mucho de fascinadora. La tempestad de sus versos es tan ruidosa, que no hay medio de apartar la atencion de aquel estridor sublime. El poema por excelencia de Byron es el *Manfredo*. Henri Taine lo ha comparado con *Fausto*, y ha dicho que *Manfredo* es el poema de la individualidad y *Fausto* el poema de la humanidad. Yo llamaría á *Manfredo* el poema del sentimiento y á *Fausto* el poema de la idea; á *Manfredo* el poema de la naturaleza y á *Fausto* el poema de la historia.

Uno y otro representan el desencanto que hay en la limitacion de la vida humana. Fausto se cansa despues de haber pensado, y Manfredo despues de haber vivido. El uno vá á la muerte como conviene á un doctor aleman, despues de haber gustado la medicina, la alquimia, las ciencias teológicas, la filosofía tambien, y haberle sabido todas á ceniza. El otro vá á la muerte despues de haber sentido, de haber

luchado, de haber amado en vano; despues de haber subido la escala gigatesca formada por los Alpes, sin hallar otra cosa que el viento helado quejándose eternamente, la escarcha cayendo, los pinos tronchados por las nieves, el frio desierto de cristal donde se acaba la vida, el hondo abismo donde se acaba la luz; allá abajo los hombres como insectos, allá arriba las águilas formando círculos sin fin, é hiriendo la inmensidad con sus gritos de hambre; espectáculo que le recordaba otra desolacion, la noche de luna en que holló la tierra del coliseo sin encontrar más que ortigas sobre las ruinas, buhos sobre las ortigas, los cuales lanzaban su monótona elegía en las cenizas mezcladas de los mártires y de los gladiadores, igualmente dispersas por los vientos.

Para apartar á Fausto del suicidio se necesita que la voz del campanario gótico cante la aleluya de Pascua, y suene el coro eclesiástico de la resurreccion; para salvar á Manfredo se necesita la mano real y poderosa de un cazador de gamos, agarrándole al borde mismo del precipicio. El uno, despues de haber gustado la nada del amor real, invoca á Helena, la hermosura clásica, por la cual se desangró la hermosa Grecia y ardió la soberbia Troya; quiere probar el voluptuoso adulterio de que naciera la civilizacion del arte, la madre eterna de los dioses y de los hombres. El otro, despues de haber gustado tambien la nada de los amores y de las ambiciones, quiere ver las ninfas de la naturaleza, la que duerme en las urnas eternas de nieve, la que agita su cabellera en la catarata, la que gime en la vibracion de los pinos, la que tiene sobre las nubes un palacio de ópalo formado por el incierto reflejo del crepúsculo, y la que tiende sus blancas for-

mas en el límpido seno del Océano descansando su cabellera de algas entrelazada con perlas, en almohadas de conchas y corales.

Así es que Fausto ha recorrido el Oriente con sus teogonías, ha saludado las estátuas clásicas, ha ido desde el abismo del pensamiento, donde tejen la trama de la vida material todas las ideas madres, hasta la cúpula de la gótica iglesia que envía á los cielos el aroma del incienso, el himno del órgano, el eco vibrante de la oracion; y Manfredo ha ido del castillo feudal á la montaña, de la montaña á la guerra, de la guerra á la caza, porque Fausto es el pensamiento de la historia universal, y Manfredo es la accion de la universal vida. En el poema del uno gimen todos los siglos, y en el poema del otro todos los séres; en el poema del uno, se recorren todas las páginas escritas desde el nacimiento de la luz en la Biblia, hasta el nacimiento del papel moneda en las cajas de los judíos; y en el poema del otro se vé la esencia de todos los elementos, desde la que se levanta de las aguas hasta la que se levanta de las lágrimas. Entre estos dos poemas, que el uno abraza la historia y el pensamiento, miéntras el otro abraza la naturaleza y la vida, cabia un tercero que abrazára la sociedad y sus luchas. Acaso habia reservado el siglo esta grande gloria á mi pátria, segun colijo del magnífico vestíbulo trazado por la mano de Esproceda y que se llama el *Diablo mundo*, obra no acabada, no concluida, como no está aún acabada, como no está aún concluida la construccion de nuestra sociedad.

El poema de Goethe y el poema de Byron concluyen ámbos en la muerte. El poema de Goethe y el poema de

Byron tienen junto al protagonista, su compañero inseparable, el mal. Sólo que Byron, como eminentemente individualista, lleva el mal cual un cáncer de su conciencia y de sus entrañas; lleva el mal encerrado dentro de su pensamiento, pegado como una piel de fuego á sus carnes; difundido como plomo hirviente, como corrosivo infinito, por su sangre; dibujado con todas sus deformidades y todos sus horrores en las retinas que, á manera de dos soles de tinieblas y de muerte, manchan y desgastan todas las cosas. Goethe nó, Goethe es el filósofo que observa el mal y que lo acepta en el límite de la naturaleza y de la vida humana, como un compañero inseparable del bien, como la antítesis que determina le tésis, como la sombra que sigue á la luz, como la fiebre que resulta del exceso de la vida, como el aguijon que liba la miel, como el dolor que pare, como la duda que crea, como la negacion que define y afirma. Byron siente el mal y Goethe lo piensa. En la esfera del sentimiento, la contradiccion del bien y del mal existe. Byron va, pues, en una nube tempestuosa, donde batallan dos electricidades opuestas; que ambas le sacuden con todos sus manojos de rayos todos los nervios, y le encienden con su fuego invisible toda la sangre. Goethe, inmóvil como el Júpiter de Fidias; forrado con el bronce de toda la vida humana, puesto en las alturas de la historia, vé con indiferencia completa pasar el mal como una nube, que si oscurece cierta porcion de tierra, tambien refresca y refrigera otra; como una duda que, si conturba un instante á los espíritus apocados, acera y prepara á la verdad los espíritus vigorosos; como una ironía, que si quita solemnidad al can-

to eterno del arte, tambien le dá esos tonos varios y discordes, sin los cuales no podria resultar la armonía de la belleza, esos toques de sombras, sin los cuales no podrían resaltar los colores en el cuadro del alma.

Cuando se piensa superficialmente, cuando no se entraña la idea en el fondo de la vida, se suele decir ¿á qué estos poemas, desenlazándose el uno en el sepulcro y el otro en la eternidad? Pero sois ciegos de corazon, ciegos de espíritu, siempre que os revolveis airados contra estas grandes obras del dolor y del martirio, contra estos grandiosos espejismos que para un siglo son fantasmas y para otro siglo son ideas. Sin la contradiccion, no tendríais la verdad, como sin el trabajo y la lucha, no tendríais la vida. La historia de la ciencia es una prolongada série de ecos diversos. Así que nace un génio preguntando, nace otro respondiendo. Sin la desesperacion de Job, no hubiérais tenido el bálsamo del Evangelio. Sin las maldiciones del Prometeo de Esquilo, no os hubiérais sentado al banquete de Platon. Sin la duda de los sofistas, Sócrates no hubiera podido revelaros la conciencia humana. Sin la ironía de Voltaire, que desgastaba un mundo, los profetas de otro mundo no hubieran subido, coronados de ideas, á la tribuna de la Asamblea Constituyente para confiar al huracan y á la tempestad el gérmen divino de los derechos del hombre. Se entra en la verdad por la duda, por la desesperacion, como se entra en la vida por el dolor, con las lágrimas en los ojos y los sollozos en el pecho. El que nace sin llorar, nace muerto. El siglo que no duda, es porque no pregunta, y se necesita importunar á la verdad con preguntas, como á Dios con oraciones. Por uno

de esos poemas llegaremos á saber que somos los hombres, estos reptiles tan impotentes para subir como para bajar en la escala de la vida, unos con el Universo; por el otro de esos poemas, sabremos que este espíritu invisible, impalpable, semejante al aliento de un cadáver, este espíritu humano es uno con toda la historia, uno con todos los siglos y puede aspirar á la eternidad.

La verdad es que ambos poetas sacan de las cosas creadas, de su barro, la miel de sus ideas. La verdad es que, despues de haberlos leido, despues de haber destrozado vuestro corazon con sus dolores, vuestra inteligencia con sus dudas, vuestra fé con sus negaciones, deducís la enseñanza moral de que en la realidad grosera, manchada, discorde, no está la vida ni la verdad, sino allá en las cumbres eternamente serenas de las esencias inmortales. Y así como despues de las sombras de la noche, el mundo recibe más alegre, más renovado, más cantor, la visita del sol que devuelve sus colores á las plantas, su voz á las aves; despues de haber pasado en espíritu por estas hondas cavernas del pensamiento, veis asomar la faz de Dios, que devuelve la facultad creadora, la fé vigorosa con su luz invisible, pero penetrante, á vuestra alma. En todos esos poemas hay dos coros de ideas, uno que se sumerge en las sombras, que canta en las tempestades, que es el sollozo de los séres limitados revolcándose en el mal, y otro que se alza á la luz, que repite las armonías de las estrellas, y que tiene la vista fija, como las Concepciones de Murillo, en la contemplacion del Supremo bien. Muchas veces, muchas os habrá sucedido en la vida, andar bajo una nube espesísima cuando discurrís

por las grandes montañas, sentir sus tinieblas cayendo como un sudario sobre vuestro cerebro, su rayo dando chasquidos como el látigo de la muerte á vuestro lado, y despues vencer aquella cuesta, acercaros á la cima, y descubrir el cielo azul sobre vuestras cabezas, el sol resplandeciente reflejándose en el cendal purísimo de la nieve, y del otro lado la nube como un vapor indeciso en el iris sobre sus alas. Así vienen á ser estas grandes obras de arte. Cuando el desgraciado Manfredo de Byron ha concluido su batalla con los elementos; cuando su espíritu inquieto lo arrastra hácia el mundo invisible; cuando sólo queda de él un despojo yerto, yo dejo el libro con el corazon oprimido por el dolor, con los ojos caldeados por el ardor del pensamiento, y en seguida, por una contradiccion natural en el ánimo, veo brillar la Inmortalidad, como la Vírgen Madre que se presenta á los muertos, esos recien-nacidos, y les enseña con sus dedos rosados, como los dedos de la Aurora de Homero, la mansion etérea de la eternidad escondida en los arreboles del cielo é iluminada por la presencia de Dios.

Extraño génio en verdad Lord Byron, normando, sajon, británico, individualista: y á pesar de todos estos caractéres particularísimos, universal. Cuando nos describe el palacio de un gobernador de Albania, el pátio de mármol en cuyo centro salta el surtidor sombreado por los cipreses con las oscuras ramas cargadas de jazmines y de rosas, que han trepado hasta su copa; el ejército de esclavos y de soldados, griegos unos, negros otros, vistosos todos por sus trajes, feroces todos por su continente, cargados todos de armas; cuando aplica el oido para escuchar al través de los muros si el

corazon de la pobre mujer mahometana palpita fuertemente en la jáula del serrallo, si suspira su pecho destrozado por la soledad y por los celos, cualquiera cree leer un poeta de Oriente. Pero de pronto, sus ojos se nublan, su corazon se extremece, la tempestad que ha mecido la cuna de su raza le persigue, las nubes que fueron las madres de los normandos le abruman, el viento silba como un clarin en sus oidos acostumbrados al mugir del oleaje, al grito del ave marina; los dioses hechiceros, semejantes á bandadas de murciélagos, resucitan en tropel por las oscuras cavernas de su alma; y entónces, á la luz del relampagueo de su conciencia, describe ese dia en que el sol no vino á la tierra y los hombres abrasaron todas las cosas combustibles para alumbrarse hasta que todos murieron envueltos en cenizas: gigantesco recuerdo de aquellos apocalipsis escandinavos inspirados por las eternas sombras de las noches polares, á los bardos del Norte. Pero el aire se aclara; la luna se levanta extendiendo sus velos de argentada gasa; las costas se bajan y se dibujan como si fueran un abierto escenario; la menuda arena las dora, y en la arena resaltan las conchas brillantes como fragmentos de ópalo; el agua celeste, ligeramente rizada por las brisas, se conmueve al salto del jugueton delfin y al roce de las ligeras alas de la gaviota: por las hendiduras de los valles la adelfa crece entre las piedras y se abrazan la vid y la higuera; por los límites del horizonte se confunden el cielo y el mediterráneo, mirándose el uno en el otro, devolviéndose mútuamente sus reflejos; y en aquella soledad tan poblada de voluptuosos encantos, se pasean D. Juan y Haydee convirtiendo las cavernas en palacios, entregándose libre-

mente al goce infinito de su pasion inspirada por el ardor de su doble juventud, sin más testigos que el crepúsculo rosado como las mejillas de la vírgen griega al recibir el primer beso del amante y sin más pensamiento que perderse, abismarse en su felicidad, como si fuera el amor toda la vida y en el amor debiera sorprenderle la muerte. ¿No es ese un poeta del Mediodia?

La verdad es que el viento revuelto, el torbellino de los hechos que apénas podemos comprender, lanza hoy á todos los poetas por la faz de la tierra para que transformen la poesía particular, la poesía de raza, en la poesía universal, en la poesía humana. No es Byron el único desterrado, el único que ha ido á pedir inspiraciones al mudéjar alcázar de Sevilla, al gigantesco esqueleto del Coliseo, á las ruinas del Partenon. Chateaubriand ha recorrido desde los sepulcros de Jerusalem, donde yacen las sociedades antiguas, hasta la catarata del Niágara, que mece la cuna de las nuevas sociedades. Goethe se ha desprendido de las selvas del Norte para besar, peregrino de la religion del arte, los mármoles griegos bajo los arcos triunfales del Vaticano. El rayo ha lanzado la cuna de Víctor Hugo á España y el sepulcro de Víctor Hugo á Inglaterra, para que tenga su oriente en el génio de Calderon y su ocaso en el génio de Shakespeare. Hugo Foscolo, con su sangre griega y su poesía italiana, ha cantado entre las brumas de los mares del Norte. El Rhin acarició la infancia de Heine y el Sena lloró sus agonías como si fuera su génio el ánfora única donde pudieran encontrarse esas dos corrientes enemigas teñidas con tanta sangre. Mazzini escribe sus profecías sociales desde Lóndres. Qui-

net medita sobre el apocalípsis de la Revolucion á las orillas de Seman, y en frente de los Alpes, sobre ese pequeño átomo de tierra llamado Suiza, que la libertad ha convertido en el mundo inmenso de la fé y de la esperanza en el refugio de la virtud y de la conciencia. Todos esos grandes poetas no son, no, fantasmas que la naturaleza forja para que los dispersen el dolor y la desgracia. Ese coro de aves misteriosas, de aves celestes que traen el alimento de lo ideal en su pico, y el eco de lo infinito en su cántico, van por el mundo para mecerse en todos los vientos, para beber todos los jugos de la madre tierra, para oir todos los poemas de la historia, para formar, por fin, la Iliada del porvenir, la Iliada del trabajo sustituyendo á la guerra, la Iliada del derecho sustituyendo al privilegio, la Iliada de la humanidad, en que cada pueblo formará un coro y entonará un cántico. Cuando un poeta que es tan profundamente individualista y de tan pura raza sajona como Byron, ha podido transformar su génio en el arco donde se descomponen todos los matices del espíritu humano ¿qué no podrán hacer, qué no podrán intentar los hijos de razas más humanitarias, dotados de carácter más flexible, y con la conciencia más empapada en la sublime concepcion de un Ideal Humanitario? De todos modos, el gran génio que ha vivido repitiendo la inmensa escala de los cánticos de todos los pueblos, y que ha muerto jóven, malogrado, por aquel pueblo que fué el verdadero iniciador de la libertad, el verdadero poeta de la historia, el artífice de la personalidad humana, el revelador de la conciencia: bien merece ser contado en la Biblia de los progresos humanos entre nuestros profetas y nuestros

mártires. Ha errado mucho, pero tambien ha sido el eco de un siglo incierto. Te perdono, porque has amado mucho, puede la historia decirle. Y nuestra edad, el principio del siglo, al descubrir la cabeza apolina de Byron, cruzada de rayos y de sombras, podrá exclamar: Hé ahí mi imágen, hé ahí mi símbolo.

(Paris, 1868.)

FIN.

This book should be returned to the Library on or before the last date stamped below.

A fine of five cents a day is incurred by retaining it beyond the specified time.

Please return promptly.

Vida de Lord Byron,
Widener Library
002861739
3 2044 086 786 092